

INDICE

POLITICA COLOMBIANA

GENERALIDADES

HISTORIA

TITULO, AUTORIA, FECHA.	LUGAR
"Una historia de Colombia" En <u>El Espectador</u> , Diciembre 1 de 1987	A1
"La historia de Antioquia" En <u>El Colombiano</u> , Diciembre 2 de 1987	A2
"30 años después" (Editorial) En <u>El Espectador</u> , Diciembre 3 de 1987	A12
"Gobierno de Alfonso López Pumarejo(II)" En <u>El Espectador</u> , Diciembre 4 de 1987	A14
"Rincones cundinamarqueses; Carupa chibcha, Quipile panche" Por Guillermo González. En <u>El Espectador</u> , Diciembre 6 de 1987	B5
"Una carta clave de Rafael Núñez" Por Nicolas del Castillo. En <u>El Tiempo</u> , Diciembre 9 de 1987	B7
"La historia de Antioquia" En <u>El Colombiano</u> , Diciembre 9 de 1987	B8
"Barco destaca la vida ejemplar de Alberto Lleras" En <u>El Tiempo</u> , Diciembre 11 de 1987	C6
"Fin del Gobierno de López y Guerra Civil Española" En <u>El Espectador</u> , Diciembre 11 de 1987	C9
"Historia de la Medicina, El Medio Universitario de Medellín" En <u>La República</u> , Diciembre 13 de 1987	C13
"La historia de Antioquia" En <u>El Colombiano</u> , Diciembre 16 de 1987	D5
"El centenario de Armando Solano; Un estilo que no ha sido superado" Por Héctor Muñoz. En <u>El Espectador</u> , Diciembre 17 de 1987	E6
"Después de un año" (Editorial) En <u>El Espectador</u> , Diciembre 17 de 1987	E8
"La noche negra del periodismo" Por Ignacio Gómez. En <u>El Espectador</u> , Diciembre 17 de 1987	E9
"El pensamiento vivo de Bolívar" (Editorial) En <u>El Colombiano</u> , Diciembre 17 de 1987	E11
"Guerra Civil Española(II)" En <u>El Espectador</u> , Diciembre 18 de 1987	E12

- "La historia de Bogotá"
(Editorial) En El Tiempo, Diciembre 19 de 1987 F3
- "Bogotá hace 50 años; Los tranvías"
Por Jorge Casas Sanz. En El Siglo, Diciembre 20 de 1987 F4
- "Barranquilla y el Río: una historia social de sus trabajadores"
En El Heraldo, Diciembre 20 de 1987 F6



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico	EL ESPECTADOR	Ciudad	Bogotá
Pág.	3 A	Fecha	- 10 DIC 1987
Código	13 00 10 2	Lugar	A1

Una historia de Colombia

José María de Mier es un ingeniero bogotano que, desde hace ya un buen número de años, incursiona en los predios de la historia con un empeño admirable. Tiene en su haber las obras en número superior a treinta, que han versado sobre la época grancolombiana. La colección que ahora sale de la imprenta, pulcramente editada, significa un extraordinario trabajo de investigación y será uno de los aportes más valiosos en el estudio de las fuentes de nuestros siglos XVIII y XIX.

"La historia de Colombia, según sus protagonistas" cuenta ya con seis volúmenes seleccionados por De Mier, en torno de "Poblamientos de Santa Marta", a partir de 1718, más los que ha dedicado al Siglo XIX, referentes a la "Legación a la América Meridional 1821-1824" de Joaquín Mosquera, cuando iniciaba las relaciones diplomáticas con el Perú, Chile y Buenos Aires. Es la época dorada de la diplomacia grancolombiana en la cual se proyectaban los grandes empeños continentales del Libertador Simón Bolívar.

El meticuloso trabajo de investigación llevado a cabo por De Mier recuerda el del eminente venezolano Vicente Lecuna para recopilar el epistolario disperso de Bolívar. Con los documentos de que ahora disponen los eruditos, se podrá reconstruir el itinerario de Mosquera en una de las más sobresalientes misiones preparatorias del Congreso Continental de 1826.

Estos seis volúmenes serán continuados en 1988, con otros cinco referentes a los "Finales del virreinato", los "Orígenes de la disolución de la Gran Colombia" el "Congreso Constituyente y gobierno de Mosquera en 1830", el "Gobierno intruso de Urdaneta" y la "Restauración Constitucional de 1831-1832".

La colección De Mier como será conocida en adelante es un instrumento invaluable de consulta sobre Colombia en dos épocas sobresalientes.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL COLOMBIANO

Ciudad

Medellín

Pág.

1-

Fecha

2 DIC 1987

Código

1300102

Lugar

A2

COLECCIONABLE

LA HISTORIA DE ANTIOQUIA

VIDA DIARIA EN ANTIOQUIA DURANTE EL SIGLO XX

Carátula: "La Planchadora", óleo de Eladio Vélez, 1938. (Colección Museo de Antioquia).

Medellín, miércoles 2 de diciembre de 1987

AGRADECIMIENTOS

Archivo El Colombiano

Foto Rodríguez

Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales

-FAES-

Gabriela Arango de Méndez

Museo de Antioquia

Cuando llegaron los primeros automóviles, cada salida era una ocasión que exigía vestir con elegancia. Primer automóvil que circuló por Medellín. (Tomado del álbum de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, 1910).

Existe una enorme diferencia entre la vida diaria de los antioqueños que vivieron en 1900 y la de aquellos que lo hicieron medio siglo más tarde. En las primeras décadas, sobre todo durante los años veinte, llega la oleada de lo moderno a la región, -la cual hasta 1905 comprende al Gran Caldas- y uno de sus signos es el cambio en la distribución de la población. Según el censo de 1905 sólo una cuarta parte de ésta se clasifica como urbana, proporción que aumenta a un poco más de la mitad en 1950.

Particularmente Medellín y los vecinos municipios del Valle de Aburrá se colman de inmigrantes provenientes del campo. Algunos de los recién llegados son ambiciosos pueblerinos poseedores de grandes y pequeñas fortunas, otros son jóvenes que vienen a estudiar o campesinos que buscan empleo en la dinámica ciudad. El más alto índice de crecimiento demográfico se da entre 1951 y 1964, años durante los cuales miles de antioqueños se instalan

allí, huyendo de la violencia partidista que azota sus regiones de origen. Unos pocos de los inmigrantes -428 en 1912 y 3.075 en 1951- son extranjeros, y provienen en su mayoría de Inglaterra, Alemania, Norteamérica, España y Polonia.

Los medellinenses oyen por primera vez el silbato de la locomotora en 1914. Dos años más tarde una guía de la ciudad contabiliza 516 carretas, 259 bicicletas, 68 coches y 13 automóviles. Sin embargo, sus 79.146 habitantes siguen estando a dos días de telégrafo, sistema que aún dependía del tendido de alambre, a dos semanas de correo de la capital del país, y en muchos aspectos apenas se diferencian de aquellos otros centros urbanos importantes del departamento.

Sin embargo, no todas las poblaciones tienen la misma variedad de consumos que se puede observar en Medellín. Cuando Rufino Gutiérrez visita a Sopetrán en 1917, un enjambre de hombres, mujeres y niños lo rodean a él y a unos ingenieros que iban para el Chocó, pues les son desconocidos muchos de los objetos que utilizan. Según el mismo autor, en ese año veinticinco poblaciones cuentan con energía eléctrica y están empezando a construir acueductos con tubería metálica y alcantarillados, mejoras que disminuyen el tifus y otras enfermedades endémicas en la región. Los pueblos quieren seguir el ejemplo de la capital del departamento y son financiados por intermediarios como Emilio Restrepo Callejas, quien se atribuye 74 plantas eléctricas y 43 acueductos. Así mismo, cualquier centro urbano que se respete quiere rodear su parque con una reja de hierro traída de París y edificar un kiosco para la retreta dominical, aunque resulten inconvenientes prácticos, como sucedió en Támesis,

donde se obstaculizó el espacio para el mercado público. Allí, como en otros lugares, la parroquia patrocina la banda de música, aunque descuide el hospital. Tanto en Medellín como en los pueblos, los encargados de limpiar los desperdicios son los gallinazos, animales que los vecinos ceban con tripas de gallina y otros desechos domésticos arrojados a los tejados.

Los años veinte o el gran cambio

Con la prosperidad económica de los años veinte se acelera la modernización iniciada desde el último cuarto del siglo pasado.

Entre 1913 y 1927 se duplica el kilometraje de rieles en el departamento, se dan a conocer la aviación, el telégrafo inalámbrico, el tranvía eléctrico, la radio y se hacen más comunes el teléfono, los deportes, el cinematógrafo y los automóviles. Los cambios afectan sobre todo a Medellín, que pasa de ser un pueblo de 59.815 habitantes en 1905 a una ciudad de 358.189 en 1951, ciudad que a lo largo del medio siglo concentra cada vez en mayor proporción los recursos del departamento.

Al igual que en Caldas, Tolima y Valle, durante los años veinte en Antioquia se generaliza el trabajo asalariado en las obras públicas, en las trilladoras de café y en las nuevas textileras, manufacturas de fósforos, gaseosas, cerveza, cigarrillos, chocolate y jabones, entre otros. El personal se compone en su mayoría de mujeres, a las que se les paga más barato que a los hombres. En Medellín, según estudio de Alexander Payne, en 1916 el 87% son solteras menores de 34 años y el 40% están recién llegadas de los pueblos. En 1923 el 70% del empleo fabril está en manos de obreras, pero en la década siguiente, a medida que el trabajo se hace más calificado, empiezan a ser sustituidas lentamente por hombres. Para 1940 las mujeres han rebajado al 58% de la fuerza laboral y su participación sólo volverá a incrementarse a finales de la década de 1970, cuando el empleo femenino aumenta casi el doble que en otras regiones del país. Vale recordar que fueron las obreras de la **Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello**, dirigidas por Betsabé Espinosa, quienes realizaron la primera huelga del país en febrero de 1922.

Por esta época la joven intelectualidad, inspirada por las revoluciones rusa y mexicana, se siente atraída por el socialismo. Al calor de las ideas difundidas en folletos, volantes y periódicos como **El Luchador**, **El Rebelde** y **El Látigo**, aumentan la organización y la combatividad de los trabajadores. Sin embargo, se puede decir que la vida en la ciudad transcurre con relativa tranquilidad. La

Guía de Medellín publicada en 1925 reporta un homicidio cada 25 días. Más adelante, en junio de 1934 se darían huelgas como la del Ferrocarril de Antioquia, la cual prácticamente paraliza la ciudad debido al apoyo que recibe de tranviarios, electricistas, telefonistas, sastres, zapateros, choferes y empleados del acueducto. No obstante nunca se alcanzaron los niveles de violencia que habían tenido las huelgas petroleras de Barrancabermeja (1924, 1927) o la huelga bananera en la Costa Atlántica en 1928.

Las familias adineradas de Medellín construyen al nororiente de la ciudad el barrio Prado, con elegantes mansiones de dos y tres pisos en diferentes estilos arquitectónicos, dotadas de garaje, antejardín y modernas instalaciones sanitarias. Sus residentes ya cuentan con teléfonos, estufas, refrigeradores y otros electrodomésticos que simplifican las rutinas caseras. En 1932, a raíz del exceso de energía producida por la nueva central hidroeléctrica de Guadalupe, las Empresas Públicas Municipales promocionan su utilización para usos domésticos. Los inmigrantes más humildes siguen lavando en las quebradas y de allí mismo o de acequias construidas en "convites", recogen el agua. Se alumbran con velas o mechones de sebo y cocinan con leña recogida en los alrededores, con carbón vegetal o con cenizas mezcladas con boñiga seca. Sólo a fines de la década de 1940 tienen acceso al agua corriente y a la electricidad.

Durante los primeros veinte años del siglo, en Antioquia, como en otras partes del mundo occidental, el mayor acceso de la mujer al trabajo, la simplificación de las tareas caseras, la educación y el ejemplo de las mujeres más liberadas de Norteamérica aprendido a través del cine y la publicidad, son factores que ayudan a sacar un poco a las antioqueñas del estrecho mundo del hogar, en especial a las medellinenses, más expuestas a las nuevas ideas.

La Escuela Normal de Medellín se funda en 1910, ocho años antes que un establecimiento similar en Bogotá. Un año más tarde, María Rojas Tejada abre en Yarumal el primer preescolar del departamento, donde trabaja con el moderno método del alemán Froebel. En 1919 Tulio Ospina afirma en su libro **Protocolo de Urbanidad y del Buen Tono** que "la mujer está más obligada que el hombre a ser culta y agradable". Ese mismo año se realiza en Medellín el primer concurso literario femenino, para el cual se presentaron 52 cuentos. Escritoras como María Eastman, Teresita Restrepo y Sofía Ospina de Navarro son conocidas por fuera del departamento.

Se forman numerosas sociedades y entidades cívicas y de beneficencia en su mayoría atendidas por mujeres, como el **Patronato de Obreras**, manejado por hijas de familias notables con apoyo de las industrias locales, encargado de capacitar y orientar a las obreras recién llegadas de los pueblos. Se pueden mencionar también la **Gota de Leche**, **La Casa de la Beneficencia**, **La Buena Acogida**, **La Casa de la Merced**, de la **Misericordia**, **La Ropa Escolar** y la **Asociación de Madres Católicas**. Lo que no tuvo mucho eco en Antioquia, ni en el resto del país, fue el movimiento sufragista intensificado en Inglaterra entre 1904 y 1918, año en que las británicas obtienen el derecho al voto. Las colombianas ingresan a la universidad en 1930 y esperarán hasta 1957 para poder votar.

El Viraje en la moda

A través de las revistas y las actrices de cine llega a Antioquia la moda de la "garçonne", como se bautiza en Europa y en Estados Unidos la silueta femenina de los años veinte, con su pelo corto y el busto vendado para tener un aire masculino que contraste con el toque seductor de las cejas depiladas, los labios pintados y bien delineados en forma de corazón y las piernas cubiertas con medias de seda transparentes. La nueva moda de talle largo que apenas cubre las rodillas deja atrás el corsé y los adornos complicados. Se imponen además el traje sastre y los suéteres, acordes con los papeles más activos que asumen las mujeres en Occidente a partir de la Primera Guerra Mundial. La necesidad de moverse más libremente para practicar el tenis o montar en bicicleta había llevado a las muje-

res de Europa y Estados Unidos a atreverse a usar pantalones bombachos, conocidos como "bloomers" desde mediados del siglo pasado, pero hasta la época de la "garçonne" no es bien vista esta prenda y su uso no se impondrá en definitiva hasta el desafío de la juventud con los bluejeans en la década de 1960.

En los años veinte, las medellinenses de la élite adoptan de inmediato las variaciones de la moda que vienen del exterior. Compran sus telas, sombreros, zapatos y demás accesorios en almacenes como **La Feria de París**, **El Salón Francés**, **El Salón Rojo** o **El Chic**. Desde su aparición en 1916 la revista **Cromos** incluye una sección titulada "Elegancias" que divulga la moda extranjera. Entre 1926 y 1951, la revista **Letras y Encajes** señala los preceptos de la etiqueta en el vestir, indicando qué trajes son apropiados en el tranvía, en el tren, para bailes y paseos, para el teatro, para las reuniones y para visitas donde se toma el té. No faltaron los sacerdotes alarmados que predicaron y escribieron contra la "indecorosa" moda femenina. Otros como Tic-Tac, el columnista del **Correo Liberal**, la celebran, y le dedican versos así: "Esta moda de ahora/ —la falda corta y el descote bajo/ resulta encantadora/ y deja ver sin el menor trabajo/ todo el terreno que la vista explora/ ...". En cambio el atuendo de las gentes más humildes del campo y de la ciudad no varía mucho. Tal vez la principal innovación para ellos fue empezar a usar zapatos para el diario, producidos ahora en el país y en la propia región. Anteriormente su uso se limitaba a la misa dominical, primeras comuniones, bodas y entierros.

La otra cara del progreso

Con la prosperidad de los años veinte llega también la inflación que hace más dura la vida de los pobres. Los ponentes del **Tercer Congreso de Mejoras Públicas** reunido en Medellín en 1934, preocupados por el desagradable espectáculo que ofrecen los pordioseros, cada vez más numerosos, entre los cuales hay muchos vagos de profesión, expresan la necesidad de reglamentar la asistencia pública. Se discuten ideas para controlar la prostitución y las enfermedades venéreas, pues en los últimos cinco años se había triplicado el número de mujeres públicas en el

departamento. En Medellín, por esta época aparecen cuatro nuevas zonas de prostitución: La Guaira en Guayaquil, El Chagualo cerca al Hospital San Vicente de Paúl, Orocué por Maturín con Cúcuta y La Bayadera por La Toma. Para atender el aumento de enfermedades venéreas se crea en Medellín el **Instituto Profiláctico** a donde deben presentarse las mujeres públicas una vez por semana para ser examinadas y tratadas de ser necesario. Las direcciones departamentales de higiene lanzan la "Campaña Antivenérea" y abren dispensarios similares en las poblaciones de más de 20.000 habitantes. El artículo 216 del **Código de Policía** de Antioquia de 1935 establece que "las mujeres públicas o de reconocida mala vida no podrán habitar casas o locales...

situados a menos de dos cuadradas de templos, plazas de mercado, planteles de educación y de los establecimientos industriales...". Los **Yocistas**, un grupo de la Juventud Obrera y Católica, también la emprenden contra la prostitución y sus secuelas. El poeta **Ciro Mendía**, por su parte, la agradece con palabras tan galantes como estas: "Dígale a Emma Arboleda/ de la calle de Lovaina/ que esta vida es una vaina/ y que su carne fue una seda/".

El sector de El Llano, que más tarde sería conocido como Lovaina, y algunos establecimientos como el Bar Americano cerca de donde hoy está la Universidad Nacional, y los bares La Mona, Acapulco, Los Pinos, Las Camelias, Nigar y Benedo, Moravia y el Folibar, situados en la vieja carretera a Bello, atraen una clientela de más categoría. El 22 de septiembre de 1951 el alcalde de Medellín ordenó por medio del Decreto 517, que al término de 45 días se trasladaran los dispersos focos de prostitución a la calle principal del Barrio Antioquia, declarada a partir de entonces la única "zona de tolerancia" de la ciudad. La medida fue rechazada por muchos, sobre todo los integrantes del Cuadro de Honor del Centro Cívico de dicho barrio, quienes en vano organizaron manifestaciones, procesiones y visitas a la prensa y al arzobispo para impedir semejante invasión en su tranquilo sector residencial.

La poesía popular refleja la afición de los antioqueños al licor. Los hombres beben aguardiente, cerveza, tragos importados (whisky, brandy, ron, vinos) y

tapetusa, una bebida de fabricación casera. La tesis de grado del médico Francisco Henao mostró que de 1947 a 1954 el consumo de licores destilados en el departamento subió de un índice de 100 a 185.1 y el de la cerveza a 211.4, mientras el consumo de carne sólo subió en 0.9 puntos. Al cruzar el consumo de licor con el número de heridos por riñas atendidos en la Policlinica Municipal, encuentra que el 95% de los heridos estaban alcorados.

El odio político y la capital industrial del país

Los censos industriales de 1945 y 1953 muestran la supremacía de Antioquia en todo el país. Pero sobre estos mismos años existen escalofriantes testimonios que relatan las atrocidades cometidas por el sectarismo político en la región, en especial en las zonas rurales. En muchos lugares quien no sea conservador es considerado anticristiano y por ende comunista. El bandolerismo liberal llega a tener figuras como Juan de Jesús Franco, alias "Capitán Franco", jefe de 12.000 hombres distribuidos en 22 frentes en el occidente y el suroeste antioqueños. En el campo, y a veces también en el casco urbano, se vuelven frecuentes los incendios, robos, pérdidas de cultivos y casas, violaciones, persecuciones, extorsiones, asesinatos y torturas que muchas veces no se denuncian porque son cometidos o respaldados por las mismas autoridades. Tanta calamidad desarraiga a los habitantes rurales y muchos se trastean a Medellín, en donde a pesar de que las grandes empresas consiguen altas utilidades, la situación para la clase obrera no es fácil debido al elevado costo de la vida. Hasta ese momento, los asentamientos de los sectores más populares habían tenido un carácter semi-rural, pero ahora la ocupación se torna masiva y se urbanizan varias zonas. La ciudad se densifica y el hacinamiento y la miseria de los barrios contrastan con la opulencia de los nuevos barrios como Laureles y El Poblado, de **arquitectura al estilo de los suburbios norteamericanos** diseñados para familias con automóvil.

De todas formas, Medellín es una ciudad llena de oportunidades y esto es lo que pretende mostrar un álbum publicado en 1947 con el título de **Medellín, capital**

Industrial de Colombia, el cual resalta la prosperidad urbana y el espíritu cívico de sus gentes. Pero a pesar de la oleada masiva de inmigrantes, las fotografías muestran una ciudad limpia y descongestionada, que utiliza avisos murales para anunciar "Urosalina", "Vitaemulsión" y otros productos de los Laboratorios Uribe Angel.

Durante la década de 1940 los fogones y neveras se empiezan a producir localmente y llegan a la clase media. En la revista **Cromos** las estrellas de cine como Ivonne de Carlo, protagonista de "Salomé la embrujadora", recomiendan adquirir el nuevo "Radiofonógrafo Musaphonic" de la General Electric y otros artefactos eléctricos. Hasta esta época habían predominado en la ciudad prácticas provenientes del campo en la preparación de las comidas. Ahora el ritmo de vida obliga a servir alimentos rápidos, y para ello la industria ofrece pastas, féculas, enlatados, sopas y jugos deshidratados. Surgen los restaurantes y comederos populares y los "ride inns" para la élite, donde se expenden perros calientes y sánduches con leche malteada.

En 1947 la ciudad tiene 10.000 teléfonos automáticos por los que se hacen alrededor de 115.000 llamadas diarias. Diez años más tarde este servicio tiene el doble de suscriptores. Existen 15 salas cinematográficas, dos hipódromos y líneas de tranvía eléctrico que conducen a La América, Buenos Aires, Manrique, Aranjuez y El Poblado. A mediados del siglo, cuando la ciudad tiene cerca de cuatrocientos mil habitantes, este servicio es sustituido por el de buses que operan con gasolina.

A los barrios populares desde finales de los años veinte además de las carretas, suben camionetas y camiones de escalera, que reciben simpáticos nombres propios tales como "La Niña", "La Faraona" y "La Consentida". En 1938 el ferrocarril que va de Puerto Berrio a Medellín se une con el Ferrocarril del Pacífico, pero ya en esa época es más importante la red vial.

Las carreteras troncales conectan a Medellín con Puerto Valdivia, El Carmen, Sonsón, Dabeiba y Santa Bárbara y aumenta notablemente el número de vehículos que transita por ellas. En 1945 se registran en el departamento 2.086 automóviles, 932 camiones y 894 buses, y en 1956 ya son 9.040 automóviles, 21.039 camiones y 1.145 buses.

Los hermanos Wright habían logrado volar 40 metros en un endeble biplano en Carolina del Norte (Estados Unidos) en 1903. Nueve años después un canadiense de apellido Smith o Schmitt, vuela por primera vez en Colombia sobre Barranquilla y en 1913 sobre Medellín en el biplano desarmable "Forman". El periódico **La Organización** de esta ciudad le pide al público que "... contribuya con su cuota a fin de hacer posible el espectáculo". En 1921 Ferruccio Guiccardi, el mismo apuesto piloto que aterrizó en Pasto y otras ciudades del país, realiza el primer viaje desde la costa al interior en un avión que aterriza sobre ruedas. Durante la década siguiente hay vuelos ocasionales a la ciudad y a partir del 15 de julio de 1932, con la llegada del avión "Marichú" al sitio de Las Playas, donde en 1947 se inauguraría el Aeropuerto Olaya Herrera, la UMCA (Urabá-Medellín Central Airways) establece la primera ruta aérea comercial de Medellín a Turbo y a Panamá. De ahí en adelante el tráfico aéreo crece rápidamente. Las rutas se diversifican a Cartagena, Barranquilla y Puerto Berrio, por donde pasan los hidroaviones de la SCADTA (Sociedad

Colombo Alemana de Transporte Aéreo), cubriendo la ruta Barranquilla-Girardot. En la década del treinta la SACO (Sociedad Aeronáutica de Colombia) vuela a Barranquilla, Bogotá, Cartago y Cali. En 1942, cuando el gobierno nacionaliza las compañías aéreas, la SCADTA se fusiona con la SACO y nace Avianca. Vuela al resto de América y a Europa a través de Puerto Berrio y Turbo. Además establece aeródromos en Ayapel, Amalfi, Botero, Frontino, Otú y Pato. Para esta época, los antioqueños han empezado a perder el miedo a volar que mantenía relativamente baja la demanda de pasajes en los monoplanos e hidroaviones que sobrevolaban el río Magdalena durante los años veinte. Pero todavía en los años treinta, muchos viajeros preferían tomar el tren hasta Puerto Berrio, descansar en el confortable Hotel Magdalena, para luego embarcarse en el "Atlántico", el "Pichincha", el "Ayacucho", el "Quindío", el "Ruiz", el "Cisneros" o algún otro vapor, hasta Barranquilla.

Todo un mundo en su casa

En los años diez llegan del exterior los primeros fonógrafos de disco plano, -producidos industrialmente desde 1901- conocidos también como gramófonos o victrolas, según la marca. En vez del rollo de música, se coloca en ellos un disco, que se hace girar con una manivela -después vendrían las automáticas- y al igual que en el fonógrafo de Edison, la música sale por una gran corneta. Los primeros de estos artefactos circulan en calidad de préstamo de familia en familia. A fines de los años veinte los más pudientes pueden adquirir una Victrola Ortofónica "...que cambia sus propios discos... toca sin interrupción durante una hora o más". La música grabada en México, Buenos Aires y Nueva York, en discos de 78 revoluciones por minuto por las casas RCA, Victor, Columbia o Brunswick, le hace competencia a las bandas municipales que solían amenizar los domingos con retretas en el parque principal y a los músicos que tocaban en los bailes o las fiestas con las que se celebra una boda, un cumpleaños o la navidad.

Los primeros radioescuchas paisas de los años veinte captan en sus aparatosos receptores programas transmitidos desde Cuba, Venezuela y Ecuador y, a partir de 1930, por emisoras locales.

Alfredo Daniels, monta en ese año la HKO, el primer equipo transmisor que un poco más tarde se convierte en la **Compañía Radiodifusora de Medellín** y en 1935, respaldada por las principales industrias locales, en la **Voz de Antioquia**. Ese mismo año se crea **Ecos de la Montaña**, emisora similar en calidad de programación a la **Emisora Nueva Granada**, la mejor de Bogotá. Sus programas "Teatro al Aire Libre" de la Compañía Colombiana de Tabaco y "El Concierto Fabricato" acapararon sintonía. A finales de la década se orientan hacia la música popular. También se escuchan bastantes programas de tendencia amarilla como "La hora del pueblo" de Carlos Cañola, alias "Martinete", o la "Horapoliciva" de Antonio Gaviria. En 1936 se crea la **Emisora Philco**, un año más tarde **Claridad**, luego la **Voz Católica**, "popular, criolla y maicera", que presenta duetos y estudiantinas, y a partir de 1940 proliferan las estaciones radiales.

Inicialmente las emisoras transmiten música clásica, comentarios de literatura y declamación. Luego vendrían las radiorevistas y los programas humorísticos, y desde el anuncio de la muerte de Carlos Gardel en 1935, se inicia el radioperiodismo y con él la crónica deportiva. La radio influye en el gusto y en la opinión de las personas y poco a poco llega a ser parte de su vida diaria. En 1937, por ejemplo, la **Voz de Antioquia** juega un papel activo en la organización de la multitudinaria manifestación en la Plaza de Berrío a favor de la descentralización, por la cual se congestionan los trenes, carreteras y caminos de acceso a Medellín. En la década de 1940 la radio ya cuenta con amplia sintonía. Presenta adaptaciones del teatro español o traducciones del francés o del inglés, algunas de ellas producidas en Medellín o en Bogotá. Pasan programas educativos como "Pregunte Ud., conteste Ud." o "Los catedráticos informan" y programas de concurso como "El telefonazo Lua" o "Coltejer toca a su puerta", que visita casas a la hora del programa y da premios a aquellas que lo estén sintonizando. El 13 de junio de 1954 se inaugura la televisión en el país y al año siguiente llega a Medellín a hacerle competencia a la radio como medio de información y de diversión.

La opinión y la información también son moldeadas por la prensa. En 1923 existen en Medellín 5 diarios: **El Colombiano**, **La Defensa**, **Colombia**, **el Correo de Colombia** y **el Heraldo de Antioquia**, y muchas otras publicaciones políticas, religiosas y oficiales de aparición semanal, mensual u ocasional. Durante las tres primeras décadas del siglo, los periódicos traen folletines con traducciones de artículos, ensayos o novelas que también sirven para moldear los valores y las actitudes. **El Correo Liberal** por ejemplo, publicó entre 1915 y 1916, los **Poemas de Poe** y **El mágico adolescente** de Baudelaire, versión de Abel Farina y en los años treinta, **El Arbol de Nochebuena** de Charles Dickens, **Sola** de Henry Ardel y la encíclica **El matrimonio cristiano** del Santo Padre Pío XI. En 1931 Antonio J. Cano en la presentación de la novela **Sacrificio, desequilibrios y desastres o consecuencias de un mal que no vino solo** del antioqueño Camilo Botero Guerra, anuncia el propósito de dar a conocer los escritores de la montaña

"...porque hoy en día el snobismo pernicioso ordena al público novelero y poco reflexivo a dejar la literatura patria, para atragantarse de autores extranjeros". Ese mismo año **La Defensa** da a conocer **Rosas de Francia** de Alfonso Mejía Robledo y **Entrañas de Niño** de Tomás Carrasquilla. En la misma línea **El Espectador** publicó otras novelas cortas de Carrasquilla y **Pensamientos de un viejo** de Fernando González.

Una nueva imagen

Entre los sectores populares, en la década de 1930 todavía se ven pañolones, faldas largas, ruanas y sombreros, aunque algunos artesanos cuando se engalanan prefieren el traje con chaleco, corbata y saco, con pañuelo asomado en el bolsillo. Entre las mujeres de la élite, más pendientes de la moda extranjera, se adopta la moda francesa de talle fino de nuevo en boga. Para las salidas lucen guantes y pieles de zorro y van a los salones de belleza que ofrecen los últimos procedimientos para lucir bien peinadas y maquilladas. Durante esta década llegan otras novedades, como los uniformes de gimnasia para los colegios femeninos, compuestos por pantalones bombachos para usar debajo de una falda corta y las fotografías de aficionados muestran el uso de trajes de baño de fibras elásticas que dejan ver las piernas casi por completo, así como el uso de "breeches", unos pantalones para montar a caballo.

Después de la Segunda Guerra Mundial en la moda femenina rige el "new look" de Christian Dior, un modisto francés que vuelve a utilizar rellenos en las caderas y en los hombros y mantiene el talle de avispa. La falda amplia baja a 28 Cms. del suelo y la chaqueta estilo sastre va entallada. Los tacones son más altos y delgados, las medias son de nylon, y los sombreros, cuyo uso pronto declinaría, son vistosos. En las revistas que llegan de Estados Unidos, las colegialas usan jeans y medias tobilleras y en 1949 debutan con el atrevido bikini. Las propagandas de Pielroja muestran a las mujeres fumando, en las de Fabricato promocionan los "slacks" o pantalones como prenda para usar en la calle y en las de Max Factor las estrellas de Hollywood invitan a embelesarse con cosméticos.

Las mentes más conservadoras reciben las nuevas modas con espanto. Todavía en 1963 Mons. Miguel Angel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos, sostiene que el uso de prendas masculinas incita a las mujeres a ser "desenvueltas e independientes como los hombres (...) tiende a viciar las relaciones entre la mujer y el sexo opuesto (...) y es fácilmente lesivo a la dignidad materna frente a los hijos...". Le parece que "obedece al plan masónico de arrancarle el pudor a las mujeres...". Esta reacción se mantiene hasta los años sesenta cuando los jóvenes producto de la alta natalidad de la postguerra empiezan a uniformarse con una ropa más deportiva e informal, fabricada en serie, sobre todo en Estados Unidos. Sólo entonces las mujeres dejan de entallarse la cintura y se suben de nuevo la falda por encima de la rodilla. Durante estos años en Medellín se empieza a fabricar industrialmente ropa para señores y señoras. En 1940 se funda **Confecciones Colombianas S.A.** (luego **Everfit**) y en 1948 **Manufacturas Caribú**, que confecciona camisas, pantaloncillos, camisetas y pijamas para hombre y bluejeans y ropa femenina desde 1953.

"Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío"

Durante la primera mitad del siglo la iglesia en Antioquia mantiene su enorme poder de sanción social. Los católicos son una mayoría casi absoluta. En 1956 en Medellín hay 35 templos católicos, 1 presbiteriano, 1 adventista y una sinagoga. Se conservan las devociones y prácticas que vienen de la colonia: la misa diaria de madrugada a la que acuden sobre todo las mujeres, los rosarios vespertinos en familia, la Semana Santa, el Corpus y los "mil jesusos" el 3 de mayo, día de la Santa Cruz, contabilizados con una camándula o con granos de maíz. En los pueblos de Antioquia la fiesta de la Virgen del Carmen, el 16 de julio, es una de las más importantes. En 1902, una vez terminada la Guerra de los Mil Días, aumenta la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tal vez debido a que se consagra el país a su nombre. Desde entonces en Medellín la procesión anual, que los jesuitas venían organizando desde 1887 en su día, se vuelve la más concurrida y vistosa de la ciudad.

La primera comunión es una fecha memorable y se prepara, al igual que el día de la madre, con "ramilletes espirituales", unas tarjetas decoradas a mano, donde los jóvenes apuntan los sacrificios, jaculatorias, misas y comuniones efectuadas a nombre de su progenitora. Los niños siguen aprendiendo de memoria la doctrina cristiana en el **Catecismo del Padre Astete**, cuya versión original data de 1598 y que ha tenido una enorme aceptación en castellano y en otras lenguas. Vale recordar que fue la primera publicación de la Tipografía **El Comercio** de Don Félix de Bedout en 1903. En 1915 Andrés Botero publica en Medellín el **Catecismo Político y Social**, escrito a imagen y semejanza del de Astete, esta vez para mostrar que los principios liberales se oponen a los de la iglesia y que el socialismo es enemigo de la familia, de la Nación y de Dios.

Durante la república liberal, a pesar de que sectores de los trabajadores y de los intelectuales cuestionan las ideas tradicionales y el poder de la iglesia, la nutrida asistencia al **II Congreso Eucarístico Nacional** en 1935 muestra el peso que sigue teniendo la religión en la vida de las gentes. Al evento asisten en pleno los representantes de la alta jerarquía de la Iglesia, peregrinos de todo el país y un grupo de indios Cenas con su cacique, que vienen a hacer la primera comunión. El programa, transmitido por la **Voz de Antioquia**, incluyó una misa pontifical en el templo construido entre el Cementerio de San Pedro y el Bosque de la Independencia, con sermón a cargo del excelente orador Rvdo. Manuel José Caycedo, el arzobispo, bastante politizado, de Medellín. Hubo un desfile nocturno de hombres alineados en ocho columnas, portando antorchas, y el día de la "Apoteosis Máxima de Jesús Sacramentado", hubo una procesión en la cual un grupo de niños que formaban la "Corte Angelical" iban regando flores al paso de la Divina Majestad.

Dos años después del Congreso, cuando el arzobispo Caycedo muere la ciudad se paraliza; el comercio cierra, las emisoras transmiten únicamente noticias y música fúnebre, los teatros se clausuran por dos días y los trenes adoptan itinerarios especiales para poder traer el gentío de los pueblos que viene a los funerales. Todas

las casas lucen banderas a media asta. Al entierro asistieron las escuelas, colegios, entidades cívicas, culturales y religiosas, el Ejército, la Policía, las autoridades y el cuerpo consular, mientras un avión de la Scadta arrojaba flores sobre el cortejo.

Entretenimientos

Los domingos bajan los campesinos a los pueblos, vestidos con sus mejores prendas, a oír misa, a mercar y a cortarse el pelo. Para los ciudadanos es el día de los paseos y de las reuniones familiares. Los medellinenses aprovechan para ir al Bosque de la Independencia, construido en 1913 por la Sociedad de Mejoras Públicas, acogidos por el público. Hacia los años veinte causa tanto furor el teatro costumbrista que la misma Virginia Fábregas monta "Pérdidas y ganancias" del escritor **Ciro Mendía**.

En los pueblos, por la falta de teatro, los espectáculos se presentan en una casa particular o en el patio de los colegios. Desde el siglo anterior Medellín tenía el "teatro principal" y el Circo Teatro España. El primero, conocido como el Teatro Gallera o el Coliseo, es remodelado entre 1917 y 1919 por la firma Olarte Vélez y por Horacio Rodríguez y pasa a ser el Teatro Bolívar con capacidad para 1.200 espectadores. El Circo España había sido construido en 1895, en Girardot entre Perú y Caracas, rodeado de jardines. Allí se podían ver toros, boxeo, variedades y cine hasta que fue demolido en 1936. En 1920 cuando se empezó, en Junín con La Playa, la construcción del Teatro Junín, de estilo europeo con palcos, tapetes y con 4.000 butacas, se decía en son de broma que iba a ser el "cementerio de los ricos" porque se le consideraba demasiado lujoso para la ciudad. Fue estrenado en 1924 con la película "La Sombra" de Chaplin; y hasta la década de 1960 fue la sala de más categoría en Medellín. En 1944 se inaugura el Teatro Cisneros donde se presentan compañías de ópera, de variedades, cupletistas y bailarines, en algunas ocasiones en funciones organizadas por la Sociedad Estrella de la Caridad para recoger fondos de beneficencia.

El cinematógrafo de Lumière había llegado al Teatro Gallera de Medellín en 1899. En 1914 se funda la Compañía Cinematográfica Antioqueña para distribuir películas norteamericanas. Las funciones de cine del Circo Teatro España se anuncian con letreros llevados por una caravana de carros, con acompañamiento musical de la Banda Paniagua o con representaciones dramáticas en la entrada al teatro. Durante los años veinte, la época dorada del cine mudo, se proyectan películas italianas y francesas y luego norteamericanas que dan a conocer entre otros ídolos a Pola Negri, Gloria Swanson, Greta Garbo y Charles Chaplin. El cine sonoro, inventado en 1927, llega a Medellín en 1930. A finales de esa década la ciudad cuenta con otras cinco salas de cine, aparte de los lujosos teatros Junín y Bolívar, y cada vez congrega públicos mayores. El cine introduce cambios en los patrones de gusto y en el estilo de vida de las gentes y para muchos tal influencia no es bien vista, porque consideran que las jovencitas, al imitar las poses y las ropas de las artistas, pecan contra el sexto mandamiento que ordena ser limpios y castos de pensamiento.

Al avanzar el siglo los espectáculos aumentan en número y en variedad. Según el estudio estadístico de Manuel Monsalve Martínez, en 1938 hubo en Medellín 3.541 espectáculos públicos. En 1940 en el Teatro Bolívar se presenta la mexicana Kira, que baila "desnuda" tras dos enormes abanicos de plumas. La revista **Micró** la anuncia como "Pecado mortal: Kira, bailarina exótica en la danza "Te amo Cristóbal Colón".

Los deportes

Otra nueva forma de diversión adoptada en el siglo XX es el deporte. En los primeros años del siglo, miembros de la alta sociedad medellinense en sus viajes al exterior, o por su amistad con extranjeros residentes o de paso por la ciudad, aprenden a jugar tenis, golf, fútbol, baloncesto y practican la natación. Las mujeres inicialmente prefieren el tenis, pero luego practican más el baloncesto. En los años diez los jóvenes consideran muy "chic" el patinaje o el "skating" en el

patinódromo de Daniel Mesa. La revista **Sábado** de noviembre de 1922 trae una foto de un grupo de mujeres haciendo ejercicio en el Salón de Gimnasia de la Universidad de Antioquia. En los pueblos, en cambio, "es muy poco el deporte o el deportismo" al decir de Fidel Cano en su historia del deporte publicada en la revista **El Bodegón** en 1936.

Un selecto grupo de jóvenes, entre ellos algunos militares, integran en 1914 el Medellín Football Club, el primer equipo de fútbol del departamento. Luego se crean el Sporting, el Albión y otros. Los partidos se realizan en "mangas" de los alrededores de la ciudad, en el Bosque de la Independencia y, a partir de 1916, en la cancha construida por los jesuitas en Miraflores. Tanto el Colegio de San Ignacio como el Club Campestre hacen mucho por impulsar este deporte. A fines de los años veinte existen equipos como el ABC conformado por artesanos, y el Romano, por muchachos descalzos. Este último se convierte en el equipo Medellín, que en 1934 conquista el campeonato de primera categoría en Antioquia. Dos años después

recorre triunfalmente el país y en 1938 se corona campeón nacional. La Federación Antioqueña de Fútbol al patrocinar giras de equipos locales, trae equipos del Perú, de los que se aprende bastante, y al construir el Campo de los Libertadores, terminado en 1931, ayuda a popularizar la afición por este deporte que llegó a través de la élite.

El tenis es introducido desde principios del siglo por los hijos de las familias más pudientes que estudiaban en el Estados Unidos y Europa y por algunos extranjeros residentes en la ciudad, como el inglés Maurice Badian, quien habilita una cancha de "prado" en su casa para practicar este deporte con sus amigos. El juego tuvo tanta acogida que en 1910 ya existía en la ciudad el "Medellín Tennis Club". El golf desde los años diez se jugaba en las "mangas" donde hoy está el barrio Sucre y a partir de 1924 en el Club Campestre. El "básquet", favorito de las señoritas de la alta sociedad, se juega en el Salón España. El polo se juega primero en el Club Campestre y luego en el Hipódromo privado de Andalucía. También se

juega algo de tejo en la cancha "Sevilla" de Cipriano Atehortúa en Lovaina. En el Bosque de la Independencia se monta en bicicleta y se puede nadar en su pequeño lago. En 1936 existe la piscina del Club Campestre, la del Colegio de los Hermanos Cristianos y varios "tanques de natación" en residencias campestres. Para la década de 1940, el interés por los deportes ha crecido y éstos empiezan a convertirse en espectáculo de masas. Para atender la nueva necesidad Medellín inaugura el estadio Atanasio Girardot en 1953, construido ante la presión de procurarle un escenario a la Primera Olimpiada Regional.

En 1951 aparece otro espectáculo itinerante, que se repetirá año tras año, la Vuelta a Colombia en Bicicleta, que muchos pueden seguir por radio en la voz de Carlos Arturo Rueda y otros locutores, o asomándose a las carreteras y calles por donde pasa. Despierta gran entusiasmo en todo el país, pero sobre todo en Antioquia, porque desde la tercera vuelta el equipo local, con corredores como Ramón Hoyos Vallejo, -quien llega a ser cinco veces campeón durante la década de 1950-, Roberto Cano, Héctor Mesa, Justo "Pintado" Londoño, Francisco Luis Otálvaro y Honorio Rúa, es el mejor equipo. Al llegar a las poblaciones los ciclistas son esperados por una multitud que se aglomera a lado y lado de la vía para ovacionarlos como a héroes o para recibirlos con una lluvia de insultos, piedras y botellas, cuando por antipatías regionalistas, los líderes no son de su agrado, como le ocurrió varias veces a Ramón Hoyos y a los antioqueños que iban con él, al entrar triunfantes a Bogotá.

Inventos como el automóvil, la radio, los electrodomésticos y los aviones, acercan las distancias, alteran las rutinas y en muchos aspectos de la vida diaria establecen una manera de hacer las cosas que aún permanece. Como vimos, durante el período se impone una nueva imagen de la mujer, y aparte de los dictados de París o de Londres, el gusto y la moda se inspiran también en Nueva York y en el "American Way of Life". Cambia el uso y la concepción del tiempo libre. Hay más cosas para hacer y más tiempo para hacerlas. A

pesar de que la Iglesia no ve con muy buenos ojos algunas de las nuevas costumbres porque le parece que éstas corrompen a la juventud, los deportes, la gimnasia y equitación femenina, las novelas radiales, el cine y los nuevos ritmos musicales, los paseos o baños en piscina con miembros de ambos sexos se van generalizando y para la segunda mitad del siglo extrañarán a muy pocos.

BIBLIOGRAFIA

Album de Medellín, 1956. Sociedad de Mejoras Públicas, s.p.i.

Album del Segundo Congreso Eucarístico Nacional de Colombia. Medellín, 1935.

Aguirre Agudelo, Raymundo. *Antioquia: Estudio geográfico, económico y social*. Bogotá, 1948.

Dane. *Medellín en cifras, ciudad tricentenario, 1675-1975*. Medellín, 1976.

Furhmann, D. y E. Mayor. *Voyage d'exploration scientifique en Colombie*. Neuchatel, 1914.

Gutiérrez, Rufino. *Monografías*. Bogotá, 1920.

Jaramillo J., José María. "Por la moralidad pública en Santa Rosa", (folleto). Medellín, 1926.

Librería Pérez. *Medellín en 1932*. Medellín, 1932.

Medellín, el 20 de julio de 1910, álbum de la Sociedad de Mejoras Públicas, s.p.i.

Medellín, 1923, álbum de la Sociedad de Mejoras Públicas, s.p.i.

Medellín, capital industrial de Colombia. Medellín, 1947.

Mejía Restrepo, Héctor. *Don Gonzalo Mejía, 50 años de Antioquia*. Bogotá, 1984.

Monsalve, Diego. *Colombia Cafetera*. Barcelona, 1927.

Ospina E., Livardo. *Una vida, una lucha, una victoria*. Medellín, 1966.

Payne, Alexander. "Crecimiento y cambio social en Medellín, 1900-1930" en *Estudios sociales* N° 1. Medellín, 1986.

Restrepo Uribe, Jorge. *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín 1981.

Téllez Blanco, Hernando. *Cincuenta años de radiodifusión colombiana*. Medellín, 1974.

Uribe Celis, Carlos. *Los años veinte en Colombia*. Bogotá, 1985.

Archivos fotográficos de Benjamín de la Calle y Francisco Mejía. Centro de Memoria Visual, FAES, Medellín.

Agradecimientos a Fernando Molina por su ayuda en la recolección de información y a Carlos José Restrepo por sus comentarios.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico	EL ESPECTADOR	Ciudad	
Pág.	2 A	Fecha	30 Dic 1987
Código	1300102	Lugar	A12

30 años después

En este mes de diciembre, venturoso para las festividades y el placer generalizado, se han cumplido 30 años desde el día en que la Junta Militar de Gobierno convocó al pueblo colombiano para la realización de un plebiscito que devolviera al país su estabilidad democrática. Se trataba de un expediente novedoso, no previsto en nuestro estatuto constitucional, encaminado a reformar fundamentalmente nuestra Carta Política. Salía Colombia de una etapa procelosa en la que la lucha a muerte por el poder se agregaba al desconocimiento del estado de derecho por parte de la dictadura imperante.

No hubo entonces reservas de ninguna naturaleza a buscar en el apoyo del constituyente primario, es decir: de la soberanía popular, la fuerza deliberante indispensable para devolver al país su fisonomía democrática. Y fue así como surgió la idea de la realización de un plebiscito, producto del acuerdo de los partidos tradicionales, y acogido con amplitud por la Junta Militar que para entonces ejercía el poder.

El plebiscito se hizo sobre bases concretas, puntualizando las reformas que debían llevarse a cabo taxativamente, y en busca del consenso ciudadano para avalar con su presencia la voluntad inmensamente mayoritaria de la nación. Fue aquel un acto de suprema apelación a la voluntad política de los colombianos. Y aunque el sistema plebiscitario no estaba consagrado en nuestra Carta, conforme ya se dijo arriba, se abrió paso entonces la interpretación ampliamente jurídica que daba al constituyente primario la facultad discrecional de reformar por medio de un acto mayoritario de su voluntad democrática los principios políticos en los que se sustentan nuestras instituciones. El curso de los acontecimientos históricos vino a demostrar, así, que la voluntad soberana del pueblo es siempre superior, y lo ha sido siempre, a los cánones escritos cuando éstos de algún modo violentan la realidad social, o la interfieren. Que aquel acto de voluntad fue benéfico para el país, pese a los contratiempos surgidos en el camino o a fallas de modo insistente señaladas, lo demuestra el cambio de rumbo que desde aquellos momentos se le imprimiera políticamente a la nación.

Es bueno recordar todo esto porque alguna afinidad existe entre los sucesos de entonces, tan contrarios a la salud nacional, y los siniestros avatares que ahora nos acompañan con tan hostigante insistencia. No era posible en dicha época reestructurar la osatura jurídica del país, ni hacer en realidad valederas sus instituciones sin recurrir a procedimientos originales que aseguran la pronta solución de los muy graves problemas que pesaban sobre el país. Como ahora. Con el agravante de que en las actuales circunstancias no se trata ya simplemente de un enfrentamiento sectario entre los partidos, sino de la explosión indiscriminada de las más aterradoras pasiones y los más bajos instintos. Ya nadie sabe de dónde vendrá la bala que lo hiera. Y el mismo Estado, representado en el gobierno, aparece inerte e incapaz ante el oleaje de terror y oprobio que se ha cernido sobre el país.

De allí que ahora también se requiera acudir a remedios excepcionales, tal como desde estas mismas columnas lo hemos venido proponiendo con el apoyo entusiasta y sabio de connotados juristas y hombres de Estado. Sin descartar tampoco, sino sugiriéndolo afirmativamente, la importancia de convocar a un nuevo plebiscito, que como el de 1957 rescate para el país la dignidad política y ética de sus instituciones. Como entonces, basta con que volvamos a ponernos de acuerdo en su realización la gran mayoría de los colombianos, sin que para ello sean óbice los recursos teóricos constitucionales, como tampoco sucedió en aquellos tiempos.

Los 30 años recorridos desde aquella época nos demuestran cómo ha cambiado desde entonces el país.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico **EL ESPECTADOR**

Ciudad **Bogotá**

Pág. **1**

Fecha **- 4 DIC 1987**

Código **1300102**

Lugar **A14**

GOBIERNO DE ALFONSO LOPEZ PUMAREJO (II)

Como en algunas ideas que consignamos en los capítulos anteriores, para describir la situación implícita del comienzo de la administración del doctor López Pumarejo, ya conjugábamos los factores que sólo afloraron en etapa posterior, debemos hacer un alto para entrar en un conflicto que inquietó mucho a los mejores liberales. Hasta en la posesión de López Pumarejo, Laureano Gómez había hecho alusión a la amistad personal que los unía, al pronunciar su discurso como presidente del Senado. López, a su vez, había respondido a la alusión con amistoso agradecimiento.

La opinión, experta o legía, no descifraba estos signos de calma en medio de la tempestad de la oposición conservadora a Olaya Herrera. Esta había tenido como motivos principales el contrato Chaux-Folsom y el Protocolo de Río de Janeiro, pero con estos o con cualesquiera otros pretextos en lo que se convirtió fue en una incesante campaña de denuestos contra Olaya Herrera y su gobierno, que incluía hasta a los conservadores que habían sido sus ministros, pero que con relación a la figura y la obra del presidente saliente se hacía aún más injusta, personalizada y amarga.

Del lado liberal, aunque se levantaron algunas voces en defensa de Olaya, también había quien le negaba su solidaridad al cuatrienio anterior, se corría el riesgo de que se llegara a darle a la situación la falsa interpretación de tomar el silencio del presidente López como una especie de aquiescencia a lo que hacían la prensa y la representación conservadoras bajo la conducción de su amigo Laureano, que no era otra cosa que alabar al presidente recién posesionado, y vilipendiar al presidente saliente.

Laureano Gómez llegó a insinuar en el Senado que se citara a Olaya, —ya en el momento un simple particular— para que respondiera personalmente de los actos de su administración. La insinuación no tenía piso en el procedimiento, y aun el día 27 de agosto, Eduardo Santos había hecho una amplia defensa de Olaya Herrera. Pero en este punto la paciencia del ex-presidente llegó a su límite. En una declaración a la agencia de noticias SIN, descartó la posibilidad de presentarse ante el Senado y le negó autoridad moral y legal a su acusador. Se proponía apelar a la opinión pública y anunció una gira para explicarle al pueblo colombiano los actos de su gobierno, y poner “de presente ante el país y ante el Liberalismo los peligros que entraña la fraternidad política entre el actual jefe del Estado y el vocero de la oposición”.

El anuncio de la gira, y de dos conferencias en Bogotá para fecha todavía más próxima, causó justificada alarma en los

círculos del partido de los cuales surgieron mensajes de solidaridad con Olaya que, sin embargo, no intentaban quitarle respaldo al presidente López. Se entendía que su actitud en relación a la posición conservadora, por extrema que esta fuese, era la de permitir la libre expresión y el debate público de los hechos dentro del espíritu democrático, como se lo manifestó luego a los congresistas liberales.

Luis Cano y Lenc intervienen

La mera posibilidad de que una fuerza como la de la oratoria y el prestigio de Enrique Olaya Herrera se moviera por el país, en plan de cuestionar la buena fe del presidente en su manejo de las relaciones con la oposición, amenazaba con agrietar por la base la unión liberal. Dos periodistas que habían librado la larga batalla de información y opinión cuyos resultados le permitieron al liberalismo acceder al poder, podían invocar su autoridad moral y su lealtad a la causa para procurar un entendimiento entre las dos figuras cimeras del partido.

Don Luis Cano, desde Medellín, envió a **El Espectador** el siguiente telegrama: “Tengo la íntima convicción de que no existe, ni ello sería posible moralmente, solidaridad alguna entre el doctor Alfonso López y el doctor Gómez, con relación a la inicua e inocua campaña que este último viene realizando, solo y abandonado, contra el doctor Olaya Herrera. Esta convicción me autoriza para rogarles a ustedes que, al publicar la explicable pero infortunada declaración que hizo ayer a este respecto el doctor Olaya, lo hagan agregando expresamente que para **El Espectador** sería muy honroso poder contribuir, en parte mínima siquiera, a disuadirlo del propósito de asociar el nombre del presidente López al del señor Gómez, en la defensa que se propone hacer de su intangible patrimonio moral y político. Nosotros cumpliremos siempre con el deber de lealtad personal y de solidaridad política de acompañar al doctor Olaya Herrera en la defensa de su gobierno y de su nombre, pero no podemos dudar de que él nos prestará igualmente su concurso abnegado y generoso para evitar que la necesaria unidad del liberalismo pueda ser afectada en el curso de la campaña en que deseamos ser constantes aliados suyos. No pretendemos hacer un simple esfuerzo de gimnasia mental para complacer al doctor Olaya sin agraviar al doctor López. Ambos conocen la desinteresada lealtad de los sentimientos que nos inspiran. Queremos, sencillamente, hacerles justicia a los dos, y persistir en el deseo de que uno y otro continúen honrando y sirviendo juntos a la República y al Liberalismo”.

Por su parte, Luis Eduardo Nieto Caballero, militante del estado mayor del liberalismo, polemista agudo y sólido, res-

petado y estimado por las grandes figuras, empleó su ascendiente personal a una tarea de diplomacia amistosa en la que la Dirección Nacional del Liberalismo intervino con acierto ante el doctor Olaya Herrera. Este se avino a cancelar la gira y, en el manifiesto al país que la sustituyó, publicado el 10 de septiembre de 1934, hizo una erguida defensa de sus actuaciones y cambió diametralmente el sentido de su denuncia. Señaló la campaña de Laureano como una maniobra divisionista, entre otros propósitos.

¿Lo era realmente? ¿En ese punto preciso, antes de que López empezara a gobernar, Gómez todavía alimentaba la ilusión de detener la Revolución en Marcha creando una atmósfera de confusión y animosidades personales? ¿O, simplemente, su corriente temperamental que coincidía con el sistema de atacar la honra ajena, a que aludió por esa misma

época el doctor Urdaneta Arbeláez, se dirigía ciegamente contra Olaya en una especie de concupiscencia del odio?

En una u otra hipótesis, lo aparente es que el "Monstruo" forzó la mano, como se dice, en ese juego, imagen de las alternativas del azar, el poder, y la mentira que se llama el Póker. Porque el resultado de su *bluff* ante el Senado fue la reconciliación que reclamaron con digno realismo y procuraron con sagacidad, los hombres justos del Liberalismo encabezados por esos dos insignes amigos y compañeros de armas que se llamaron Luis Cano y Luis Eduardo Nieto Caballero.

Los periódicos pudieron publicar la noticia y las fotografías de una comida en casa de este último, que reunió a los dos estadistas en la compañía del primer designado, doctor Alberto Pumarejo, de don Gerardo Núñez, del anfitrión, del doctor Eduardo Santos y de don Luis Cano.

El debate sobre el protocolo de Río

Con el anuncio de que Enrique Olaya Herrera había sido nombrado ministro de Relaciones Exteriores, el alivio liberal ante la reconciliación de sus dos máximos jefes se convirtió en júbilo. Por fin, además, el formidable parlamentario que encabezaba la oposición iba a tener un contrincante de igual fluidez verbal, curtido como él en mil debates y conocedor de todos los recursos de la dialéctica. Lo que se anunciaba era el encuentro de dos titanes.

Pero no se trataba sólo de un espectáculo de la inteligencia y la fogosidad oratoria. Por una parte, el doctor Laureano Gómez había desquiciado las bases de la discusión al pretender que nuestro representante ante el Consejo de la Liga de las Naciones había convertido un asunto de orden interno en un conflicto internacional, por la torpeza con que había manejado el problema. El Delegado Especial ante el Consejo era el doctor Eduardo Santos, a quien se refería el doctor Gómez con su habitual sarcasmo como al "estupendo señor Santos". Los hechos, —de los que ha dado cuenta de manera magistral el ex-canciller Vázquez Carrizosa,— no podían ser más claros, ni la posición peruana menos aviesa. Se trataba de forzar sin argumentos jurídicos el tratado Lozano-Salomón en que se fijaron los límites entre las dos naciones.

Por otra parte, el doctor Fabio Lozano Torrijos, firmante del tratado y figura venerable e insigne del Partido Liberal, desaprobaba el Protocolo de Río de Janeiro por considerar que, de alguna manera, este acuerdo para poner fin al conflicto causado por la ocupación de Leticia por fuerzas peruanas, ponía en peligro el tratado.

El encuentro inesperado

Estaban corriendo los días del término acordado para la ratificación del Protocolo por parte del Congreso colombiano, después de haber sido ratificado en el Perú. El nombramiento del doctor Olaya se anunció el 30 de enero de 1935. El día 31, se estaba desarrollando en el Senado otro episodio del acostumbrado debate sobre el acuerdo de Río. Sólo que el antagonista del "Monstruo" era el que menos habían esperado los arúspices políticos.

Eduardo Santos, quien había estado ocupando su curul en la Cámara, después de haber cumplido su misión en el exterior, no había podido hacer frente en persona a los ataques de Laureano Gómez. Pero lo que pensaban los observadores de esas pugnas oratorias, convertidas en duelos personales de furia, sorpresa y escarnio por el campeón de los conservadores en la plenitud de sus potencias, era que el mesurado escritor, el sagaz analista haría mejor si eludía el encuentro.

Y, allí estaba Eduardo Santos, citado por el Senado de la República en su calidad de Delegado ante la Liga de las Naciones para que explicara su actuación. Algo que debía ser diáfano para mucho honrado observador, pero que se habría convertido en madeja inextricable por quien se solazaba ante la sola expectativa de acribillarlo a preguntas. Y, para la sorpresa de senadores y barras, la digna presencia de ánimo de Eduardo Santos, y su felicísima capacidad de articular su pensamiento en frases lógicas y justas, estaban dando cuenta de la furia y de las artimañas de su adversario.

En un estilo objetivo que volvía por el decoro mental de la discusión parlamentaria, Eduardo Santos estaba desplegando los factores verdaderos del problema ante un auditorio que había salido al plano de las ideas llevado por una inteligencia que desdeñaba la provocación y no se dejaba extraviar por el temor a la cólera.

Cuando Santos daba lectura a unos cables que desvirtuaban alguna interpretación de Laureano Gómez, cuenta el doctor Lleras Restrepo, Laureano se desvaneció. Cuando le ayudaban a dar los pasos para abandonar el recinto, después de una pasajera mejoría, se desplomó a mitad de camino. El mismo expresidente dice que el colapso, una congestión cerebral, no le sorprendió. El múltiple y combativo parlamentario entregado a la lucha en todos los posibles frentes, se había sometido a un régimen infernal de trabajo.

Clausura, elecciones y abstención

Por fortuna, la contraparte peruana tenía más deseo de llegar al acuerdo sin alterar los artículos del Protocolo de Río que la oposición colombiana. Los peruanos prorrogaron los términos de la ratificación, con lo cual se evitó entrar en nuevas discusiones sobre el acuerdo. Porque ni la ilustre persona de Olaya Herrera en el senado, ni su eficaz palabra, ni su hábil conducción de la negociación parlamentaria consiguieron nada más allá de un empate repetido en las votaciones, que fue considerado como una negativa, de acuerdo con el reglamento de la alta corporación, a aprobar el Protocolo sin modificaciones.

Olaya Herrera y López Pumarejo estaban preparados para el evento. En la última sesión Olaya Herrera pidió que se leyera una comunicación. Era el decreto por el cual se clausuraban las sesiones extraordinarias del Congreso. Como lo previó un político conservador rejugado y zahorí, ya desde entonces, el Gobierno se atenía a las mayorías liberales en la

campana para las elecciones que iban a renovar el Congreso. Uno de los puntos de la plataforma Liberal era el Protocolo de Río.

Agitación electoral y abstención conservadora

Se habían producido enfrentamientos entre liberales y conservadores en las áreas rurales desde el gobierno anterior y, aunque en el cuatrenio 1934-1938 el país llegó a pacificarse en forma casi completa, el Partido Conservador, decidido a ejercer una oposición frontal, tenía en esos hechos de sangre una bandera para acusar al gobierno de persecución y de falta de garantías, en el momento electoral en que se exacerbaban las pasiones.

Los comentaristas liberales de esos comienzos de la administración López, en los primeros meses de 1935, no desconocen esos hechos pero no dejan de poner de presente la buena fe y la diligencia que ponía el gobierno en investigarlos y controlarlos. El otro punto que aprovechó la oposición era precisamente la reforma electoral. A conocimiento del presidente llegaban los casos de fraude que se habían presentado aún en las propias elecciones para elegirlo a él, en las que el Partido Conservador había decretado la abstención: El presidente estaba decidido a ponerle fin a ese vicio atávico del sistema republicano en Colombia, por principio, es claro, y como parte de su lección de democracia a todos los estamentos. Pero, además, porque conocía la semilla de rencor que dejaba el fraude, y el argumento que implicaba para la tendencia a desconocer a los poderes públicos.

La reforma empezaba en el documento que acreditaba la identidad y la edad de los votantes. Se empezaron a expedir las cédulas de ciudadanía. Ya a esas fechas se había excluido del voto a las Fuerzas Armadas y se había reformado un sistema de distritos electorales que producía la mayoría conservadora en el Senado a pesar de que los votantes liberales aventajaron a los conservadores en algunos departamentos. Cundinamarca era uno de ellos.

En las primeras semanas aún no se sabía si el Partido Conservador se abstendría o no. Los jefes conservadores encabezados por el leopardo Augusto Ramírez Moreno pronunciaban conferencias radiales agresivas y acusatorias, alternando con las del presidente por el mismo medio, y con la serie de exposiciones de los liberales más connotados en la Casa Liberal fundada por Plinio Mendoza Neira, un joven político boyacense de tan buena formación intelectual como capacidad para las realizaciones tangibles.

La etapa se cierra con la decisión del Partido Conservador de no concurrir a las elecciones para asambleas y para Congreso, en fechas distintas, entonces. Sin la conducción de Laureano Gómez, quien se repone gradualmente de su congestión cerebral, el partido no tendría quizás la misma capacidad parlamentaria. Y era posible que se tomara en cuenta la conveniencia de interrumpir un proceso en el cual se hacía aparente la verdadera proporción en que votaban los partidos. Las mayorías liberales en el total nacional, fruto de un largo trabajo de persuasión dentro del sector popular, se evidenciaban con nitidez. Pero un observador de hoy tampoco puede descartar la convicción honrada con que el Directorio Conservador estimara los hechos políticos. El riesgo del choque sangriento, aunque no hubiera razones para hablar de falta de

garantías, era difícil de evaluar. Y, por sistema, la oposición descontaba el fraude.

El tiempo y la pausa

Los conservadores no volverán al Congreso sino ya en el gobierno de Santos. La honrada y lúcida voluntad del presidente López de abrir una etapa en que la oposición planteara sus alternativas en un debate continuo y múltiple, delante de las medidas concretas del Gobierno, y de la defensa pública que de ellas hiciera en exposiciones razonadas, se frustró, y no es posible saber a qué costo. Con un Congreso homogéneo, pese a disidencias y debates candentes, se aprobó el protocolo de Río de Janeiro. Más tarde se fueron planteando y adoptando las reformas que dentro del criterio liberal, en un gobierno de partido, estaban en la mente integradora de López.

Cada una de estas reformas se vio precedida de un trabajo de difusión y discusión de ideas en el que participaba el equipo de colaboradores directos del presidente, bajo su constante inspiración y su guía, apoyado por la representación parlamentaria de los más renovadores y mejor preparados cuadros liberales.

Y, sin embargo, la falta de confrontación parece haberles quitado un necesario plano de referencia a las reformas, por ejemplo en el campo de la ley de tierras. Al fin de su gobierno, el presidente y, al parecer sus ministros, sus colaboradores y sus seguidores más directos en las corporaciones, admiten la posibilidad de haber ido demasiado de prisa. Aceptan la necesidad de hacer una pausa. López Pumarejo reconocerá públicamente que se equivocaron al detener la marcha reformadora. No da excusas, admite el error y se dispone, en su segundo gobierno, a reanudar el proceso de cambio.

Pero es dable pensar que al mismo equipo liberal y a su conductor les hubieran parecido más realistas y mejor establecidas unas reformas pasadas por la prueba del fuego de los debates en contra del espíritu de partido de los conservadores, pero también concebidas en su versión final con el concurso del criterio del adversario. Había entonces, como hoy existen, sectores del Partido Conservador que reconocían las necesidades del cambio. Y lo que se imponía era la reforma institucional en el régimen de impuestos y de tierras, en la educación, en la justicia, en las relaciones del capital y el trabajo, como era necesario darle a las relaciones internacionales de Colombia un sesgo propio y digno que caracterizara al país en el continente.

Parte del cambio estaba en la admisión de criterios más modernos, más justos, o ambas cosas, en la Constitución y en las leyes. Esta parte se llevó a cabo, y ella sola basta para que se considere a Alfonso López Pumarejo el gran transformador social, el estadista que le dio sentido social y humano a la política y a la juridicidad, de acuerdo con unos principios del Liberalismo del siglo XX que ya había escogido un camino de evolución diferenciado del socialismo.

Pero el resto era lograr que los factores activos del país asimilaran el cambio e iniciaran a partir de él una nueva evolución. La clase política debía asimilar el verdadero criterio de la responsabilidad y el servicio público. La Iglesia, sus relaciones armónicas y justas con el poder civil, y con lo que había de ciudadanos de un país en sus fieles. Los empresarios y los trabajadores urbanos o rurales, sus propios derechos limitados por sus recíprocos deberes. Las autoridades académicas desde la universidad hasta el maestro de escuela, el sentido de su

misión respetuosa de la conciencia personal y ajena a la política partidista.

Esta tarea reclamaba un constante adoctrinamiento cuyas bases e implicaciones estaban claras en la mente del presidente López, y se desarrollaron con la ayuda de sus asesores y colaboradores en una literatura oficial de mensajes al Congreso, y a las distintas ramas y niveles del Ejecutivo. La fundamentación de las leyes más importantes lo mismo que la aclaración de un punto cualquiera de operación político-administrativa contenían doctrina y se referían a la realidad con laborioso cuidado. Un expositor habla de 8 o más gruesos tomos que compilan la política gubernamental de la época. Y otro, el doctor Lleras Restrepo, aconseja con claro sentido de su valor, extraer de los documentos debidos a la pluma o a la directa inspiración de López Pumarejo, un ideario suyo. Quizás, hoy día, veríamos ante una síntesis orgánica de su

pensamiento político-social, y de su intuición pragmática del país, cuánto nos falta para completar sus vastas concepciones.

La tarea adoctrinadora no recibió por parte de la oposición conservadora sino escarnio e interpretaciones malévolas. Contra la persona de López Pumarejo se desató una verdadera estrategia de odio. Contra su administración y sus colaboradores, una estrategia de descrédito y desconocimiento. La sensatez y la honradez mental de algunos sectores del partido de oposición quedaron sepultadas por el alud de injurias que lanzaba, en El País, de Bogotá, el jefe del Conservatismo, ya repuesto de sus dolencias, en lo que definió otro vocero conservador como la misión de "hacer invivible al país".

Si se predicaba la resistencia a las autoridades civiles y a las leyes como factor de la oposición, no es de extrañarse que la resistencia a las ideas que difundía el gobierno fuera algo automático. No es posible desechar la impresión de que esa oposición ciega, en la que cualquier argumento valía para alimentar el rencor, haya contribuido a la violencia que se desató con el regreso al poder del Partido Conservador en 1946.

En qué consistían las reformas

La Reforma Constitucional

La Iglesia, el Estado y la enseñanza

Entre los artículos de la Constitución de 1886 que se reformaron estaban los referentes a la religión y la Iglesia Católica; a la libertad de cultos; a la enseñanza. La intención de la reforma era la de definir como principio inicial que la Nación colombiana no tenía una religión oficial. A partir de allí se dejaba el espacio abierto para que se reglamentaran las relaciones entre el Estado colombiano y la Iglesia Católica en convenios sujetos a la posterior aprobación del Congreso. La Iglesia Católica quedaba cobijada, en lo referente al ejercicio de su ministerio, por la libertad de conciencia y la libertad de enseñanza que se garantizaban en los artículos 13 y 14 del Acto Legislativo de 1936. En el artículo 14 se establecía un cambio fundamental respecto de la organización e inspección de la enseñanza. En el artículo 41 del estatuto del 86, esta organización y dirección debía ser concordante con la religión católica. En el artículo 14 del Acto Legislativo de 1936, dentro de la libertad de enseñanza, el Estado, sin embargo, tendría la suprema inspección y vigilancia de los institutos docentes públicos y privados.

Los cambios equivalían a un reconocimiento lógico de que el poder civil no tiene forzosa definición religiosa, y al recono-

cimiento de la entidad de la Iglesia mayoritaria en Colombia sin trabas para su ministerio, pero sin preponderancia o privilegios. En la Constitución del 86, se consagraban también el derecho de la Iglesia Católica a ejercer actos civiles, por derecho propio y la exención de impuestos para los edificios destinados al culto, seminarios y casas episcopales y curales. Ambas prerrogativas fueron suprimidas.

El régimen de propiedad

La Carta del 86 había establecido una limitación al derecho de la propiedad en los casos de conflicto entre la *utilidad pública* y el provecho privado. Al lado de la noción de utilidad pública, se introdujo en la reforma la noción del *interés social*, apoyada en la definición de la propiedad como *una función social que implica obligaciones*. También se autorizó al legislador para determinar los casos en que, *por razones de equidad*, pudiera haber expropiación sin indemnización.

Zuleta Angel comenta que esta última norma aunque no había sido aplicada hasta la época en que escribe su biografía de López Pumarejo, aún gravitaba desfavorablemente sobre la importación de capitales. Es de pensarse cuál sería la reacción de los terratenientes de vastos fundos improductivos ante estas normas que le abrían el camino a la ley de tierras y a otras medidas de justicia social y lógica económica.

La intervención estatal

Esta quedó consagrada en el artículo 11 y abarcaba el campo de las empresas públicas y privadas para que por medio de leyes se racionalizara la producción, distribución y consumo de riquezas, y se diera la protección a que tiene derecho el trabajador.

La intervención incluía la revisión y fiscalización de las tarifas de los servicios públicos.

El derecho de huelga

Este derecho se garantizó específicamente. Se ha dicho que este derecho, como la facultad de intervención del Estado en la economía, o como la función social de la propiedad, estaba implícito en la Constitución del 86. Los autores parecen estar de acuerdo en señalar la urgencia que había de hacerlos explícitos, y la audacia que suponía el darles esa clara forma constitucional.

Oposición y realidad probable

La línea de menor razonamiento y de mayor impacto que escogió la oposición fue la de llamar ateos, masones y perseguidores de la Iglesia al presidente, su gobierno y su partido, y la de combinar los denuestos con las calificaciones de anarquistas y comunistas para las medidas sobre la propiedad y la intervención.

El mero hecho de que las nociones reformadoras estaban tácitamente incluidas en la Carta del 86, nos da la medida de hasta qué punto hacen parte de un régimen democrático de cepa liberal. La verdad es que sin esas especificaciones, reformadoras pero no contrarias al espíritu de la Carta Fundamental, el camino que el país ha recorrido en 50 años, hubiera sido más trabajoso y sangriento de lo que ha sido. La lucha de clases que hasta ahora asoma en Colombia en la versión degradada del terrorismo, el sabotaje y el secuestro pudiera haber comenzado entonces.

Las reformas de López Pumarejo, pero sobre todo las realizadas dentro de la Constitución del 86, le quitaron el peso a una agitación social que explotaba una inconformidad popular desviada por 100 años de guerras civiles hacia la épica sentimental de los partidos clásicos, los famosos "odios heredados" de que hablaba el señor Caro. El Unirismo de Jorge Eliécer Gaitán quien conjugaba el amargo y legítimo rencor por la masacre de las bananeras, y por las intervenciones violentas de la fuerza pública contra los campesinos de las invasiones de tierras, se evaporó después de las primeras elecciones en 1935.

El movimiento sindical, de cuyos orígenes marxistas se conservan todavía los slogans y el vocabulario, se canalizó por cauces jurídicos amplios. No logró hacer del régimen el engendro burgués represivo y vetusto que le convenía presentar ante el obrerismo, y dedicó su organización y sus fuerzas más a obtener beneficios tangibles para la clase obrera que a darle a ésta una mística de combate revolucionario.

Continuará el próximo viernes en el capítulo No 40.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico **EL ESPECTADOR**

Ciudad **Bogotá**

Pág. **2**

Fecha **- 6 D I C 1987**

Código **BCCIC 2**

Lugar **B5**

Rincones cundinamarqueses

Carupa chibcha, Quipile panche

GUILLERMO GONZALEZ RESTREPO

Quizá la única referencia precolombina que podría esgrimir Carmen de Carupa para encontrarse en el Imperio Chibcha, es la de que por aquellos parajes de su asentamiento actual cruzaba el camino estratégico de los guechas que defendían las tierras de los zipas del acecho permanente, sistemático, de los Colimas.

Por su parte, Quipile, un pueblecito montado a horcajadas sobre la espina dorsal de una de las arrugas de la Cordillera Oriental en territorio que fue de los Panches, en épocas de tranquilo discurrir nativo tuvo que ser sitio acostumbrado para la caza de osos fieros y venados ágiles y, por qué no, altar mayor de la diosa luna que desde esas protuberancias se ve aparecer vanidosa y plena por detrás del imponente Manjuí.

Carupa, Carmen de Carupa, es un pueblo sabanero ubicado en una plácida meseta adyacente al estoico páramo de Torca casi en los mismos límites de Cundinamarca y Boyacá, unos 15 kilómetros al occidente de Ubaté.

Su pasado histórico relacionado se remonta a los primeros años del siglo pasado cuando un latifundista llamado José Joaquín Urdaneta, hijo de Martín de Urdaneta, Caballero de la Orden de Carlos III y funcionario del virreinato, solicitó la creación de la viceparroquia del cacerío de La Mesa de Carupa, sustentada luego por el cura, escritor y científico José Domingo Duquesne, el mismo doctrinero de nativos en el pueblo de Lenguaque, gran conocedor de los secretos de los muiscas.

Don Roberto Velandia en su Enciclopedia Histórica de Cundinamarca asegura que ese ha sido uno de los pueblos que mayor número de nombres ha tenido: Nuestra Señora del Carmen de la Mesa, La Mesa de

Ubaté, Carupa, El Carmen, La Mesa de Carupa y Carmen de Carupa como se le conoce actualmente. Con tantos nombres es obvio suponer que su asentamiento no siempre estuvo en donde hoy está y su poblamiento seguramente se efectuó por estacionamiento espontáneo de cosecheros de trigo y cebada que por temporadas laboraban en la zona.

Con certeza se sabe que el nombre de Carmen fue adoptado en honor a la advocación de la Santísima Virgen, pero el de Carupa no tiene antecedentes aunque algunos tratadistas afirman que se trata de un toponimo indígena a pesar de que el vocablo no aparece en diccionarios de lengua chibcha. Sócota, Chegria, Chipaquín, Famantá, Tintoque, Yauquín y Tumulchoque son algunas palabras de la toponimia indígena del lugar más no así Carupa que, así mismo, nunca fue asentamiento aborigen.

Conspirador

El año de 1834 fue apresado en Carupa don Pepe de la Serna, uno de los cabecillas de la conspiración contra el presidente Francisco de Paula Santander, quien a los pocos días fue fusilado en la plaza mayor de Bogotá.

Allí mismo, en el costado sur de la citada plaza, el mismo don Martín de Urdaneta protofundador de Carmen de Carupa, tenía su residencia que le fue expropiada por el general Tomás Cipriano de Mosquera para construir el Capitolio Nacional. Recordemos que el señor Urdaneta escribió a finales del siglo XVII un interesante estudio sobre la historia y la geografía de los Colimas, tribu guerrera que habitaba la región circundante de la sabana al costado noroccidental.

Por la conformación fonológica de su nombre, este Carmen de Carupa es uno de esos rinconcitos cundinamarqueses que parece no

estar encuadrado en la geografía de este departamento y más bien se confunde con los pueblos de Boyacá tanto como otros que frisan los límites de los citados entes territoriales.

Lo más agradable de Carupa es sin duda el marcado contraste de sus paisajes que inusualmente se tornan ambiguos, unas veces severos y abruptos, otras serenos y plácidos, pero siempre amablemente cautivantes e inquietos.

Arriba, en la meseta final, reposa el poblado de techos rojizos y callecitas puritanas que sólo saben de las caricias frescas y susurrantes del páramo próximo.

Quipile

Si bien este pueblecito des acostumbrado y cálido adquiere su nombre de uno de los caciques Panches, también es cierto que es muy poco lo que de su pasado indígena se conoce. Todo parece indicar que allí, en donde hoy se encuentra estrechamente ubicado, jamás existió poblamiento aborigen.

El lugar montñosamente tupido era refugio predilecto de osos y venados que, a su vez, caían flechados por cazadores nativos que esperaban los tenués rayos plateados de la luna para ofrendarle su sacrificio ritual. Observar a Quipile desde lo lejos es ver una serpiente inmensa al borde del precipicio; el pueblo es una sola calle larga trazada de norte a sur siguiendo la cresta cordillerana.

A Quipile se va por una de las carreteras más antiguas que subió del Magdalena a la altiplanicie partiendo de Cambao. La feracidad de sus tierras es incomparable y torna el paisaje abundante de colores primaverales que jamás han sentido desvanecimientos de cansancio en siglos de cosecha.

Viejo camino de recuerdos, de olvido, por donde treparon ilusiones y esperanzas republicanas

que irradiaron fe sobre la faz de la
Colombia tierna. Aquí Corralejas,
allá Reventones, Tabacal y La
Sierra, La Victoria, San Miguel y
El Nogal, La Hoya, La Virgen y
Santa Marta, nombres del pasado
y el presente: lugares señalados
por el mestizaje de la brisa y el
sol.

¡Quipile es un canto campesino,
una tierra de promisión!



Una carta clave de Rafael Núñez

Por NICOLAS DEL CASTILLO MATHIEU

Cuando Núñez llegó por primera vez a la Presidencia de la República en abril de 1880, lo hizo en hombros del liberalismo independiente y sin el apoyo oficial del partido conservador, el cual no le había perdonado aún la colaboración que, durante la desesperada guerra de 1876, le prestó al Presidente Aquileo Parra y aquella célebre frase que, cierta o no, debió llegarle al alma a los jefes del conservatismo: "yo no me embarco en nave que se va a pique". Derrotados, los conservadores perdieron influencia en el escenario nacional y solo volvieron a adquirirla cuando el radicalismo de Santander y Boyacá y de algunos otros estados se lanzaron a la insensata guerra de 1885 y Núñez tuvo que aliarse con el conservatismo para salvar su obra política y su propia permanencia en el gobierno.

Fue entonces cuando nació realmente el partido nacional, integrado por los llamados liberales independientes y los conservadores. Núñez no tuvo suerte con sus propios copartidarios, que, desde antes de la fundación del partido nacional, sucumbieron casi todos ante los halagos de los jefes radicales que eran —hay que reconocerlo— insuperables seductores, dotados de una increíble habilidad política. El Presidente Zaldúa, candidato de Núñez salido de las puras entrañas del independentismo, se convirtió en 1882 en el personero de la "unión liberal", una coalición ideada por Julián Trujillo y otros antiguos independientes con el viejo radicalismo, que fue el que en realidad gobernó con el Presidente Zaldúa hasta su muerte. Reemplazado este por el segundo designado, el independiente Otálora (el primer designado era el propio Núñez, que se reservaba para un segundo período), los radicales trataron de atraérselo ofreciéndole una imposible candidatura presidencial. Después de algunas vacilaciones Otálora permaneció fiel a Núñez, quien fue elegido para el bienio 1884-1886. Como Núñez no pudo posesionarse a tiempo, debido a una enfermedad, los radicales trataron entonces de ganarse el afecto del Presidente encargado Ezequiel Hurtado, lo que no lograron, tal vez por falta de tiempo, porque Hurtado solo gobernó cuatro meses.

Derrotados los radicales en 1885 y consumado el principal propósito de la regeneración al reunirse el Consejo de Delegatarios que expediría la Constitución de 1886, Núñez, que no tuvo nunca verdadero apego al poder y que se sentía enfermo, se marchó a Anapoima y luego a Cartagena, dejando encargado al designado Campo Serrano, el único independiente que le fue totalmente leal. Al mejorar su salud, Núñez volvió a empuñar las riendas del mando, pero por muy corto tiempo porque, ante una nueva recaída, esta vez tuvo que dejarlas en las manos del vice-

presidente Eliseo Payán, lo cual ocurrió en diciembre de 1887, hace exactamente un siglo. Aquí fue Troya: se consideró entonces que Núñez, ya muy achacoso, no podría regresar de Cartagena y Payán y muchos otros independientes acogieron en la práctica las ideas y los programas de los siempre seductores radicales. Pero Núñez, sacando fuerzas de flaqueza, regresó a principios de 1888 y desde Girardot asumió nuevamente el gobierno y le envió a Payán uno de los más cortantes y fríos telegramas de toda nuestra historia política.

Lo que ocurrió entonces en el espíritu de Núñez no nos resultaba difícil imaginarlo: los socios liberales del nuevo partido nacional no habían respondido a su confianza y debía entonces acudir a los socios conservadores. Lo que no sabíamos era que esa decisión estaba tomada ya por Núñez desde el mes de febrero de 1888, pocos días después de la "payanización". Una carta de Núñez a un amigo de Corozal, escrita en Bogotá el 18 de febrero de 1888, que obtuvimos en original gracias a la generosidad de un amigo, lo dice muy claramente, con insuperable concisión:

"Sr. D. Bernardo González Franco.
Corozal.

Estimado amigo:

Aparte otros hechos más o menos graves, muchos independientes aprovecharon mi ausencia de esta capital para ponerse visiblemente del lado de los radicales. Esto hace que en lo sucesivo el principal elemento del partido nacional lo compongan los antiguos conservadores, y que a estos toque en primer término desarrollar, en la práctica, los principios regeneradores. Los independientes leales serán, no obstante, patriótica y eficaz ayuda, con la cual debe siempre contarse".

No sobra advertir que Núñez creía sinceramente en la permanencia y duración en nuestra historia del partido nacional como un tercer partido, no una coalición, integrada por antiguos conservadores y antiguos liberales. Núñez fue siempre fiel a este nuevo partido, que, después de su muerte, se deshizo, en virtud quizá de nuestra fuerte tradición bipartidista. Núñez no se declaró jamás conservador. Se consideraba un antiguo liberal dentro del partido nacional, y con esa perspectiva hay que mirar esta carta que por primera vez se publica. Otra cosa fue que los liberales independientes abandonaron poco a poco al partido nacional, como lo hicieron también los conservadores históricos. Antes de morir Núñez, hay que decirlo, el partido nacional estaba integrado, en su inmensa mayoría por conservadores, los cuales pasaron después a formar el ala "nacionalista" del conservatismo. No tuvo larga duración el tercer partido, pero sobrevivió su obra máxima: la Constitución de 1886.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico **EL COLOMBIANO** Ciudad **Medellín**
Pág. **1-** Fecha **9 DIC 1987**
Código **1300102** Lugar **BB**

LA HISTORIA DE ANTIOQUIA

LA NOVELA Y EL CUENTO EN ANTIOQUIA

Introducción

La narrativa antioqueña ha sido un género desarrollado, en términos relativos, con cierta autonomía del resto del país y con características casi siempre tradicionales. Esta es una generalización que puede aplicarse desde los primeros costumbristas decimonónicos hasta un joven narrador contemporáneo, Juan José Hoyos. La región de Antioquia ha sido muy independiente de las otras regiones de Colombia y a menudo ha actuado directamente en oposición a la idea de "nación". Hubo una numerosa población indígena en Antioquia en el momento de la Conquista, pero los conflictos y las enfermedades redujeron drásticamente su presencia en la región. Los antioqueños de la época colonial no tenían suficiente capital para traer numerosos esclavos africanos desde Cartagena. Por lo tanto, los buscadores de oro en Antioquia trabajaron independientemente como mazzamoreros o barequeros: muchos españoles y más tarde los criollos y mestizos se encontraron la necesidad del trabajo independiente y manual desde la colonización española. Esta situación, y la otra colonización antioqueña del sur de Antioquia dieron un ímpetu a la ética antioqueña del trabajo. La tradición de independencia y democracia, no obstante, no contribuyó de una forma significativa al desarrollo cultural de la región durante la época colonial. Al contrario, a la mayoría de los observadores les llamaron la atención el analfabetismo y la poca cultura literaria de esta provincia.

La ciudad de Medellín fue fundada en 1616, aproximadamente un siglo después de las otras ciudades principales de la Nueva Granada. Durante la primera mi-

tad del siglo diecinueve no fue mas que un pueblo tradicional. Factores claves en su transformación a metrópoli fueron el desarrollo de la producción del café a partir de 1880 y la fundación de la industria textil a fines del siglo. Para 1900 funcionaban en Medellín unas diez fábricas, signo de su modernidad, un cambio que se será reflejado directa o indirectamente en casi toda la narrativa antioqueña del siglo veinte (1).

La narrativa tradicional: los fundadores

Al independizarse de España, Medellín ostentaba una élite intelectual establecida como las de las "ciudades letradas" (término de Angel Rama) -Bogotá, Popayán y Cartagena- (2).

Por consiguiente, la producción narrativa a principios del siglo fue prácticamente nula, mientras la creación literaria en general se limitaba a discursos políticos, poesía patriótica y ensayos parroquiales (3). El primer texto narrativo que se encuentra es "El Montañés, un relato de Eliseo Arbeláez escrito en 1859. Pero el verdadero fundador de lo que ha sido la tradición antioqueña en narrativa fue Juan de Dios Restrepo, a partir del cual, y hasta Arturo Echeverry Mejía, se cultivó una narrativa de características tradicionales. Restrepo (1823-1894) publicó durante la década de 1850, varios textos bajo el seudónimo de "Emiro Kastos". De su fecunda pluma salían las mejores sátiras producidas entre los autores de artículos y cuadros de costumbres decimonónicos colombianos. Como muchos

antioqueños del siglo pasado, miraba la cultura escrita con cierta distanciamiento irónica y a veces hasta cinica, tal como se refleja en la siguiente afirmación por parte de Kastos: "Las novelas hacen perder el gusto por los estudios positivos, las ocupaciones serias; enferman la imaginación, falsean el carácter; lanzan el alma en aspiraciones fantásticas... La novela francesa, sobre todo, que arroja impúdica al lector desnudos sus personajes y sus pasiones, es tóxico mortal para un adolescente". (Unas décadas después el maestro de escuela de Tomás Carrasquilla dirá que el problema principal de éste es que lee demasiadas novelas, actividad peligrosa para un joven muchacho...). Entre los escritos de Kastos se destacan los artículos "No hay que desesperar" y "Cartas a Camilo Antonio Echeverri". Además, publicó los siguientes cuadros de costumbres: "Los Pepitos", "Una Botella de Brandy y otra de Ginebra", "Mi Compadre Facundo", "Un Paseo a Rionegro", "Una Noche en Bogotá", "Amigos y Amigos", "El Tigre", "Arturo y sus Habladurías", Rico y Pobre" y "Correría por Villeta y Guaduas".

Esta vertiente costumbrista dominó la narrativa antioqueña hasta finales del siglo, y en ella se destacarán, además de Emiro Kastos, Lisandro Restrepo (1849?—1927), autor de las novelas *Memorias íntimas de Ramón Pérez* y *De paso* (1899), y de varios relatos cortos, Camilo Botero Guerra, quien publicó cuadros de costumbres, y Ricardo Restrepo, (1847—1932), de quien se conoce el ágil relato "Un baile con carrera" (1870).

La expansión económica de Antioquia a fines del siglo diecinueve estuvo acompañada por un renacimiento literario que ha continuado hasta nuestros días. En Medellín despuntaba la modernidad en Colombia con las primeras máquinas textiles y la sociedad anónima. Aunque el primer novelista antioqueño de estatura nacional e internacional fue Tomás Carrasquilla (1858-1949), también fueron escritores de mérito sus contemporáneos Marco Antonio Jaramillo (1849-1904), autor de *Mercedes* (1907), Francisco de Paula Rendón (1855-1917), Eduardo Zuleta (1862-1937), cuya *Tierra virgen* (1897) describe con esbozos de realismo la vida de las minas del noroeste Antioquia, Samuel Velásquez (1865-1941), Gabriel Latorre (1868-1935), autor de *Kundry*

(1905), Jesús del Corral (1871-1931), autor de numerosos cuentos y crónicas entre los que se destaca "Que pase el aserrador" (1914) y Francisco Gómez Escobar ("Efe Gómez" (1873-1938).

Gómez, quien comenzó a publicar sus narraciones hacia 1896, puede ser considerado como uno de los iniciadores del género del cuento no sólo en Antioquia, sino en el país. Publicó unas cincuenta obras, entre ellas la novela *Mi gente* (1938); sus relatos fueron recopilados en los volúmenes *cuentos* (1942), *Almas rudas* (1943), *Retorno* (1944) y *Guayabo Negro* (1945). Gómez empleó ambientes antioqueños para mostrar los fracasos del hombre frente a las fuerzas de la naturaleza ("La tragedia del minero"), para describir los conflictos psicológicos de los celos y el alcohol ("Guayabo Negro") y para hacer una crítica satírica de los valores antioqueños ("El compadre Alvarez Gaviria", "Un Zaratuza maicero").

Las novelas de Samuel Velásquez también están íntimamente ligadas a la tierra antioqueña y el habla común. En su primera novela, *Madre* (1897), describe el amor idealizado de un campesino, con una trama desarrollada en un ambiente de fuerte catolicismo y paisajes antioqueños. Las otras novelas de Velásquez fueron *Al pie del Ruiz* (1898) e *Hija* (1904). *Al pie del Ruiz* revela el gran impulso realista de Velásquez que no sólo se detiene en los detalles de la vida local, sino también muestra un intento por captar lo mágico

de la región: "Los ruidos se callaban; las montañas se desvanecían; la magia de occidente, como alumbrada por luz de magnesio, hacía una desaparición fantasmagórica..." (4). Francisco de Paula Rendón, autor de numerosos cuentos, escribió una novela breve, *Inocencia* (1904), en la línea de la ficción de "Efe" Gómez y Samuel Velásquez. A pesar de largas y minuciosas descripciones de asuntos locales, Rendón desarrolla la trama de esta novelita con la sorpresa al final típica del cuento convencional a lo Poe u O. Henry. Es notable que una edición de *Inocencia* (con diez cuentos) contiene 230 notas de pie de página para explicar al lector no antioqueño el vocabulario usado (5).

Una obra clave en el desarrollo de la narrativa regionalista en Antioquia fue "El machete" (1929), un cuento de Julio Posada autor también de otros cuentos.

En "El machete" el narrador en primera persona no sólo utiliza el lenguaje regional, sino que también transcribe las palabras exactamente como las pronuncia el protagonista/campesino. Cuenta cómo llegó a una finca en busca de trabajo, cómo un negro le enseñó a usar un machete y cómo peleó con el negro más adelante. Posada produce así una obra maestra del género.

El lenguaje de Tomás Carrasquilla también es netamente antioqueño y ese factor es probablemente el mayor acierto, y a veces una debilidad de su obra. Es acierto por ser un instrumento único para asimilar la cultura oral y popular. La debilidad se encuentra en el poco interés potencial que pueda tener ese lenguaje en sí para el lector no antioqueño. Se entienden mejor los intereses puramente nacionales de Carrasquilla al tener en cuenta su visión del proyecto novelístico, tal como lo describió en una carta a Max Grillo: "Mi ideal es muy claro, Maximiliano: obra nacional con información moderna; artistas de la casa y para la casa. Yo sueño con un 20 de julio literario. ¿Cómo no? Independencia absoluta de todo país extraño y... que vengan los pacificadores".

Este proyecto total consta de unas cuatro novelas y numerosos cuentos y novelistas. En su primera novela, *Frutos de mi tierra* (1896), narra los pormenores de la vida cotidiana dentro de una familia de clase media, agregando algunos toques naturalistas, lo que se puede esperar de una novela escrita a fines del siglo. *Grandeza* versa sobre la aristocracia y los efectos que el chisme o los rumores pueden tener en la sociedad. Aunque tiene la estructura intrincada de novelas costumbristas, el gran logro de Carrasquilla se estriba en este caso en la recreación del lenguaje y los personajes locales.

La Marquesa de Yolombó (1928) contiene el mismo lenguaje y los mismos personajes locales, y por lo tanto presupone un público cercano y muy compenetrado con lo que narra y con la forma en que se da (6). Fue publicada por entregas en Medellín entre junio de 1926 y febrero de 1927. Carrasquilla explica en su prólogo que la fuente principal de la historia es la tradición oral: "Todas estas últimas circunstancias... se conocen por tradición verbal, únicamente". El autor efectivamente se aprovecha de esta tradición en

La Marquesa de Yolombó, empleando a menudo frases como "cuéntase que..." para crear el efecto de estar narrando algo comunicado oralmente. Otra fuente de suma importancia es el saber popular, el folclor. El narrador suele interrumpir la historia con breves intervenciones ensayísticas y en una de ellas plantea toda una teoría de la novela carrasquillana: "El hombre se identifica, más que con su nación, con su terruño nativo; más que con éste, con su barrio; más que con su barrio, con su casa; más que con ella, con el gabinete particular donde más vive" (7). La prioridad que el autor da a lo particular es la teoría y la práctica de *La Marquesa de Yolombó*, una novela que celebra los valores tradicionales de Antioquia. Y como veremos, se trata de una teoría de la novela que sea de suma influencia en la narrativa antioqueña del siglo veinte. El tema de esta novela es Bárbara, una mujer extraordinaria que negocia con minas. A pesar de ser básicamente conservadora, ella funciona como un elemento progresista en la región, impulsando, por ejemplo, la enseñanza y el saber. Carrasquilla siempre expresa cierta apreciación por los valores democráticos, lo cual se nota cuando describe la relación entre Bárbara y sus esclavos: "Aquello le alegra el corazón, porque los negros, más que esclavos, son para ella compañeros y camaradas a quienes sirve y complace..." (p. 130).

A pesar de estos impulsos democráticos e igualitarios, la visión de Carrasquilla se cierra sobre sí misma, como ha notado acertadamente Jaime Mejía Duque, acogiendo narrativamente los vestigios de una sociedad paternalista que en Colombia se prolongó hasta los albores del siglo veinte (8). Esta novela termina con el enloquecimiento sorpresivo de la protagonista, otro de los desenlaces melodramáticos, típicos en la obra de Carrasquilla.

Aparecen algunos elementos idénticos (tradición oral y popular) y la misma sociedad paternalista en la última novela de Carrasquilla, *Hace tiempos* (1936), escrita en la vejez. En ella se desarrolla la vida y la educación del protagonista, Eloy Gamboa, en tres partes: I, Por aguas y pedrejones; II, Por cumbres y III, Del monte a la ciudad. Teniendo las mujeres como sus verdaderas educadoras, como ha notado Kurt Levy, el joven Gamboa, de

siete años al principio de la novela, logra comenzar a integrarse, al final, en la burguesía antioqueña finisecular.

Se recibe de abogado y maneja un negocio de librería. A pesar de la misma presencia autorial que estorba técnicamente en las otras novelas, **Hace tiempos** figura entre los máximos logros de Carrasquilla y efectúa la realización de ese 20 de julio literario que había contemplado unos veinte años antes. (9)

Carrasquilla publicó más de veinte cuentos entre 1890 y 1937 y algunos de ellos pueden ser considerados sus mejores ficciones. Desde su primer cuento, "Simón el mago" (1890), el maestro antioqueño asimila y sintetiza la cultura popular en su obra. Luego, en su internacionalmente famoso cuento "En la Diestra de Dios Padre" (1897), emplea un narrador que se expresa en el lenguaje rural del ambiente de su protagonista. El mismo autor sostuvo que "lo único bueno" que escribió fue el cuento largo (o novelita) "Salve, Regina" (1903), por cierto una joya en el arte de narrar. Un repaso breve de los cuentos completos de Carrasquilla revela un escritor no sólo de gran capacidad inventiva, sino también de impresionante síntesis de la cultura escrita y oral de Antioquia. Incluso hay curiosidades y temas de sorprendente modernidad en los cuentos de Carrasquilla. "A la plata", por ejemplo, podría ser leído como el primer cuento de temática feminista en Antioquia, al menos medio siglo antes de que tales asuntos se pusieran de moda en Colombia.

Aproximadamente en la misma época, las primeras décadas del siglo veinte, aparece la ficción de Gaspar Chaverra (seudónimo de Lucrecio Vélez Barrientos, 1850-1925), cuya obra más conocida fue **Rara Avis** (1911), Roberto Botero Saldañaga (1870-1948, Arturo Suárez (1877-), Juan José Botero (1840-1926), Alfonso Castro (1878-1943) y José Restrepo Jaramillo (1896-1945). La novela más destacable de Roberto Saldañaga, **Uno de los catorce mil** (1922), narra el descubrimiento de paisajes antioqueños por parte del joven protagonista. **Lejos del nido** (1924) de Botero es una novela tradicional en todo sentido y su autor confiesa precisamente en el prólogo que vive "muy lejos de todo lo moderno, que lo que lo siento..." (10). El autor emplea un típico recurso decimonónico para generar la historia: en una especie de prólogo el autor explica que

una viuda le contó la narración que seguirá. La trama sencilla trata de una muchacha que es secuestrada y, al final, recuperada por su familia, para no estar mas lejos de su "nido". La historia de esta novela, que transcurre a fines del siglo pasado, contiene varios toques románticos y se lamenta constantemente la pérdida de los tradicionales valores antioqueños. Son actitudes muy semejantes a las de Carrasquilla ante un mundo para 1935 incomprensible, frente a un proceso de rápida modernización.

Con las novelas de José Restrepo Jaramillo, **La novela de los tres** (1926), **David, hijo de Palestina** (1931) y **Ventarrón** (Publicación póstuma, 1984), así como en sus cuentos recopilados en **Dinero para los peces...** (1945), se introduce la ficción antioqueña, en ese momento de cambio general que fue la época de 1925 a 1935, el estudio psicológico de los personajes por medio de técnicas de interiorización. **David, hijo de Palestina** es una novela moral y psicológica. Lo moral surge tanto de las intervenciones moralizantes del narrador como de la temática netamente moralista. El libro se basa en ciertos conceptos raciales; entre los más fundamentales está el siguiente: "Si en Antioquia se interpretaran sociología e historia antiguas y modernas, ya se hubiera iniciado un fuerte movimiento para sostener, vitalizar y robustecer cada día más la idea de su origen judío, que es una riqueza moral y racial en potencia tan grande como pueden serlo sus ocultas minas de oro y de petróleo" (11). En las interiorizaciones, que aparecen con más frecuencia al principio del libro, se transcriben directamente los procesos mentales de los personajes en forma de monólogos interiores. Termina con una nota optimista, desenlace común en la literatura antioqueña: el joven protagonista se casa y en la última página "iba embriagado de vida nueva y de aventura". **Ventarrón** trata del proceso de maduración de un joven y al mismo tiempo enaltece los valores antioqueños de la independencia y del trabajo individual. La otra ficción antioqueña que representa un trabajo temprano en la psicología es del gran ensayista Luis López de Mesa. Su novela **La biografía de Gloria Etzel** (1929) es de índole psicológica, aunque se debilita por el impulso ensayístico del autor, que interrumpe a veces el fluir de la na-

rración. En *La tragedia de Nilse* (1928) se ve la técnica proustiana que maneja López de Mesa.

Una figura algo insólita en el panorama de la narrativa antioqueña es la escritora María Cano (1887-1967). Quizás mejor descrita como poetisa que narradora, publicó una serie de breves narraciones líricas en periódicos y revistas entre 1920 y 1925. Son descripciones líricas que expresan constantemente su solidaridad con su país y su pueblo.

Las nuevas ideas sociales y socialistas, ampliamente difundidas por intelectuales como María Cano, encontraron su apogeo en la narrativa antioqueña en la época inmediatamente posterior a Carrasquilla. Durante los años treinta y cuarenta en Antioquia, como en la mayor parte de América Latina, proliferaba la literatura de protesta social. María Cano había hecho un discurso público en apoyo a los obreros presos por una huelga en Barrancabermeja (12). Pocos años después Rafael Jaramillo Arango (1896-1953) publicó su denuncia de la explotación de los obreros petroleros en la forma de la novela *Barrancabermeja* (1934). En la misma línea, César Uribe Piedrahíta (1897-1951) noveliza una crítica ante las injusticias de la industria petrolera en *Mancha de aceite*

(1935). La primera novela de Uribe Piedrahíta, *Toá* (1933) se ubica en las regiones caucheras del Caquetá y el Putumayo. El autor intercala una trama de amor con la historia de cómo una familia colombiana, con una especie de ejército privado, lleva a cabo una guerra en la cual las matanzas de indígenas alternan con el robo continuado del caucho y la siringa. *Toá* funciona como una denuncia bien lograda en el sentido de que la presentación de los acontecimientos, sin largas interrupciones moralizantes, es el método principal de la denuncia. Es interesante notar que *Toá*, como la clásica novela ecuatoriana de ese género, *Huasipungo* (1934), contiene un vocabulario al final para definir la terminología indígena. Otra novela de protesta, *Andágueda* (1947) de Jesús Botero Restrepo (1921) trata de problemas sociales dentro del contexto de la cultura indígena.

Como ya se ha señalado, la ficción de Arturo Echeverri Mejía representa la culminación de la narrativa tradicional en Antioquia, aunque ésta sigue alimentando

obras más o menos convencionales hasta nuestros días: a esa tradición, a la que pertenecieron las novelitas de Romualdo Gallegos (1895—1931), (*Ricos Vergonzantes*) y los cuentos de Tulio González (1908—1968), publicados en *EL último arriero y otros cuentos* (1938), se vinculan las novelas de Jaime Sanín Echeverri (*Una mujer de cuatro en conducta*), (1948) y *Quién dijo miedo* (1960) y la novela histórica de Bernardo Jaramillo Sierra *Ana de Castrillón* (1952).

La época contemporánea, paralela con el fenómeno de la violencia que afectó marcadamente a Antioquia, se abre con la obra de Arturo Echeverri Mejía (1918-1964). Publicó tres novelitas, *Antares* (1948), *Bajo Cauca* (1964) y *El hombre de Talara* (1964), junto con su novela sobre la violencia, *Marea de ratas* (1960). (Recientemente se publicó una novela póstuma. Belchite, 1986).

Esta obra en su conjunto representa la culminación de la narrativa tradicional en Antioquia. Echeverri Mejía, cumpliendo con el estereotipo del paisa, fue un hombre de acción y de aventuras, y esas experiencias de trotamundos se reflejan directamente en su obra, especialmente en su ficción breve. Escribió una obra básicamente convencional, de índole realista. En *Antares* se recrea la experiencia que el autor tuvo viajando en un barco construido por él mismo, desde Putumayo hasta el mar y Cartagena. Echeverri Mejía es ante todo un gran narrador de aventuras, como se ve en este relato. En las tres obras el protagonista se encuentra en oposición a una naturaleza primordial. El narrador plantea desde el primer capítulo el asunto de *Marea de ratas*: "Esta, sin embargo, no es la historia de un hombre. Es la historia de muchos hombres, de una aldea de pescadores donde un día cualquiera llegó la plaga vestida de verde, con botas negras y largos bastiones brillantes" (13). Dentro del ambiente de pueblo sencillo, van interviniendo las fuerzas de la represión política -la detención de personas por actividades subversivas-, la aplicación arbitraria de la llamada ley de fuga, el espionaje, y otros delitos inventados por razones ideológicas. Además de su denuncia política, *Marea de ratas* es una novela de amplias dimensiones en cuanto a la caracterización de los personajes como seres humanos (14).

Una figura femenina que seguirá las pautas de la ficción tradicional y que en este sentido ocupa un puesto paralelo al de Echeverri Mejía es Rocio Vélez de Piedrahita, autora de seis libros de ficción. En sus primeros trabajos, *Entre nos* (relatos y ensayos, 1959), *El hombre, la mujer y la vaca* (relato de 74 páginas, 2ª. Edit. 1961), *El pacto de las rosas* (relato de 111 páginas, 1962), *La tercera generación* (novela, 1963) y *La cisterna* (novela, 1971). Vélez de Piedrahita produce una literatura de sufrimiento, especialmente de las mujeres. Con una novela de proporciones épicas, *Terratiente* (1986), alcanza su madurez narrativa. Se relata en esta novela "lo que se esconde en Antioquia detrás de la simple expresión 'abrir fincas'" tal como la autora explica en el prólogo.

Manuel Mejía Vallejo y la novela moderna

La irrupción de la novela moderna en Antioquia, junto con la creación de la primera novela bien lograda de la violencia, se efectúa con la publicación de *El día señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo (1923). Aunque esta novela, que introduce la novela moderna en Antioquia (o lo que se ha denominado "nueva novela" en Hispanoamérica), representa el apogeo de su producción novelística, Mejía Vallejo ha escrito entre 1945 y 1985 unos cinco volúmenes de cuentos y siete novelas (15). Como sus antecesores antioqueños, Mejía Vallejo recurre constantemente a la tradición oral (16). El autor mismo ha explicado el asunto de la siguiente manera: "Es necesario escuchar el cuento terrible de las cosas contadas por ellas mismas" (17). En varios casos Mejía Vallejo emplea el narrador-personaje precisamente con el objetivo de imitar la situación del cuento contado oralmente. La narrativa total de Mejía Vallejo puede ser dividida en tres etapas: (1) la inicial, de ficciones tradicionales, (2) la etapa de innovaciones técnicas, especialmente a nivel de la estructura, y (3) la madurez, donde sintetiza sus impulsos de autor concomitantemente tradicional y moderno. El período inicial abarca los años 1945 a 1957 e incluye su primer libro publicado, la novela *La tierra éramos*

nosotros (1945) y los cuentos *Tiempo de sequía* (1957). *La tierra éramos nosotros*, publicada a los veintidós años, se ubica en la Antioquia rural y Mejía Vallejo elabora las costumbres de la región: la música, la poesía, las leyendas, en fin, la vida total del campesino. Los doce cuentos de *Tiempo de sequía* también captan la esencia de la vida y el ambiente rurales. Por ejemplo, el autor emplea un narrador-personaje en el primer cuento del volumen, "La muerte de Pedro Canales", que confiesa ser el asesino del héroe al mismo tiempo que insiste en "simplemente" contar una historia: "Yo maté a Pedro Canales para matar en él aquella parcela de mí mismo que amaba sus audacias, su vida de pícaro. En él maté aquello que en mí odiaba. Desde este punto, el acto fue virtuoso. Pero no quiero disculparme. Simplemente contaré su historia" (18). En el cuento "Al pie de la ciudad" aparecen las primeras páginas de lo que será después la novela del mismo título: se encuentran las semillas de una historia de las gentes humildes de "Los Barrancos" que viven al pie de la ciudad. El autor emplea exclusivamente el diálogo, sin narración, en el cuento "Caballo para toda la eternidad". El cuento que da el título al volumen, "Tiempo de sequía", narra una historia de la miseria humana en la que los personajes apenas sobreviven, pero sin satisfacer las necesidades básicas.

En la segunda etapa de Mejía Vallejo, que abarca desde *Al pie de la ciudad* (1959) hasta *El día señalado* (1964), el autor emplea unas innovaciones estructurales que representan las primeras creaciones de la "nueva novela" o la novela moderna en la ficción antioqueña. Cuenta la historia de la gente humilde que vive en el barrio "Los Barrancos" (del cuento ya mencionado) en la novela *Al pie de la ciudad*, pero divide la historia en tres partes, ofreciendo así al lector tres visiones de los acontecimientos: en la primera parte el enfoque es "Los Barrancos" y el proceso de maduración de un muchacho de familia empobrecida que vive allí. Se muda del todo de perspectiva en la segunda parte: se ve el mismo problema de "Los Barrancos" a través de los ojos del doctor Salomón Arenas, de la burguesía. Se sintetizan las dos visiones (de la primera y de la segunda parte) en la tercera donde figuran personajes de las dos historias

anteriores. Tanto por su presentación y denuncia de una realidad como por su incorporación de lo tradicional y lo moderno, esta novela se parece notablemente a *El Señor Presidente* del guatemalteco Miguel Angel Asturias. La novela más lograda de Mejía Vallejo, *El día señalado*, representa una síntesis de varios elementos que habían aparecido en su ficción anterior. Se desarrollan dos líneas narrativas: una, en tercera persona, habla de un pueblo y de la presencia de soldados en él; la otra, en primera persona trata de una venganza personal. Al final las dos historias y las dos líneas narrativas se funden. El ambiente general es el de la violencia en Antioquia. Se ha sostenido que las mejores novelas de la violencia han sido las que han tratado el tema de soslayo, como *Siervo sin tierra* de Caballero Calderón y *La mala hora* de García Márquez. No obstante, Seymour Menton ha mostrado convincentemente que son la gran concentración en el tema de la violencia y su mitificación poética lo que hace sobresalir *El día señalado* por encima de sus congéneres (19). Al tiempo que une lo tradicional y lo moderno en términos de la técnica narrativa, *El día señalado* combina el lenguaje popular típico de la ficción antioqueña con la estructura de la nueva novela.

La tercera etapa de Mejía Vallejo es de plena madurez, en la cual se nota un dominio total de su obra, una variedad de temas y técnicas, y una combinación de los elementos ya notados en su obra. En este periodo aparecen *Cuentos de Zona Tórrida* (1967), *Aire de tango* (1973, novela), *Las noches de vigilia* (1975, cuentos), *Las muertes ajenas* (1979, novela), *Tarde de verano* (1980, novela) y *Y el mundo sigue andando* (1984, novela). El volumen *Cuentos de Zona Tórrida* consta de trece cuentos, de los cuales cinco ya habían aparecido en *Tiempo en sequía*. Uno de los cuentos más notables del volumen, "La Venganza", fue escrito en 1960 como la semilla original de la novela *El día señalado*. El cuento original versa sobre la relación de amor/odio entre el narrador/protagonista y su padre, a quien busca con el fin de matarlo. La sutileza en el manejo del punto de vista narrativo es el logro principal de este cuento. El lector puede observar los procesos mentales del protagonista y sus motivos desde la primera línea, que también pone en mo-

vimiento la trama: "A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo". El narrador nos irá revelando todos los pormenores de los otros personajes y del ambiente. También hay diálogo y acciones de los personajes, pero todo es modificado según la percepción del narrador/protagonista.

En 1973 Mejía Vallejo publica *Aire de tango*, su homenaje al tango y a la ciudad de Medellín (20). El autor capta el lenguaje y el alma del barrio Guayaquil y el culto del tango. Es una novela de numerosos logros. Transforma una realidad mundana y cotidiana —la del barrio de clase obrera y en Guayaquil— en un mundo ideal e idealizado. *Aire de tango* es a primera vista una novela que versa sobre el famoso cantante Gardel. Una gran parte de la novela cuenta de la vida del argentino e incluso hay una nota editorial en la última página al final: *Aire de tango* se terminó de imprimir el 24 de junio de 1973, en el 39º. aniversario de la muerte de Carlos Gardel, y en homenaje al maestro". Un narrador en primera persona relata una serie de anécdotas acerca del mundillo del tango en Medellín: de Gardel, de un gran admirador paisa de éste, Jairo, y finalmente de la vida del narrador mismo. Se narra todo en un estilo verbal en el cual el narrador contesta una serie de preguntas, aunque ni el oyente ni sus preguntas aparecen en el texto. Es como si estuviera en un bar en el barrio Guayaquil, conversando entre amigos. Más allá de los personajes específicos, la novela versa sobre algo intangible: es el espíritu de una época pasada, un "aire" de tango.

Los puntos de confluencia entre los tres personajes principales —Gardel, Jairo y el narrador— hacen de la realidad de *Aire de Tango* algo complejo y fluido. Por una parte, Jairo dedica su vida a una especie de imitación y búsqueda de Gardel.

La participación de Jairo en las peleas en los bares, por ejemplo, se justifica en el texto cuando él se da cuenta de que el mismo Gardel fue así. Jairo se dedica a informarse lo mejor posible sobre la vida del artista rioplatense. En ese sentido su vida consiste en una especie de búsqueda; va enterándose de los detalles más minuciosos de la vida de Gardel al mismo tiempo que intenta encarnarlos. Gardel encarna el tango y Jairo encarna a Gardel. El narrador se ha obsesionado con

los dos. Su narración es un homenaje a ellos mientras experimentamos otra recreación artística: él resucita el espíritu de Jairo tal como Jairo lo hizo ante Gardel. Las 286 páginas de la novela son un diálogo verbal escrito en forma de monólogo (sólo sus respuestas aparecen en el texto) que es otra expresión artística (hablada, no contada esta vez) del tango. Se vacila constantemente entre el nivel de la realidad real y la realidad ficticia.

El logro esencial de **Aire de tango** se encuentra en el impulso creador constante que transforma la realidad. Es un proceso mitificante en que se supera la realidad cotidiana.

El mito no es el mito clásico, ni tampoco el mito jungiano. Se trata más bien del mito popular. Al fin y al cabo **Aire de tango** es una novela que mitifica el pueblo y su música, el tango (21).

La ficción posterior a **Aire de tango** revela una variación de los intereses de Mejía Vallejo. Con **Las noches de vigilia** el autor experimenta con unas narraciones breves y completamente distintas de todas sus publicaciones anteriores. El volumen consta de unas sesenta y dos de dichas narraciones, que varían en extensión desde unas cuantas líneas hasta varias páginas, pero en general son de una o dos páginas. La más breve, "Testigo de cargo", consiste en sólo tres líneas en el texto publicado. En el conjunto el volumen total narra historias de un pueblo llamado Balandú, "pueblo en vía de sueño". La novela "Las muertes ajenas" versa sobre un joven que sufre seis años de cárcel injustamente y que busca la venganza. Como en mucha parte de su obra, Mejía Vallejo lamenta la pérdida de la dimensión humana en la vida. Según Kurt Levy la "magia" de esta novela se relaciona íntimamente con el medio ambiente local (22). Se abre **Tarde de verano** con la advertencia de que "Algunas tardes suceden cosas extrañas", y el autor describe el mundo íntimo de Paula y Eusebio Morales para justificar esta afirmación. Como ha notado Levy, es un mundo de estancamiento y de encierro (23). Además, Levy sostiene que **Tarde de verano** debe ser calificado de ejemplo evidente del realismo mágico: "La imaginación se impone soberanamente, los muertos salen de noche y no sólo de noche, los fantasmas intervienen y el milagro llega a ser necesidad desesperante en la

vida de los humildes...(24). La última novela de Mejía Vallejo, **Y el mundo sigue andando**, es un libro experimental dividido en tres partes: "Puerta de entrada", "Capítulo unico", (la mayor parte de la novela) y "Puerta de salida". Contiene las mismas preocupaciones humanas de la obra completa de Mejía Vallejo, pero en cuanto a su forma, es su libro más experimental hasta la fecha.

Nuevos valores

Las nuevas figuras de la narrativa antioqueña que dan a luz sus primeras ficciones en las décadas de los sesenta y los setenta son Mario Arrubla, Néstor Gustavo Díaz, Humberto Navarro, María Elena Uribe de Estrada, Darío Ruiz, Alonso Aristizábal y Mario Escobar Velásquez. Arrubla ha publicado una sola novela, **La infancia legendaria de Ramiro Cruz** (1967). Es una novela de rite de passage. Ramiro Cruz, de familia obrera, cuenta la historia de su maduración en la ciudad. Se experimenta el dinamismo por medio de los cambios del protagonista. Por una parte, estos cambios tienen que ver con un proceso que va desde la mitificación hasta la individualización de éste. Al mismo tiempo Ramiro cambia de niño a adulto. Se mantiene la expectativa del lector mediante una tensión entre Ramiro-niño y Ramiro-adulto/narrador. Esta tensión tiene como base el contraste entre Ramiro/niño que actúa y Ramiro-intelectual que narra. La primera novela de Néstor Gustavo Díaz, **La loba maquilada** emplea un pueblo de Risaralda como su base regional. Los dos personajes principales son una prostituta y un homosexual. El hecho de que estos dos personajes sean las figuras más respetadas de la comunidad ofrece un indicio de la función de la caracterización en esta novela. **Los días más felices del año** (1966) de Humberto Navarro, obra ganadora del segundo Premio Nadaísmo en 1966 ofrece una trama algo confusa y un estilo menos experimental de lo que se esperaría de un producto nadaísta. María Elena Uribe de Estrada, en cambio, publicó una novela bastante innovadora, hasta en la numeración de las páginas, **Reptil en el tiempo** (1986). La misma autora había publicado antes **Polvo y ceniza** (1963).

Darío Ruiz se ha destacado principalmente como cuentista y ha publicado tres volúmenes: *Para que no se olvide su nombre* (1966), *La ternura que tengo para vos* (1972) y *Para decirle adíos a mamá* (1985). También publicó una novela en 1978, *Hojas en el patio*. Un espacio específico —Medellín— funciona de una manera absolutamente clave en los cuentos de Darío Ruiz. En *La ternura que tengo para vos*, por ejemplo, el espacio físico está clara y explícitamente delineado: algunos barrios de la región metropolitana de Medellín. Es un libro que difícilmente clasificamos según los cánones tradicionales de cuento o novela. Se podría decir que son quince cuentos relacionados por temas, personajes y lugares. El cuento central, “La ternura que tengo para vos” es una anécdota de unas veinte páginas que lleva como subtítulo “A manera de tango”. Efectivamente versa sobre asuntos que asociamos con el tango: los sitios y amores comunes y corrientes de la clase media y baja. La anécdota consta de una serie de estados anímicos y recuerdos que tiene el protagonista de una mujer que él amaba, Amalia. Las técnicas narrativas sobresalientes en este cuento son ciertos procedimientos estilísticos. Inventando un estilo muy propio para captar ambientes, sitios y emociones, Darío Ruiz descarta la puntuación y la estructura de las oraciones de la prosa tradicional. De esa forma logra, por ejemplo, crear la sensación de observar ininterrumpidamente los objetos de una calle: el lector ve pasar dichos objetos sin la falsa interrupción de un punto final de una frase. Un efecto más notable realizado en este cuento, no obstante, es el de la cercanía: tanto el protagonista como el lector ficticio ocupan un espacio estrechamente ligado a los lugares nombrados en el texto.

Como ya se ha señalado, el espacio físico es bien concreto en el cuento “La ternura que tengo para vos”: se nombra el Medellín de lo que era la Estación, de la Plazuela Nutibara, de las Calles de Junín y La Playa, entre otros numerosos sitios de Medellín que el lector puede reconocer. El acto de reconocer en sí, desde luego, no es de mayor interés a no ser de que se lea este cuento como un mero texto costumbrista. Más allá de ese costumbrismo decimonónico tenemos el empleo del espacio cuya función es eliminar las barreras que tradicionalmente se perciben

entre el lenguaje, los objetos y los seres humanos. El cuento es un proceso que teje sutilmente estos elementos.

El segundo cuento de Ruiz en este volumen, “Los quince años”, tiene lugar en un barrio de más elevado nivel socio-económico, el barrio Laureles. Relata sencillamente los acontecimientos frívolos de una fiesta de quince años. Se trata de un cuento sin trama, de pequeños acontecimientos típicos de los adolescentes: escuchan una orquesta de moda, “los Teenagers”, se fijan nerviosamente en los vestidos y los peinados y algunos se emborrachan. En términos técnicos, el narrador es omnisciente, pero desempeña un papel personalizado en el cuento por su actitud risueña ante los acontecimientos. El lector ve al narrador como participante en los sucesos a causa del lenguaje que se acerca al de los adolescentes. Para describir los efectos del alcohol, por ejemplo, el narrador dice lo siguiente: “Una que otra vomitona, pues, pero la casa se cerró con ánimo contento, con la felicidad presente en cada mano que se despedía”. Muestra una actitud de afecto al mismo tiempo que se burla ligeramente de ciertos ritos sociales de un segmento específico de la sociedad. En este caso el espacio físico es absolutamente clave para la apreciación del cuento. Sin concentrarse en la caracterización amplia de individuos, Ruiz caracteriza un sitio y una clase social dentro de él. Se percibe también cierto sentido de nostalgia por este sitio y esa época: la actitud del narrador es en este sentido comparable a la actitud a la vez crítica y nostálgica que hemos notado en la obra de Carrasquilla.

Mario Escobar Velásquez, a pesar de pertenecer a una generación anterior a Darío Ruiz y Alonso Aristizábal, publicó su primera novela, *Cuando pase el alma sola*, en 1979. No obstante tanto su aproximación a la violencia como el empleo de la técnica narrativa indican que Escobar Velásquez no es ningún novato en el arte de narrar. *Cuando pase el alma sola* consta de una serie de monólogos interiores que revelan las circunstancias de los distintos personajes y su reacción ante los acontecimientos grotescos que atestiguan. Además de los monólogos interiores, el autor emplea diálogos y cartas así que el lector participa activamente en la síntesis de estos tres tipos de narraciones y en la organización de los eventos. Al fin y al

cabo el lector queda igual que los personajes, pasmado ante un mundo violento y del todo inexplicable. O como dice uno de los personajes: "Esas son las cosas sin explicación, de otro mundo que no es el de

uso diario, y contra los cuales se quiebra el orden de lo conocido". La segunda novela de Escobar Velásquez, **Un hombre llamado Todero** (1980) continúa en la bien establecida tradición antioqueña de novelas de aventura escritas en línea realista. El retorno al pasado literario es a tal grado que hasta se incluye un diccionario de modismos al final de la novela, lo que recuerda la edición ya mencionada del libro de Rendón.

En la década de los ochenta se vislumbran algunas rupturas y al mismo tiempo cierta continuidad con las tradiciones antioqueñas en la narrativa que hemos esbozado. Los narradores que comienzan a marcar estos caminos en la primera mitad de la década son: Darío Jaramillo Agudelo, Tomás González, Juan José Hoyos, Alvaro Pineda Botero, Fernando Vallejo, Eduardo García Aguilar, Oscar Castro García, Juan Diego Mejía y José Libardo Porras. Más conocido por su poesía y crítica, Darío Jaramillo ganó el Segundo Premio Nacional de Novela Plaza y Janés (1983) con su primera novela, **La muerte de Alec** (1983). Esta obra no comparte ninguna característica con la tradición de la novela antioqueña de que se ha hablado hasta ahora; representa una ruptura total. Es una novela epistolar en que cada capítulo resulta ser una carta dirigida a un "tú" que funciona como uno de los personajes implicados en los acontecimientos de la fábula. Tanto este "tú" como el yo-protagonista son amigos de Alec, el personaje del título que muere en una excursión. Son colombianos, pero todo transcurre en los Estados Unidos. El narrador es escritor en el Iowa Writer's Program (donde estuvo Jaramillo Agudelo en 1974-75). Se puede leer este libro como una indagación autoconsciente sobre la función de la literatura. Lejos de emplear el presagio con su función tradicional en la novela —tan común en la narrativa colombiana— el narrador escribe su historia precisamente para descubrir y entender los presagios literarios que habían anticipado la muerte de Alec. Esa inversión de la vida y la literatura es constante a lo largo del libro. Acompañando la fe en la presencia de los presagios

hay otros elementos netamente irracionales y a veces antiracionales. Rechazando toda lógica de causa y efecto, el narrador recurre a sistemas de magia como el Tarot y el I Ching. A veces este rechazo es explícito mientras el narrador intenta comprender los acontecimientos: "Contra la camisa de fuerza del racionalismo, es necesario aceptar que los sucesos que concluyeron en la muerte de Alec, están marcados por el misterio". (25).

Quizás lo más interesante de **La muerte de Alec** es lo que propone acerca de la función del acto de contar en nuestras sociedades contemporáneas. Contar y el poder de contar es, en este libro, el poder de poner orden a los eventos. En efecto, es el poder de construir los esquemas a través de los cuales percibimos la realidad. Según este narrador, apropiadamente, no es la literatura sino la vida la que es "artificiosa, barroca, retorcida". Dotado con este poder, el narrador de **La muerte de Alec** impone el acto de contar sobre el desorden de la vida. Asocia, por ejemplo, la lectura de un texto literario con los presagios de la muerte de Alec. Otros textos literarios también anuncian la muerte. Este poder del acto de contar es paralelo, entonces, a lo que Carlos Fuentes ha sugerido en **Una familia lejana**: narrar es vivir. **La muerte de Alec** es una novela concebida con precisión y que al mismo tiempo anuncia explícitamente los mecanismos de su concepción. Pero a diferencia de muchas metaficciones, que suelen repetir los mismos temas agotados de la literatura autoconsciente, Jaramillo Agudelo ha entrado plenamente en los terrenos de lo más esencial del acto de crear una narrativa.

Primero estaba el mar (1983) de Tomás González y **Tuyo es mi corazón** (1984) de Juan José Hoyos, en cambio, recurren más bien a la tradición antioqueña de la narrativa íntimamente asociada con valores paisas. La novela de González, escrita en un estilo sencillo y directo, cuenta de una forma linear las aventuras y el afán de independencia de una pareja antioqueña. Su segunda novela, **Para antes del olvido**, ganadora del Premio Nacional de Novela Plaza y Janés (1987) representa un paso adelante en la su naciente obra: se estrena una estructura más ambiciosa por medio de la cual se cuenta la historia de un muchacho llamado Alfonso que deja a su novia Josefina

en Envigado para ir a Bogotá y luego a Europa. Es la clásica historia de la mujer fiel que espera indefinidamente al hombre que nunca regresa. *Tuyo es mi corazón* es una novela ubicada en un barrio específico y que celebra lo asociado con este espacio físico, a veces de una manera nostálgica. Aunque esto pueda semejarse a los cuentos de Darío Ruiz a primera vista, la técnica narrativa de Hoyos, a diferencia de la Ruiz, es del todo convencional. El joven Fernando Vallejo que ha publicado dos novelas autobiográficas de interés, *Los días azules* (1985) y *El fuego secreto* (1986).

Los jóvenes cuentistas también se han dedicado a una literatura fundamentalmente tradicional y bien ligada a lugares específicos. En su cuento "Sólo en esta nube", por ejemplo, Oscar Castro García relata la historia de una vieja prostituta, analfabeta, en el barrio Guayaquil. En los cuentos de *Rumor de muerte* (1982). Juan Diego Mejía se vale de una variedad de temas y lugares; además, son creaciones de un narrador maduro. Es tarde en San Bernardo el primer libro de José Librado Porras, es un volumen de cuentos que enfocan un barrio escrito en forma convencional.

Para mediados de los ochenta es evidente que la narrativa antioqueña —tanto la novela como el cuento— es una expresión cultural ante todo tradicional. Se percibe el choque que ha traído la creciente modernidad de Medellín desde principios del siglo actual en la narrativa que va desde Carrasquilla hasta Mejía Vallejo, Ruiz y Hoyos. El dolor de atestiguar la pérdida de los valores tradicionales y la nostalgia por todo lo que fue la ciudad tradicional son constantes en la narrativa antioqueña del siglo veinte. Por el lado positivo, se suelen celebrar los objetos del

mundo actual de los respectivos autores y el espíritu de independencia y de aventura que ha caracterizado al antioqueño desde la época de los primeros mazamorreros. Por consiguiente, la narrativa antioqueña en general tiende a presentar esquemas más optimistas de lo que es el caso de la narrativa colombiana en general. Las dos figuras predominantes del siglo veinte antioqueños, Carrasquilla y Mejía Vallejo,

han creado y fomentado una literatura arraigada en lo local que ha servido casi de modelo único para la ficción en Antioquia; Ruiz, Hoyos y Porras, por ejemplo, de distintas generaciones, siguen en esa línea. Todo este grupo —especialmente Carrasquilla, Mejía Vallejo y Ruiz— también ha sido notablemente influido por la tradición oral. La literatura postmoderna y auto-reflexiva, de poca presencia en Antioquia hasta mediados de los ochenta, tiene su único exponente en la figura de Darío Jaramillo Agudelo. Al mismo tiempo la nueva figura de Fernando Vallejo ofrece la posibilidad de nuevos caminos. Vallejo, junto con Ruiz, Aristizábal, Pineda, Botero, Jaramillo, Agudelo y González, parecen representar un futuro prometedor para la narrativa antioqueña (26).

NOTAS

1. Véase *Los estudios regionales en Colombia; el caso de Antioquia* (Medellín: Faes, 1982), y Darío Ruiz, *Proceso de la cultura en Antioquia* (Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1987).
2. Angel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1983).
3. Véase Otto Morales Benítez, "Escritores de Antioquia", en *Perfiles literarios de Antioquia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987).
4. Samuel Velásquez, *Al pie del Ruiz* (Medellín: Librería de Carlos A. Medina, 1898).
5. Francisco de Paula Rendón, *Cuadros y novelas* (Medellín: Bedout, 1954).
6. Jaime Mejía Duque ha observado este fenómeno en *Nueve ensayos literarios* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986), Pág. 214.
7. Tomás Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó* (Bogotá: La Oveja Negra, 1986), Pág. 63.
8. Mejía Duque, *Nueve ensayos literarios*, Pág. 228.
9. Para un estudio más completo de la vida y obra de Carrasquilla, véase Kurt Levy, *Vida y obra de Tomás Carrasquilla* (Medellín: 1958).
10. Juan José Botero, *Lejos del nido* (Medellín, Bedout, 1982), Pág. 13.
11. José Restrepo Jaramillo, *David, hijo de Palestina* (Medellín: Imprenta Departamental, 1984), Pág. 47.
12. María Cano, *Escritos* (Medellín: Extensión Cultural Departamental, 1985).
13. Arturo Echeverri Mejía, *Marea de ratas* (Medellín: Aguirre Editor, 1960), Pág. 10.
14. Kurt Levy, "Marea de ratas: ¿testimonio de masa o dilema de individuo?" *Revista de Estudios Colombianos* N° 1 (1986), Págs. 29-32.
15. Véase los siguientes trabajos sobre Mejía Vallejo: Kurt Levy, "El oficio de Manuel"; Otto Morales Benítez, *Conozca a Manuel Mejía Vallejo* (Medellín: Extensión Cultural, Universidad de Antioquia, 1982); Darío Ruiz,

"Manuel Mejía Vallejo y el triunfo de la virtud", en **Proceso de la cultura en Antioquia**; Luis Marino Troncoso, **Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo** (Bogotá: Procultura, 1986).

16. Al emplear los términos "tradición oral" y "cultural oral", me refiero a la definición elaborada por Walter Ong sobre la cultura oral en **Oralidad y escritura** (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

17. Véase Marino Troncoso, "Manuel Mejía Vallejo, la nostalgia de un liderazgo", en **Ensayos de literatura colombiana**, Edit., Raymond L. Williams (Bogotá: Plaza y Janés, 1986), Pág. 45.

18. Manuel Mejía Vallejo, **Tiempo de sequía** (Medellín: Editora Popular Panamericana, 1963), Pág. 12.

19. Seymour Menton, **La novela colombiana; planetas y satélites** (Bogotá: Plaza y Janés, 1978), Pág. 224.

20. Otto Morales Benítez ha comentado el ambiente de la ciudad en esta novela en **Conozca a Manuel Mejía Vallejo** (Medellín: Extensión Cultural, Universidad de Antioquia, 1982).

21. Algunas de estas observaciones sobre **Aire de tango** fueron publicadas originalmente en forma más extensa en **Una década de la novela colombiana** (Bogotá: Plaza y Janés, 1981) de Raymund L. Williams.

22. Kurt Levy, "El oficio de Manuel" en **Ensayos de literatura colombiana**, Edit. Raymond L. Williams (Bogotá: Plaza y Janés, 1985), Pág. 39.

23. Levy, "El oficio de Manuel", Pág. 40.

24. Levy, *ibid.*, Pág. 40.

25. Darío Jaramillo Agudelo, **La muerte de Alec** (Bogotá: Plaza y Janés, 1983). Pág. 23.

26. Quisiera agradecer a Juan Gustavo Cobo Borda, Juan Luis Mejía y Otto Morales Benítez su amistosa colaboración y sugerencias, que fueron de mucha ayuda en la elaboración de este ensayo.

BIBLIOGRAFIA

Curcio Altamar, Antonio, **Evolución de la novela en Colombia** Bogotá, 1975.

Levy, Kurt, **Vida y obras de Tomas Carrasquilla**. Medellín, 1958.

Mejía Duque, Jaime, **Nueve ensayos literarios**. Bogotá, 1986.

Menton, Seymour, **La novela colombiana; planetas y satélites**. Bogotá, 1978.

Morales Benítez, Otto, **Conozca a Manuel Mejía Vallejo**. Medellín, 1982.

Pachón Padilla, Eduardo, **El cuento colombiano** (Dos tomos). Bogotá, 1980.

Troncoso, Luis Mariano, **Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo**. Bogotá, 1986.

Williams, Raymond L., **Una década de la novela colombiana: la experiencia de los setenta**. Bogotá, 1981.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL TIEMPO

Ciudad

BOGOTÁ

Pág.

913

Fecha

11 DIC 1987

Código

B 10102

Lugar

C 6

Barco destaca la vida ejemplar de Alberto Lleras

Durante la presentación de la "Obra Selecta de Alberto Lleras", en la Casa de Nariño, que contiene un total de 9 volúmenes, el Jefe de Estado, Virgilio Barco, pronunció las siguientes palabras:

Su gran obra: civilizar costumbres políticas

Alberto Lleras es el paradigma del estadista. Cerebral, sobrio, inspirado, sus actos y, en no pocas ocasiones, su palabra cambiaron el rumbo de los acontecimientos. La historia colombiana de los últimos cincuenta años lleva su impronta. Y si tuviéramos que sintetizar en pocas palabras su obra como conductor y gobernante me atrevería a decir que ella ha consistido en civilizar nuestras costumbres políticas. Ahí radica su gran significación.

Su vida: una cátedra permanente

Así es. La vida y la obra de Lleras Camargo son una cátedra permanente de civilización política. Sus escritos, sus actos de gobierno, su ademán, hasta sus silencios tienen ese común denominador.

Ministro de Gobierno, ministro de Educación, congresista, ministro de Relaciones Exteriores, embajador en Washington, presidente de la República, director de la Unión Panamericana, secretario general de la Organización de Estados Americanos, director de los diarios "El Liberal", "La Tarde" y "El Independiente" y de la revista "Semana", colaborador de "El Espectador" y EL TIEMPO, y de "La Nación" y "El Mundo" de Buenos Aires, presidente de la Asociación Nacional de Radiodifusión, concejal de Chila y rector de la Universidad de Los Andes. Desempeñó estas y otras funciones con brillantez, temperancia, impecable dignidad. Enalteció a su paso todas esas posiciones. Y, así, enalteció, como ninguno, el ejercicio de la política, la que ha entendido siempre como un nobilísimo servicio público.

Respetuosa admiración le guarda la opinión nacional

¿Por qué sorprenderse si la opinión nacional le guarda respetuosa admiración y oye su palabra inspirada con la mejor disposición de ánimo? Hoy, como siempre, su inconfundible voz o su pluma castiza y vigorosa estremecen la conciencia de sus conciudadanos y fijan certeros derroteros a la nación.

El suyo ha sido un liderazgo moral. En los momentos más difíciles la opinión pública se ha identificado con sus lúcidas orientaciones. Una aureo-

la de respeto y hasta de veneración le ha dado un sello carismático a todos sus actos.

Cumplió siempre sin vacilaciones

El país lo vio dirigir con mano firme una de las etapas más convulsinadas de su historia. Y lo vio también cumplir sin vacilaciones y en un ambiente de incomprensión su juramento de respeto a la Constitución y a las Leyes.

A la manera de su antepasado Pedro José Sarmiento, hizo entrega del poder que se había confiado a su honor y a su lealtad a quien legítimamente lo había ganado. Y como lo había proclamado en su magistral alocución del 8 de mayo de 1946, cuando informó a la Nación sobre el triunfo electoral del partido conservador, regresó en 1956 para reunirse con sus compañeros de luchas civiles; y con ellos libró las batallas que la recuperación de la libertad política hizo necesarias. Ninguna voz se levantó en Colombia —así lo había dicho en la aludida alocución— para reprocharle o reprochar a su partido "el haber entregado la presidencia inmaculada, menos gloriosa, sí, pero tan digna de respeto como cuando de ella descendieron los próceres".

En el escenario internacional ejerció una influencia que enorgullece a todos los colombianos

En el escenario internacional ejerció una influencia decisiva que lo colocó entre los grandes estadistas de nuestro tiempo. El sistema interamericano y la Organización Mundial que surgieron después de la segunda guerra mundial, tienen en Alberto Lleras a uno de sus arquitectos y así se reconoce por propios y extraños.

Es pertinente hacer un sucinto recuento de su gestión internacional porque ella debe ser reclamada con orgullo por los colombianos, como una tarea que llevó también a la comunidad de naciones su característico mensaje de civilización política.

Un vistazo rápido a la evolución del panamericanismo, desde el Congreso de Panamá convocado por Simón Bolívar en 1826, revela que los países americanos estaban animados por un fuerte anhelo de unión, el cual, sin embargo, tan solo en pocas ocasiones culminó en una muestra concreta de solidaridad. A partir de la década de 1930, debido a una serie de factores que no es del caso mencionar, las trabas a la integración perdieron importancia y el ideal panamericano se rejuveneció. Algunas ilustres personalidades públicas aprovecharon este ambiente favorable para la edificación del actual sistema interamericano.

no. Alberto Lleras Camargo sobresale entre todas ellas. Sin pretender ser exhaustivo, me voy a referir brevemente a sus valiosos aportes.

Un estadista internacional

Para comenzar, vale la pena subrayar tanto las posiciones ocupadas como las responsabilidades confiadas a Alberto Lleras en los momentos cruciales de la construcción del sistema interamericano. Son ellas prueba clara de su liderazgo internacional en este campo. En 1945, cuando se reunió en México la conferencia interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz, de la cual surgieron las directrices fundamentales para la Constitución de la organización regional actual, el canciller Alberto Lleras presidió la Comisión Tercera encargada precisamente del fomento del sistema panamericano y de su coordinación con la Organización Mundial, entonces en proceso de gestación.

Un liderazgo decisivo para la edificación del sistema interamericano

En la conferencia de San Francisco, Alberto Lleras presidió el Comité al cual se había asignado el delicado problema de la articulación de las organizaciones regionales con la mundial. Dos años más tarde, cuando se reunió en Quitandinha la Conferencia Interamericana en la cual se adoptó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, TIAR, Alberto Lleras era el Director General de la Unión Panamericana. Un año después se llevó a cabo en Bogotá la Novena Conferencia Internacional Americana en la cual se creó la OEA y se aprobó el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas.

Pero el liderazgo de Alberto Lleras en la edificación del actual Sistema Interamericano no se limitó al diseño de instrumentos jurídicos y mecanismos políticos, tarea que por sí sola ha recibido el merecido reconocimiento de los países americanos. Como es bien sabido, su desempeño en la Secretaría General de la OEA fue decisivo para poner a funcionar esos instrumentos y mecanismos en un período muy difícil y tenso de las relaciones internacionales. Con razón, la secretaria general de Alberto Lleras coincidió con lo que autorizados observadores consideran que fue la Edad de Oro de la OEA.

Por otra parte, Alberto Lleras introdujo una dosis de pragmatismo al ideal de Unión Panamericana. La reconciliación de la utopía bolivariana con el realismo político se refleja tanto en sus iniciativas acerca del diseño de la Organización Interamericana, como en su labor en la Conferencia de San Francisco.

Resoluciones y concepciones que fueron espina dorsal del Sistema Interamericano

De las cuatro piezas angulares del actual sistema interamericano, tres — la carta de la OEA, el TIAR y el Pacto de Bogotá — son el resultado directo de las resoluciones propuestas por la Comisión presidida por Alberto Lleras y aprobadas en la Conferencia Interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz. Sin lugar a dudas, la Resolución Octava, comúnmente denominada Acta de Chapultepec, merece atención especial porque su espina dorsal fue una concepción de Alberto Lleras.

En 1945 los mecanismos de solidaridad en contra de actos de agresión no parecían acomodarse bien a las exigencias de la post-guerra. La unilateralidad y arbitrariedad de la doctrina Monroe, la insatisfactoria ambigüedad de las garantías del pacto de la

Liga de las Naciones, y la manera como se trataron en las conferencias de Buenos Aires y Lima y en la Reunión de Cancilleres de La Habana, tanto los problemas relativos a la definición de la respuesta de defensa solidaria como los precarios mecanismos de consulta entre países americanos, hicieron que el sistema de seguridad colectiva continental apareciera lleno de vacíos, deficiencias y anomalías. Las propuestas presentadas por Colombia — aplicación de la asistencia recíproca contra agresiones intracontinentales y extracontinentales, concreción y ordenamiento de las medidas defensivas y precisión en los criterios de calificación de la agresión — contribuyeron a mejorar y a hacer menos ineficaz el sistema de solidaridad continental de la post-guerra. No sobra relevar que las innovaciones del TIAR fueron posteriormente reproducidas en las Organizaciones Europeas y Asiáticas.

Enmarcar las relaciones interamericanas prioritariamente en el desarrollo económico y social

Adicionalmente, en esa misma conferencia, la delegación colombiana, encabezada por el canciller Alberto Lleras, introdujo tres resoluciones sobre asuntos socio-económicos, las cuales constituyen un antecedente importante del intercambio de opiniones entre el presidente Kubitschek y Alberto Lleras, entonces presidente electo de Colombia. Ambos eventos estaban animados por el espíritu que se trató de poner en práctica con la Operación Panamericana: enmarcar las relaciones interamericanas dentro de una estrategia en la cual el desa-

rollo económico y social sería prioritario.

Armonización de las organizaciones regionales con el sistema mundial

A nivel mundial, en la Conferencia reunida en San Francisco para discutir la creación de las Naciones Unidas, miembros de la delegación colombiana dirigida por Alberto Lleras — concretamente Jesús María Yepes y Eduardo Zuleta Angel — contribuyeron a preservar principios de derecho internacional tradicionalmente respetados por los países americanos: el cumplimiento de buena fe de las obligaciones contraídas en virtud de la Carta de la ONU y el respeto a los tratados públicos. Pero fue en lo concerniente a la relación entre los mecanismos regionales y mundiales de seguridad colectiva, donde el realismo político de Alberto Lleras contribuyó de manera especialmente significativa a la promoción de los ideales de Unión Panamericana.

Alberto Lleras jugó un papel fundamental en la articulación del sistema interamericano de defensa, y de otros organismos regionales, con el de las Naciones Unidas. Aunque inicialmente en el proyecto incorporado en el Acta de Chapultepec no se desarrolló este tema, en ella se sentaron los principios rectores para tratarlo. En la Conferencia de San Francisco, los países latinoamericanos lograron impedir que fuera finalmente adoptado el sistema de prevalencia absoluta de los mecanismos mundiales de seguridad, acordado preliminarmente en Dumbarton Oaks. La contribución de Alberto Lleras en esta empresa se hizo manifiesta, desde los comienzos de la Conferencia, con su brillante intervención en el debate referente a la invitación de Argentina a la Conferencia, país que cumplía las condiciones que se le habían impuesto en Chapultepec para que pudiera asistir a ella, pero cuya presencia no era deseada por la delegación soviética. El ingreso de Argentina fue importante para mantener la unidad hemisférica en la Conferencia.

Adicionalmente, desde la presidencia del Comité encargado de la armonización de las organizaciones regionales con el sistema mundial, Alberto Lleras se esforzó exitosamente por defender la autonomía y la prevalencia del sistema interamericano de defensa y, al mismo tiempo, por promover una aproximación pragmática al manejo de esta cuestión. No encuentro mejores palabras que las expresadas por él mismo en su memoria de canciller para describir la reconciliación del programa adoptado en Chapultepec con la configuración de fuerzas e intereses mundiales. A su parecer, el objetivo era el de "conseguir la prelación" de los organismos regionales sobre los de tipo universal,

pero ajustando esta aspiración a "una consideración exacta de las realidades y proporciones, por un lado, y de justa valoración de los requerimientos más indispensables y de las posibilidades menos remotas, por el otro". El resultado final de este proceso fue el artículo 51 y los párrafos segundo y cuarto del artículo 52 de la Carta de la ONU: un compromiso entre universalistas y regionalistas benéfico para los intereses del panamericanismo.

El gran civilizador; el gran restaurador de las instituciones democráticas

El regreso de Alberto Lleras a Colombia cambió en forma radical nuestro destino histórico. Su llegada abrió un horizonte de esperanzas. Inermes, tan solo voz y pluma, encabezó un movimiento civil que dio al traste con una dictadura, ajena a nuestras tradiciones y cada vez más autoritaria e impopular. Con audacia política y mano diestra tejó los acuerdos políticos que abrieron a nuestra vida institucional una nueva etapa y pusieron

fin, para siempre, a los enfrentamientos violentos entre las dos grandes fuerzas políticas colombianas. En ese momento —tal vez su mejor hora— fue el gran civilizador. Y, además, el gran restaurador de las instituciones democráticas. En una acertada decisión, liberales y conservadores lo escogieron como su candidato presidencial, tan solo unos días antes de la fecha de votación y lo ungieron, emocionados y esperanzados, como el primer gobernante del Frente Nacional. Nadie mejor que él —así quedó demostrado— para sentar los fundamentos que habrían de garantizar el éxito de tan original experimento político.

Terminado su mandato, el país lo rodeó de gratitud y afecto. Las grandes decisiones políticas que desde entonces han orientado nuestro acontecer público están íntimamente vinculadas a sus concepciones programáticas y, casi siempre, lo tienen como a su principal protagonista.

Hay que decirlo sin reticencias. La supervivencia de nuestro régimen democrático y la vigencia del sistema de libertades y garantías individuales y sociales están entrañablemente ligadas a la acción política de Alberto Lleras.

Alberto Lleras: sobresaliente líder moral de la República

La vida privada y la vida pública de Lleras Camargo son ejemplares. Su obra intelectual es luminosa. Su tarea como gobernante es imperecedera. Su desprendimiento es proverbial. Su austeridad es una virtud que siempre lo ha distinguido. Su palabra de orador, escritor y periodista es fuente segura de inspiración. Es el más sobresaliente líder moral que ha tenido la República.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico	EL ESPECTADOR	Ciudad	Bogotá
Pág.	15	Fecha	11 DIC 1987
Código	1366102	Lugar	C9

FIN DEL GOBIERNO DE LOPEZ Y GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hoy terminaremos de hablar de la administración de Alfonso López Pumarejo y daremos comienzo a la Guerra Civil Española

La Ley 200 de 1936, tuvo un larga gestación. Ya en 1934 el presidente López se dirigía a un grupo de propietarios agrícolas que en su calidad de "creadores de riqueza" se habían dirigido a él para expresarle su alarma por la agitación social en el sector rural y pedirle garantías. Su respuesta contenía los elementos jurídicos y la apreciación de la situación de hecho que informaron después la ley de tierras. No se podía ignorar que en el campo existía la injusticia y que la ley la respaldaba. Y no se debía creer que reforzar los medios punitivos era una forma de fortalecer la autoridad. Por el contrario, era debilitarla aún más en el terreno jurídico

Los propietarios respondieron constituyendo con gran solemnidad el Sindicato Central de Propietarios y Empresarios Agrícolas, cuya finalidad era "la defensa de la propiedad de las tierras hoy amenazada por los agitadores comunistas y unistas".

Esta especie de macartismo parroquial tendía, como ha ocurrido en diversas épocas con movimientos reaccionarios similares, a atribuirle a agitadores mercenarios o manejados desde el extranjero, las tensiones generadas por la estructura arcaica de las leyes, y por el viejo maridaje entre el poder económico y las autoridades provinciales que actuaban en contra de las legítimas aspiraciones de los trabajadores de la tierra. La agitación existía, sin duda. Pero el presidente veía que su razón de ser era el enfrentamiento entre los injustamente desposeídos y los poseedores legales pero no legítimos de unas tierras en muchos casos ociosas, o mal aprovechadas. Un problema que debía atacarse desde la creación de un nuevo marco legal que permitiera un principio de adquisición de tierras en condiciones posibles para quien sólo tenía su trabajo como medio de subsistencia.

Lo curioso es que entre los fundadores del Sindicato que dio luego origen a la Apen, no dejaba de haber empresarios rurales activos que hubieran podido entender el problema. Pero

prefirieron constituirse en esa asociación, de la cual diría Eduardo Santos que era un curioso caso de hibridismo político.

Como lo explica Eduardo Zuleta Angel, uno de los conservadores serenos de esa época y de todas, y un jurista muy completo en varios aspectos del derecho, una legislación inadecuada, combinación absurda de la francesa y la alemana, y despojada de sentido social, había dado lugar a una lamentable confusión de ideas. El resultado de esa confusión era la constante intervención del ejército, "requerido bajo fuertes presiones, para que sin discriminar entre colonos e invasores, entre honrados campesinos y forajidos, echara bala o llevara a la gente a la cárcel".

Un equipo de juristas, encabezado por Darío Echandía, del que hacían parte con el propio Zuleta Angel, los doctores Antonio Rocha, Guillermo Amaya Ramírez y Rodríguez Moya, estudió la cuestión por sus aspectos legales, sociales y prácticos durante varios meses, enterando al presidente de los pormenores y avances de su estudio. El resultado de éste fue la ley 200 de 1936, cuyos rasgos fundamentales son más o menos los siguientes: (1)

"Primero.— Se presume que son de propiedad privada los fondos explotados económicamente y que son baldíos los terrenos incultos, pudiéndose desvirtuar esta segunda presunción con el título originario expedido por el Estado, o con títulos inscritos otorgados con anterioridad a la ley en que consten tradiciones de dominio por un lapso no menor del término señalado para la prescripción extraordinaria, a menos que en el respectivo terreno se hubieren establecido colonos con dos años de anterioridad a la vigencia de la ley sin reconocer dominio distinto al del Estado, caso en el cual, la presunción no puede destruirse sino con la prueba de haber salido el terreno legítimamente del patrimonio del Estado o con la exhibición de un título traslativo de dominio otorgado con posterioridad al 11 de octubre de 1821.

Segundo.— Esos poseedores, aunque fueren vencidos en juicio reivindicatorio, tienen derecho a hacer suyo el terreno poseído mediante el pago del justo precio del suelo si el propietario deja transcurrir más de noventa días contados desde la vigencia de la ley sin intentar el correspondiente juicio reivindicatorio o cuando, iniciado el juicio antes de dicho término, han transcurrido treinta días, después de ejecutoriada la sentencia y tasadas las mejoras, sin que el demandante vencedor en el juicio respectivo las haya pagado.

Tercero.— La explotación económica de la tierra por cinco o más años continuos da lugar a la prescripción adquisitiva del dominio, en favor de los poseedores de buena fe.

Cuarto.— En todo lo concerniente a la interpretación y aplicación de la ley el juez debe abstenerse de proteger el enriquecimiento sin causa, el abuso del derecho y el fraude a la ley.

Para que la ley diera los resultados prácticos apetecidos se crearon los jueces de tierras que debían fallar practicando previamente una inspección ocular que les permitiera adquirir un conocimiento directo de la situación de hecho.

La supresión, después del gobierno de López, de los jueces especiales de tierras, y la propaganda desorientada sobre los

efectos de la nueva ley en los contratos de arriendo y aparcería hicieron que ésta dejara de aprovecharse a pesar de sus inquestionables ventajas. Pero durante la administración de su inspiración detuvo el derramamiento de sangre de centenares de campesinos y soldados, al propiciar en un marco legal justo, los acuerdos realistas a que podían llegar los segmentos sociales enfrentados.

La reforma tributaria

Jorge Soto del Corral, abogado, financista, economista y hombre de severas disciplinas intelectuales hizo el estudio detallado de esta reforma que, en sustancia, logró dos grandes finalidades: obtener más ingreso de las rentas y el patrimonio, que no producían lo que debieran en gran parte por la evasión y sobre todo por los resquicios que dejaba la ley, y establecer justicia entre los gravámenes al capital y los que correspondían al trabajo. Se creaban también otros impuestos como el de giros cafeteros y los de asignaciones, donaciones y masa global hereditaria.

Pero lo fundamental eran la elevación de las tasas de impuesto sobre la renta y el patrimonio y la creación del impuesto sobre el exceso de utilidades. Soto del Corral defendió el proyecto en las comisiones del congreso, de las que hacía parte el joven doctor Lleras Restrepo quien, a juzgar por sus relatos de la tramitación de la reforma, la miraba con simpatía aunque la analizara con rigor y deseo de legislar en justicia.

La reforma produjo una inmediata reacción saludable en las finanzas públicas que se transmitió a la situación económica del país. Pese a los bufidos de la oposición y a los escalofríos de algunos empresarios, al fin de su mandato López Pumarejo podía hablar con argumentos de una situación de prosperidad nacional.

El propio presidente había explicado y defendido estas necesarias reformas en sus conferencias radiales. En ellas daba ejemplos sin nombres pero con cifras que ilustraban la desproporción entre ingresos y tributos a que se prestaba la ley, pero que ante todo eran un llamado a la moral colectiva, y una advertencia a los eternos favorecidos para que aterrizaran en el nuevo país que se estaba descubriendo gracias a su visión honrada y realista, y a su firme voluntad democrática.

La reforma, dice quien lo sabe, fue sobre todo un criterio que siguió imponiendo su lógica hasta nuestros días. En materia de impuestos, también el gran López logró la acelerada evolución que transmutó el carro de yunta en el cual el que iba arriba picaba a los sumisos bueyes, por un vehículo de motor alimentado con un combustible pagado en partes proporcionales por los pasajeros.

Educación, trabajo y justicia

Más que reforma educativa, lo que López concibió y realizó fue un diseño orgánico del sistema universitario que contemplaba las carreras necesarias al nuevo país, y reunía en un solo instituto las tres clásicas de Derecho, Medicina e Ingeniería cuyo funcionamiento era independiente. Un equipo especializado le ayudó en este plan que culminó en la ley 68 de 1935, en la que se integraba la Universidad Nacional de Colombia, con un Consejo Directivo administrador, un Consejo Académico y consejos particulares para cada una de las facultades. Un rector como cabeza de la Universidad, y decanos para cada una de las facultades, con sus correspondientes equipos auxiliares y docentes, completaban el organigrama.

Los estudiantes tenían participación en la gestión universitaria. Y aunque esta participación no rebasó ciertos prudentes límites, era la primera vez en la historia de Colombia que a alguien se le ocurría que quienes habían sido tenidos siempre como oyentes tuvieran algo que decir.

El presidente en persona escogió los terrenos en donde hoy está la Ciudad Universitaria. No parece haberse equivocado en diez cuadras al prever que quedaría situada en el centro de la ciudad. A su interés directo se debió su financiación presupuestal. Como era obvio, este interés directo tenía que ser interpretado por la oposición de modo avieso, y sirvió de pretexto para otra campaña laureanista contra la honra del presidente.

Dos biógrafos de López incluyen en sus libros una fotografía tomada en la Universidad Nacional en la fecha en que el ex-presidente pronunciaba su último discurso, 6 de mayo de 1959. En una de ellas aparece el doctor Laureano Gómez escuchando el discurso en el que no faltó una alusión a su campaña de entonces.

En la Universidad integral y no confesional se vincularon muchos profesores de sólida formación con evidente interés de servir. Venían de todas las vertientes políticas y su ingreso no estaba condicionado a su adhesión al régimen. Se les juzgaba por su rendimiento.

En el primer período de López Pumarejo se alcanzó a reglamentar lo relativo al descanso remunerado a que tienen derecho los trabajadores, lo mismo que otros aspectos del derecho laboral y de la organización sindical. Pero con razón estima Zuleta Angel que lo más relevante fue la propia labor pacificadora, explicativa, didáctica del presidente en sus mensajes. Damos como ejemplo el que envió al Congreso de 1937.

"La organización de los obreros y campesinos es una defensa instintiva de sus intereses; pero si el patrón de la fábrica o el dueño de la hacienda la juzgan una ofensa a sus derechos, la lucha quedará empeñada. El sindicato está protegido por la ley como un instrumento de reivindicación pacífica, y la huelga como el procedimiento legal para obtener mejores condiciones de vida. Si el patrón combate el sindicato y pretende destruirlo, si a la huelga responde con la apelación a la fuerza pública, como si se tratara de un atentado contra su propiedad, habrá lucha. El gobierno no puede, ciertamente, partir de una premisa tan falsa como sería la de ignorar la existencia de la lucha o atribuirle un carácter distinto al de pugna de dos clases económicas que buscan un mejor acondicionamiento y vínculos más claros que la subordinación pasiva de una a otra. He aquí por qué la voz del gobierno suena desapacible, cuando no subversiva, en los oídos de los que no quieren atender la evolución colombiana, que nos transporta en pocos años de la miseria a cierta holgura, y de esa holgura a conflictos sociales desconocidos antes, no previstos en nuestras instituciones, ni inusitados en las relaciones de los empresarios con los trabajadores.

"El hecho de la sindicalización y el hecho de la huelga, es decir, la organización de los obreros entran a formar parte del nuevo equipo que el hombre de Estado tiene que manejar, bien o mal, pero sin prescindir de ninguno de sus elementos. Esa organización no es, desde luego, desventajosa para el capital, y mucho menos lo es para la economía. Si se pudiera conseguir un retroceso en las conquistas que ha obtenido la organización

obrero tendríamos ante nosotros un problema más grave: una gran masa de jornaleros urbanos y rurales errantes por el país, buscando ocupación por bajos salarios, destrozándose a sí misma en una competencia miserable, sometida a los caprichos de los patronos, subordinada a sus intereses no sólo material

sino moral y políticamente, y propensa a las revueltas y motines por la inseguridad de su subsistencia. La organización, en cambio, al crear el sindicato restringe la libertad del patrón para licenciar sin causa justificada a sus obreros, pero devuelve a éstos la estabilidad, que se traduce fatalmente en una mayor capacidad económica".

1. Tomado de la biografía de López escrita por E. Zuleta Angel.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Antecedentes inmediatos

La guerra civil que se inicia en julio de 1936 en España y sus posesiones africanas, y dura hasta abril de 1939, salda en apariencia, las diferencias seculares del país, por un término de casi cuarenta años. El período inmediatamente anterior al levantamiento cívico militar que coordina el general Mola casi a la luz del día, ante la pasividad del gobierno de Azaña, es una acelerada sucesión de graves hechos de orden público, y de profundos cambios políticos. En un lapso de 5 años, una República vacilante, ve detenerse el progreso social ante una muralla de viejos poderes y privilegios que precipitan un reflujo reaccionario incontenible.

El rey Alfonso XIII había abdicado en 1931, dos años después del fin de la dictadura de Miguel Primo de Rivera quien, con su anuencia había establecido en 1925 un régimen que suprimía las cortes (Parlamento), lo mismo que las corporaciones municipales y provinciales, y que había eliminado los partidos políticos. En un comienzo, Primo de Rivera ensayó un período de estabilidad apoyado en el ejército y en la Guardia Civil, esa policía española de organización militar para pertenecer a la cual, según decía Ramón Sández, había que disponerse a vivir en España como si se estuviera en guerra civil.

Aunque más tarde la dictadura llamara al líder socialista Francisco Largo Caballero como consejero de Estado en representación de la Unión General de Trabajadores, e hiciera otros esfuerzos para dar la sensación de que el gobierno tomaba en cuenta a los movimientos políticos, la inquietud social, expresada sobre todo por múltiples huelgas a lo largo del territorio, forzó a Primo de Rivera a dimitir antes que extremar las medidas de fuerza. Su último intento de gabinete cívico militar había fallado.

El gobierno del general Berenguer, encargado por el rey de formar un gabinete dura apenas un año sacudido por huelgas de la izquierda, disturbios provocados por la derecha, y conatos de pronunciamiento militar por parte de los oficiales afectos de la República.

Berenguer dimite en febrero de 1931; el rey Alfonso XIII encarga al almirante Juan Bautista Aznar la formación de un nuevo gobierno que se define como de concentración dinástica, con cinco nobles, entre duques como Maura, condes y marqueses, como Romanones y Alhucemas. Hay otro almirante y tres profesionales. El nuevo gobierno convoca a elecciones para el mes de abril.

Elecciones municipales

El resultado de las elecciones municipales, se plantea como una cuestión de confianza en la monarquía. El 12 de abril se eligen 81.099 concejales, de los cuales 34.388 son republicanos; 4.813 socialistas; 15.198 independientes (1). Y sólo 19.035 monárquicos. Se le ha negado el voto de confianza a la monarquía. Alfonso XIII sale de España para Francia. No abdica. Según sus palabras abandona deliberadamente sus prerrogativas reales para evitar una guerra civil.

Proclamación de la República

El triunfo republicano, abrumador en las grandes ciudades, implicaba la proclamación de la Segunda República, la cual se efectuó sin pérdida de tiempo, y fue reconocida por el ejército y la Guardia Civil. Don Niceto Alcalá Zamora proclamó el nuevo régimen para toda España en un mensaje radial desde Madrid. Don Luis Copanys y don Francesc Maciá en Barcelona, proclamaron la República Catalana, en el seno de la Federación de Repúblicas Ibéricas. El gobierno de Madrid, cuya presidencia correspondió a Alcalá Zamora, reconoció provisionalmente la autoridad de la Generalitat catalana, en

espera de que el respectivo estatuto de autonomía fuera aprobado por el Parlamento.

Las primeras medidas del gobierno provisional reducían las divisiones del ejército y democratizaban el sistema de ascensos al permitir que los suboficiales pudieran acceder a la oficialidad de complemento. Se reformaba también el sistema electoral, y se hacía una tímida aproximación al problema de tierras. Se creó una comisión para la redacción de un proyecto de reforma agraria, y otra Comisión Jurídica asesora para la redacción de la nueva Constitución.

Los dos grandes bandos

Con el advenimiento de la República se hacía más nítido el enfrentamiento entre las dos Españas. Hasta ese momento los representantes políticos del monarquismo buscaban alianzas con los liberales, y se apoyaban en representantes del ejército y la marina para formar gobiernos representativos de las tendencias políticas presentes en el Parlamento español, las Cortes. Estas eran coaliciones de derecha centro en las que no se percibían los matices de la derecha burguesa, no necesariamente monárquica, ni los de la tendencia liberal en la que se revelarían matices republicanos y de izquierda más extrema.

La tendencia nacionalista

La derrota de los monárquicos en las elecciones municipales eliminaba en cierto modo a sus figuras más prominentes del panorama de mayor figuración política y administrativa. La derecha comenzaba a identificarse como movimiento independiente de la monarquía, en un momento europeo caracterizado por el ascenso de los nacionalismos totalitarios en Italia y Alemania. Ya no se trataba del juego político dentro de una monarquía constitucional, sino de la competencia por el poder pleno en una República de régimen parlamentario.

La tendencia nacionalista en su versión española implicaba un retorno al pasado glorioso y a las instituciones que, según la interpretación de cada estamento social o de cada facción política, habían hecho la grandeza y la felicidad de =

España. El aspecto de estas utopías colocadas en el pasado variaba según se ligaran a una u otra realidad presente. Pero en lo que los distintos grupos estaban de acuerdo automático era en el rechazo de las ideas sociales evolucionadas por ser producto de mentalidad foráneas. Lo mismo que hoy día en Colombia el socialismo se rechaza, o que en la Nueva Granada de 1810, se rechazaba el liberalismo como doctrina "extranjera". Los grupos que mantenían los privilegios, o aspiraban a ellos en España, se aferraban a una supuesta tradición para repudiar todo lo que pudiera suponer participación real del pueblo y promoción popular, como producto de envenenadas mentes extranjeras. Y es necesario reconocer que la reciente evolución del comunismo hacia el stalinismo los proveía de argumentos impresionantes.

La Iglesia

La Iglesia española, en 1931, estaba representada en 31.000 sacerdotes, en 20.000 frailes y 60.000 monjas pertenecientes a 5.000 comunidades religiosas de las distintas órdenes medievales, y más modernas como los poderosos jesuitas. La Iglesia había mantenido una larga alianza con la monarquía dentro de la cual se habían presentado las divisiones que implicaban las luchas dinásticas entre los monárquicos ortodoxos, partidarios de la descendencia legítima de Fernando VII, y los carlistas que apoyaban al pretendiente hermano suyo Carlos María Isidro, a su hijo y a su nieto, en las guerras carlistas del siglo XIX.

Dueña de un gran poder económico representado en tierras y bienes raíces, y en participaciones cuantiosas en empresas industriales y comerciales, la Iglesia, además, había impartido y administrado la educación en España en donde sólo por excepción se daban escuelas laicas. Por experiencia histórica, tenía razones para temer las reacciones de los anticlericales que, también desde el siglo XIX, constituían un matiz político de la izquierda, y un rabioso sector popular.

En 1931, el Cardenal Segura, primado de España, simpatizante del fascismo italiano, representaba la línea dura del antirrepublicanismo, y tenía sus seguidores entre los párrocos y los frailes que, en pleno siglo XX, no se diferenciaban mucho de aquellos curas trabucaires que se arremangaban las sotanas y se iban a pelear hombro a hombro con las facciones carlistas. Del otro lado del espectro, estaban los sacerdotes que colaboraban en el periódico madrileño *El Debate*. Estos seguían la política de prudencia y entendimiento que preconizaba Pío XI, dentro de su criterio de liberalizar las relaciones de la Iglesia con los poderes temporales. El pueblo español era de mayoría católica, pero esta mayoría de bautizados, en sus dos tercios no iba a misa ni frecuentaba los sacramentos.

Los católicos rurales, que podían hacerse matar por la virgen de su pueblo, no vacilaban en quemar la imagen o el templo de la virgen del pueblo rival en caso de reyerta. A lo largo de los siglos la religión había sido un elemento fuerte de unidad en un país con obstáculos topográficos considerables, y con brechas étnicas, idiomáticas y culturales muy profundas. Vascos y navarros, catalanes y valencianos, gallegos y asturianos, castellanos y aragoneses, leoneses, extremeños y andaluces tenían en común una doctrina y una fe. Pero la fe se había saturado de fetichismos aldeanos y de viejas supersticiones. Y la doctrina se había manipulado tantas veces con fines de tendencia política, que el factor aglutinante se convirtió en otro motivo de rabioso antagonismo popular. Sin embargo, el lado seguro para la Iglesia estaba en la tendencia nacionalista extrema.

El ejército

En España había un oficial por cada nueve soldados. Eran casi 17.000 oficiales, entre los cuales cerca de 200 eran generales. Los soldados, algo menos de 150.000. Su función, se decía era más la de preservar el orden dentro de las fronteras que la de defender a España de sus enemigos en el extranjero. En los comienzos del siglo, la guerra en Marruecos, en la que se sufrieron verdaderos desastres, había desprestigiado al ejército. Mal armado y mal disciplinado, con una oficialidad poco técnica, el ejército no había formado sino un cuerpo de élite, 34.000 soldados de la Legión Extranjera reorganizada

por el general Millán Astray, cuya divisa era: ¡Viva la muerte! Como ministro de guerra de la República, Azaña le ofreció a toda la oficialidad la alternativa de jurar lealtad al nuevo régimen o retirarse con el sueldo completo. Fueron muchos los que aprovecharon la oportunidad del retiro para dedicarse a conspirar.

Azaña intentaba, según dijo, triturar al ejército. En España había un fuero especial para el ejército y la marina, y ocho capitanes generales, en las ocho antiguas provincias, tenían poderes casi de virreyes. Bajo su ministerio se abolieron esos cargos y se colocó a las fuerzas militares bajo la justicia ordinaria. Estas medidas hicieron impopular a la República en la mayoría de los cuarteles, en donde ya sus simpatizantes sólo eran un pequeño grupo de oficiales de artillería.

La oficialidad, desde luego, estaba dividida entre monarquistas ortodoxos, carlistas y conservadores. Los retirados con el general Orgaz a la cabeza formaron una sociedad secreta, Unión Militar Española, U.M.E., que se encargaría de crear el ambiente para una revolución en el ejército. Ahora que la monarquía, a su parecer, había desairado a los militares en los gobiernos posteriores a Primo de Rivera, el militarismo español se inclinaba hacia un nacionalismo que reviviera la leyenda heroica de la España medieval reconquistada de los moros a golpes de acero. El oficial promedio, además, pasaba del espíritu de servicio a la patria a la inconformidad del empleado público, apenas se casaba y tenía que vivir con la paga del ejército.

Los partidos civiles de derechas

Los derrotados monárquicos, como se dijo, habían estado divididos. Ahora formaban la Renovación Española, de una parte, y los carlistas de la otra. Estos últimos adoptaron el nombre más tranquilizador de Tradicionalistas para su figuración pública mientras conspiraban con los militares y formaban un cuerpo de milicias juveniles con la boina roja carlista, llamado los Requetés.

Los conservadores católicos formaron la Confederación Española de Derechas Autónomas, C.E.D.A. cuyo líder era un joven y hábil abogado llamado José María Gil Robles. En todos estos partidos influían las ideas fascistas y nazis, aprestadas por los actos audaces que habían llevado al poder a Mussolini y a Hitler. Muchos de sus líderes, como José Calvo Sotelo, uno de los directores de Renovación Española, quien lo hizo a través de Italo Balbo, mantenían contacto con el régimen del Duce Italiano.

Continuará el próximo viernes en el capítulo No 41.



Historia de la Medicina

El Medio Universitario de Medellín

El 7 de julio de 1887 se funda la Academia de Medicina de Medellín, por iniciativa del gobernador Marceliano Vélez, por Manuel Uribe Angel, Francisco Uribe Mejía, Andrés Posada Arango, Pedro Dimas Estrada, Rafael V. de la Roche, José Ignacio Quevedo, Teodomiro Villa, Francisco y Ramón Arango, y veinte más.

En el mes de octubre de 1887 aparece el primer número de la revista "Anales de la Academia de Medicina de Medellín" órgano de la misma, con la colaboración de los doctores Francisco y Ramón Arango, Rafael Pérez, Manuel Uribe Angel, Andrés Posada Arango y Pedro Dimas Estrada.

I INTRODUCCION

Con motivo del centenario de la Academia de Medicina de Medellín, rindo un homenaje de amor a Antioquia, y a su Universidad, a su Facultad de Medicina y a la memoria de mis compañeros muertos.

A pesar de mi larga existencia no ha ocurrido nada extraordinario fuera del correr vegetativo, he tratado de ayudar a la gente y a la familia, ejerciendo la profesión con honradez, cobrando poco a poco o no cobrando, a pesar de lo cual no sufro estrechez económica.

Yo estudié solo sin que nadie me ayudara y veinte años de estrechez económica implica un sacrificio injustificado para obtener un título que ofrece un algo de lustre pero no compensa el largo recorrido de angustia del vaivén de la pobreza.

En cuarto año de estudio sin recordar las circunstancias precisas de la oportunidad feliz de conocer al doctor Salvador Jaramillo Berrio, director de la Comisión Sanitaria Nacional, me nombró practicante para aplicar inyecciones de bismuto y de arsénico contra el Pian en pueblos vecinos a Medellín, así estuve en San Jerónimo, en Venecia, San Carlos, San Rafael, salía los sábados por la tarde y los domingos aplicaba desde las 6 de la mañana hasta las 7 de la noche, entre 100 y 150 inyecciones, filtrando el agua corriente a través del algodón para las inyecciones de arsénico, nunca hubo accidentes, fuera de raras urticarias

con el arsénico que desaparecían apenas se retiraba la aguja de la vena.

Anduve buscando suerte en Girardota, en Cañasgordas, en Angostura, de donde el Padre Peña, se preparaba a sacarme desde el púlpito porque nunca oí misa, pero ya era tiempo de emigrar porque había terminado de escribir la Tesis de Grado.

Me propongo en esta oportunidad memorable que consagra una fecha histórica en la Medicina y en la Asistencia Pública en Colombia, recordar unos nombres de Antioquia de ilustre estirpe hipocrática que perpetuamente desde la inmortalidad continúan su misión preceptora y ética a lo largo de las generaciones, porque resulta imposible enumerar hoy la extensa lista de investigadores y prominentes galenos de Antioquia que fortalecen las columnas vigorosas de la epopeya de la Medicina en Co-

lombia. Un siglo de la Academia de Medicina de Medellín divulga la gloria de la misma.

Evoquemos la figura del doctor Manuel Uribe Angel, de sólido pergamino profesional, político, geógrafo, historiador, que ejerció en el Ecuador, en Bogotá, en Medellín y que dejó libros sobre varios temas de Medicina, Historia, Geografía; al doctor José Ignacio Quevedo, perteneciente a la destacada familia de médicos Quevedo, que en 1844 practicó la primera operación cesárea con vida para la madre y el hijo, de las primeras en el mundo; al doctor Andrés Posada Arango, de estricta índole investigativa con recia madurez de principios y de objetivos en sus planes, de una larga vida, nace en Medellín en 1839 y muere aquí mismo en 1923, científico múltiple, médico general, antropólogo, filólogo, geógrafo, autor conocido sobre temas de consulta diaria sobre el anquilostoma, leche de higuera, serpientes, coca, veneno de la rana del Chocó, Clima, Geografía, no se ha cumplido con la ley en su honor que dispone de publicación de sus obras completas, lamentablemente olvidadas; Francisco A. Uribe Mejía, preclaro apóstol en la sociedad y en la Medi-

cina, de él don Marco Fidel Suárez, se expresa del modo siguiente: "el doctor Uribe es el sabio maestro a quien el público ha conferido el título de Maestro de la Juventud, en ambos significados, esto es, en el de profesor que durante años ha difundido la ciencia a miles de discípulos y en el ciudadano cuyo corazón redundaba en afectos de caridad, de beneficencia, de protección y de estímulo para la sociedad toda y en particular para los estudios de quienes solicitaban su consejo"; Teodoro Castrillón, sencillo y diligente, digno de mencionar por su tratado de Física Médica, que por años se usó de texto en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia; José V. Uribe, lingüista renombrado, practicó la primera transfusión de sangre total en Antioquia; Jesús María Espinosa, el primer médico graduado en la Facultad de la Universidad de Antioquia; Aureliano Posada, nacido en Popayán, ejerció en Bogotá y en Medellín, como uno de los más acreditados cirujanos generales con práctica adquirida en París, recordado con nostalgia por el doctor Manuel Uribe Angel en "Historia de la Medicina en Antioquia", porque se acostumbró a la cocaína.

Mediante la ley 198 de 1871 del Estado Soberano de Antioquia, se transformó el Colegio del Estado en la Universidad de Antioquia que incluyó entre otras carreras la de Medicina, bajo la gobernación del estadista sin par en el país, el doctor Pedro Justo Berrio, génesis de la autenticidad antioqueña, en plena vigencia de la Constitución Federalista expedida por la Convención de Rionegro en 1863, los gobernantes Eustorgio Salgar y Manuel Murillo Toro, se entendieron con ecuanimidad estos cuerdos administradores públicos porque gozaron de un equilibrio mental insuperable y de criterio político a prueba de intolerancia, a pesar de la diferencia doctrinaria de los partidos que representaban en el manejo de los destinos del Estado. La marcha de la Universidad de Antioquia no obstante las alternativas del siglo 19 por las guerras civiles, se conoce suficientemente con la contribución eficiente que han prestado sus hijos en

el adelanto de Colombia que en el correr de los años han iluminado con su talento y con su trabajo los senderos de la patria.

II CONGRESO MEDICO NACIONAL

En 1913 se reunió en Medellín el Segundo Congreso Médico Nacional, siendo gobernador ese otro patriarca, orgullo del medio, puro como el agua del río Penderisco, incapaz de menesteres pequeños, que ejerció la política en función de grandeza, el jurista Clodomiro Ramírez, patricio de alta alcurnia ciudadana, con un programa que incluyó todas las ramas de la Medicina y ciencias afines, (como aparece en seguida).

Temas del Segundo Congreso Médico de Colombia, que se reunió en Medellín, del 19 al 26 de enero de 1913:

RELATORES PRIMER GRUPO

1o. Climas de las principales regiones de Colombia: Doctor Julio Garavito, de Bogotá; doctor Evaristo García, de Cali.

2o. Aguas Minerales de Colombia. Doctor Francisco Montoya, de Bogotá, Doctor Ricardo Lleras Codazzi, de Bogotá.

SEGUNDO GRUPO

1o. Fiebre Amarilla en Colombia. Doctor Gabriel Toro Villa, de Medellín; doctor Lorenzo Insignares, de Barranquilla.

TERCER GRUPO

1o. Sífilis y dioxidiamidoarsenobenzol. Resultados: Doctor Luis Zea Uribe de Bogotá.

2o. Patología de la altiplanicie: Doctor Luis Felipe Calderón, de Bogotá.

CUARTO GRUPO

La cirugía en Antioquia: Doctor José Vicente Maldonado, de Medellín.

La Cirugía en el Cauca: Doctor Pablo García A., de Cali.

Tratamiento quirúrgico de la Apendicitis y sus resultados en Colombia: Doctor Pompilio Martínez N., de Bogotá.

Tuberculosis Renal y su tratamiento: Doctor Zoilo Cuéllar Durán, de Bogotá.

Indicaciones y resultados de la Operación Cesárea en Colombia: Doctor Miguel Rueda A., de Bogotá.

Cáncer del útero: Doctor Rafael Ucrós, de Bogotá.

QUINTO GRUPO

1o. Estaciones sanitarias y Saneamiento de nuestros puertos: Doctor Julio Vengoechea, de Barranquilla.

2o. Profilaxis de las enfermedades infecto-contagiosas y proyecto de ley de Policía Sanitaria: Doctor Ma-

nuel N. Lobo, de Bogotá; doctor Ricardo Amaya Arias, de Bogotá.

3o. Profilaxis de la Lepra en Colombia: Doctor Juan B. Montoya y Flórez, de Medellín; doctor Miguel Canales, de Bogotá.

4o. Responsabilidad legal de los enajenados: Doctor Gabriel Camargo, de Bogotá.

SEXTO GRUPO

1o. Estudio de la tuberculosis en los animales: Doctor Claudio Vericel, de Bogotá.

SEPTIMO GRUPO

1o. Higiene Dental: Doctor Paulo E. Herrán, de Bogotá.

II VIDA DE MEDICOS

A primera vista se aprecia la solemnidad del Segundo Congreso Médico Nacional, que ahora reseño con fervor y emoción. El desarrollo de la ciencia y de cualquier otro fenómeno social, no se cumple de improviso, significa un proceso lento concatenado de esfuerzos de los dirigentes y de disciplina para el estudio, así aparece la evolución de la Medicina en Antioquia, fruto de unos cuantos prominentes galenos, doctrinarios, infatigables en la acción, dignos en la conducta, renombrados en todos los ámbitos infinitos de la Medicina, para decir algunas palabras de unos de ellos, Juan B. Montoya y Flórez, cirujano general, antropólogo, filólogo, filósofo, promotor visionario auténtico de la Microbiología, de quien el doctor Gil J. Gil, afirma: "Era un hombre de excepcionales energías, anatómico profundo y gran director y el más grande cirujano de Colombia. Todo el progreso de la actual cirugía en Antioquia se debe a él"; dirigió la campaña contra la Lepra y consignó sus actividades en este campo en un libro sobre esta endemia; Alfonso Castro, cirujano general, autor profuso de renombre significativo, por sus libros siempre vigentes, fundador de la Clínica de La Merced en Medellín; Gil J. Gil, graduado en la Universidad de Columbia en Nueva York, otro prestigioso cirujano general, elegante, pulcro, exquisito en sus maneras, de quien dijo el profesor argentino Juan Ramón Beltrán, "La figura destacada de Gil J. Gil, ha trascendido los límites de la cultura y de la Universidad de su país para difundirse en otros ambientes y en otras naciones"; José J. de la Roche, Antonio Mauro Giraldo, José Tomás Henao, José Vicente Maldonado; Braulio Mejía enseñó

Medicina Interna con sabiduría, afecto, Lisandro Posada Berrio, Gabriel Toro Villa, abrió los ojos del complejo emocionante de la Cardiología laboratorista, Emiliano Henao, Gustavo Uribe Escobar, promotor de la lucha contra las Enfermedades Venéreas en Antioquia; Salvador Jaramillo Berrio, jefe de la Comisión Sanitaria Nacional, de 1924 en adelante, con barcos hospitalarios en los ríos Cauca, Magdalena y otros; Jorge E. Delgado, Vespasiano Peláez, como director departamental de Higiene propuso en 1917 la Medicatura Rural en Antioquia, Alberto Gómez Arango, Baltazar Ochoa, Emilio Robledo, Joaquín Aristizábal, Miguel María Calle, Lázaro Uribe Pálad, Hernán Posada, Eugenio Villa Haessler, Eduardo Vasco, Jesús Peláez Botero, discreto visionario de la Bacteriología, David Velásquez, Jesús Yepes Cadavid, Rafael J. Mejía, Miguel Gracián, Carlos Vásquez Cantillo, Alfredo Correa Henao, consagrado benedictino anatómopatólogo, Francisco Restrepo Moreno, Jorge Henao Posada, Elkin Rodríguez, Juan B. Pérez Cadavid, Luis Carlos Uribe, Alberto Bernal Nicholls, Pedro Nel Cardona, Roberto Uribe Vélez, Gabriel Olózaga, un infatigable epidemiólogo, Alonso Restrepo, Gabriel Uribe Misas, Gustavo González, Benjamín Mejía Cálad, Luis Martínez Echeverri, Juan Saldarriaga, discreto anatómopatológico, el doctor Rafael Mejía Uribe, director perpetuo por sus merecimientos del Club Noel, establecido por voluntad de la sociedad de Medellín, prestó atención desde la segunda década del presente siglo a los niños pobres del departamento y se enseñó pediatría a los estudiantes de la Facultad de Medicina.

IV ANTIOQUIA Y SUS INSTITUCIONES DE SALUD

La energía desconcertante de Luz Castro de Gutiérrez, dió nacimiento a la Clínica de Maternidad, que después se convirtió en Hospital General, ejemplo esta dama de voluntad social sin comparación en el ámbito social, por la iniciativa y la organización; Ernesto Arango Tamayo, hercúleo polifacético otorrinolaringólogo y oftalmólogo, como redondeando esta pléyade de inolvidables galenos, se destaca una personalidad inconfundible por su misión pedagógica, energía organizadora, pasión universitaria, que corresponde al nombre de Ignacio Vélez Escobar, con este conjunto de artífices de la Medicina, se explica el progreso de la misma Antioquia.

Los 17 tomos de "Fundamentos de Medicina" son un elocuente testi-

monio de la estructura densamente científica de la Medicina en Antioquia, textos en todo el país, que exhiben una capacidad histórica de análisis, observación, docencia, disciplina, superación, con un torrente de emoción y proselitismo universitario, escritos por los doctores Jaime Moreno, Jorge Luis Duque, Hernán Vélez, William Rojas, Alonso Cortés, Gonzalo Calle, Alberto Restrepo, Federido López, Fernando Londoño, Alvaro Toro, Víctor Cárdenas, Jorge Restrepo, Gerardo Cadavid, Jaime Borrero, Angela Restrepo, Oscar Lema, Luis Enrique Echeverri, Darío Franco, Marcos Restrepo, Jorge Peláez.

Con la Universidad de Antioquia, con la Escuela Nacional de Minas, con el Instituto Central Femenino, con la organización familiar de virtudes y de trabajo, Antioquia representa un núcleo técnico, cerebral, político, de mayor sentido de realidad y de empresa en el país de donde

de se ha generado la producción, la investigación, el estudio, para beneficio local y de la nación en general, no en vano construyó el ferrocarril, fomentó la industria textil, cafetera, mienra con el oro, el carbón, el transporte, construyendo y sosteniendo hospitales en todo el contorno escabroso de su territorio dominado empero por la virtud familiar, por hábito de la ocupación, por el anhelo de superación, por el mágico ensueño estimulante de la mujer de la montaña, para confirmar el vaticinio del oidor don Antonio Mon y Velarde, visitador-gobernador de Antioquia 1785-1788: "esta provincia, la más atrasada del Reino, llegará un día a ser la más opulenta"; y ya que el hospital surge como la entidad cívica y comunitaria por excelencia, aquí nos congregamos en hora magnánima y emocionante a celebrar los setenta años del Hospital de San Vicente de Paúl, exponente inmovible de la filantropía genuina de la sociedad entera de Antioquia.

V HOSPITAL DE SAN VICENTE

Gracias al inagotable espíritu público del industrial Alejandro Echavarría, generador de economía y de bienestar social, en el despacho del gobernador de Antioquia doctor Clodomiro Ramírez, se reunió una junta precedida por el arzobispo Manuel José Caycedo, el 16 de mayo de 1913, con el fin de iniciar la construcción del Hospital de San Vicente de Paúl, se eligió presidente a don Alejandro Echavarría, quien infundió fortaleza a esta empresa monumental que con mil camas, se inauguró el 9 de mayo de 1934, con planos originales del arquitecto

francés Cavet y dirección del arquitecto antioqueño Enrique Olarte, lenta la construcción pero grandioso el objetivo final. Entre los médicos escritores recuerdo al popular Alfonso Castro, Wenceslao Montoya, Alonso Restrepo, Gustavo González, Eduardo Vasco, Jaime Restrepo, Cecilia Serna de Londoño, Alvaro Cardona, Jorge Franco Vélez, con su libro Hildebrando, se constituye en el redentor de las víctimas del alcohol, feliz ocurrencia de un personaje superior en un país dominado por el vicio oficial del alcohol, del tabaco, de las loterías, el prólogo de Joaquín Vallejo, se suma al éxito de este libro afortunado, una vez proclama a Luis López de Mesa como Humanista.

Una referencia consagratoria especial merece la memoria del doctor Emiliano Henao que como médico por muchos años del Ferrocarril de Antioquia consagró su vida y su profesión a esta meritoria empresa y debe conservarse en los pendientes de la Empresa, la colección de las Historias Clínicas y los informes para gloria de este insigne misionero de la Medicina Nacional, pues con criterio sabio, seguro, ineludible, sostuvo que la Fiebre de Tacamocho, en Malena, Titiribí, Puerto Berrío, una especie de incógnita, lo mismo que las de Concordia y de Ebéjico, por larga época secreto epidemiológico irrefutable, era de Fiebre Amarilla, contra la opinión de los otros médicos del Ferrocarril, de los profesores y médicos de Medellín, de los miembros de la Comisión Rockefeller, enviada a estudiar esta endemia conocida después como Fiebre Amarilla de La Selva; para mayor ilustración leamos apartes de la conferencia del doctor Juan Guiteras, miembro de la Comisión Rockefeller y director de Sanidad de la Isla de Cuba, en la sede de la Asociación Médica de Puerto Rico, el 10 de octubre de 1916.

VI FIEBRE AMARILLA

"Subiendo el río Magdalena supimos por un periódico de Medellín, que la Fiebre Amarilla se había presentado en las minas de Esmeraldas en Muzo. Averiguamos que este lugar era inaccesible desde el río, excepto a lomo de mula con grandes dificultades y en viaje de tres días, que el tránsito habitual no se hacía directamente desde el río sino por la vía de Bogotá, de donde por mejores caminos pero también a caballo, se demora tres días, como por el río ni en Bogotá, parecía haber Fiebre Amarilla, dudábamos de la exactitud de la noticia. En Bogotá, sin embargo, nos encontramos que eran alar-

mantes las noticias de Muzo...

Estudiamos la historia del lugar y encontramos que hubo una epidemia en 1885, la que coincidió con una extensa propagación en Honda y otros puertos del Magdalena. También se presentó una segunda epidemia en 1907. Esta era inexplicable. No se comprendía cómo podía haber llegado a aquel lugar la enfermedad que no existía por ninguna de las vías de comunicación. Encontramos que la epidemia había sido estudiada y descubierta por médicos inteligentes y capaces pero sin experiencia en Fiebre Amarilla.

Aunque algunas de las Historias Clínicas presentadas parecen ser de Fiebre Amarilla, se ofrece un elemento de duda en el hecho de haber descubierto el doctor Franco el espíritu de la Fiebre Recurrente en algunos de los casos. Por más que el doctor Franco separa los casos de las enfermedades respectivas, ofrece al mismo tiempo unas ideas tan inaceptables sobre la Etiología de ambas infecciones que uno no puede desechar la sospecha de que se haya equivocado el compañero estimable.

No se encontró en Muzo Fiebre Amarilla, tampoco pudo encontrarse ningún caso de Fiebre recurrente. Si había una infección malárica grave.

En Puerto Berrío sobre el río Magdalena, nos dijeron que el año anterior se presentaron seis casos de Fiebre Amarilla, estudiados por el doctor Henao, Médico del Ferrocarril de Antioquia y Director del Hospital de la Empresa, el doctor Henao se ocupa en asuntos de Medicina Tropical y ha desarrollado una notable Campaña Antipalúdica en el territorio de la vía férrea pero no se conoce la Fiebre Amarilla; bajando de Bogotá, el doctor Carter y yo nos entrevistamos con el doctor Henao en Puerto Berrío, el cual nos presentó la Historia muy detallada de uno de sus casos, el único que había podido estudiar detenidamente, era evidente que no se trataba de un caso de Fiebre Amarilla. Tenía además, el doctor Henao, un informe del estudio de las vísceras de uno de los casos por el Laboratorio Welcome de Londres, en el que no se confirmaban las lesiones de Fiebre Amarilla.

En la costa de Colombia nos fijamos particularmente en Barranquilla, por ser puerto de mayor población y el de mayor tránsito de extranjeros y colombianos de tierras frías. Allí antes que en ninguna otra parte del litoral había que ponerse de manifiesto, si existe la Fiebre Amarilla. No encontramos ningún caso y sí una opinión bien firme de médicos experimentados, en el sen-

tido que hacía algunos años no se presentaba allí la enfermedad. "Repertorio de Medicina y Cirugía", volumen 8, número 6, de marzo de 1914, Bogotá. Reproducido del Boletín de la Asociación Médica de Puerto Rico.

VII LA ACADEMIA DE MEDICINA EN MEDELLIN

Entre 1906 y 1907 por solicitud del Sindicato Minero de Muzo, una Comisión de los doctores Roberto Franco, el primero o segundo médico microbiólogo del país y los jóvenes médicos Gabriel Toro Villa y Jorge Martínez Santamaría, después destacados investigadores, declara que en Muzo aparece la Fiebre Amarilla pero no el mosquito transmisor, el *aedes aegypti* que se adquiere en el monte y no en la vecindad de la población, es la noticia fundamental del informe, publicado

en el libro de la Academia Nacional de Medicina titulado "Sesiones Científicas del Centenario", para conmemorar la Independencia del país, en la Imprenta Nacional, Bogotá, 1911; una comisión del Departamento Nacional de Higiene y de la Fundación Rockefeller, integrada por los doctores Jorge Boshell Manrique, Manuel Roca García, Ernesto Osorio Mesa, E.R. Richard, J.H. Paul, J. A. Kerr, Luis Patiño Camargo, Arturo Vergara Uribe, Alfredo Correa Henao, P.A. Antunes, W. H. W. Komp y J. C. Bequaert, 1934-1936 en Villavicencio, identificó varias especies de mosquitos del género *haemagogus* como los transmisores del virus de la Fiebre Amarilla de la Selva, fenómeno trascendental para el caso, que con la viscerotomía y la prueba de protección, se establece hoy el diagnóstico de la Fiebre Amarilla, sin lugar a duda alguna. Informe en la Revista de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, volumen 6, número 1, de 1938, Bogotá. Antecedentes valiosos o sospechas sobre la existencia de la Fiebre Amarilla de la Selva, aparecen al respecto, como los comentarios de Humboldt en Veracruz, México, al observar enfermos que no procedían de la ciudad sino de los campos y la misma observación del doctor José Fernández Madrid, médico, cartagenero, presidente de las Provincias Unidas de los tiempos de la Patria Boba, 1816, al diagnosticar la Fiebre Amarilla en enfermos de los campos de la Habana; Fernández Madrid, de médico era antropólogo, poeta, conocido en los círculos literarios, escribió varios capítulos sobre Amibiasis, Paludismo, Coto, Clima, murió en Barnes, cerca de Londres, en 1830 cuando era embajador de Colombia en Inglaterra.

Suficientemente ha cumplido la Academia de Medicina de Medellín, los principios de su fundación, estimulando el estudio de sus miembros, vigilando la ética de los médicos dentro y fuera de ella, propiciando el adelanto de la Medicina en la Facultad y en el ejercicio privado de la profesión, dando ejemplo de dignidad en los actos y en la conducta de la entidad en conjunto y de sus miembros en particular, como corresponde a la categoría de la Academia en sí misma y a la influencia de que dispone en el destino de la Sociedad en que desempeña sus funciones de alcaurnia, de confraternidad, de consejo, para bien de Antioquia y de Colombia.

Sea esta la oportunidad de recordar las condiciones de Medellín como Ciudad Universitaria; aquí llegan desde el principio del siglo 20 estudiantes cada año en mayor número de todos los confines de Colombia, la Universidad de Antioquia, la Escuela Nacional de Minas, el Instituto Central Femenino, los Colegios Femeninos de Comunidades Religiosas, eligieron un horizonte pedagógico de categoría inconfundible en la responsabilidad, en el afecto, en el afán de estudio, para integrar un carácter de esfuerzo y de superación; un factor estimulante para el educando de fuera lo representa la acogida cariñosa de Medellín.

Un canto a la vida son las mujeres de Antioquia, con cordialidad, atractivo, consuelo, en medio de la soledad del universitario, en nuestra época, 1920-1930, estuvo de moda la Fiesta del Estudiante, con las reinas Inés Greiffenstein, Lucía Cock, las candidatas María Restrepo, Maruja Hernández, Rosa Márquez, Teresa Santamaría, la fundadora de la Casa del Estudiante, de otras niñas adorables, pasamos horas y temporadas memorables y reventadoras para confiar en un porvenir mejor.

Y así la visión y el fulgor de excelentes damas de existencia luminosa, Tina Angel, Carola Jaramillo, Mariela Hernández, me ha repetido en el correr de los años, el verso de Jorge Arte: "mujeres de la Quinta Avenida tan cerca de mis ojos y tan lejos de mi vida".

En este momento pasan al Colegio en la memoria por la Calle Colombia, abajo, en el Hospital de San Juan de Dios en donde funcionaba la Facultad de Medicina, todos los días por la mañana las tres hermanas Posada, Sofía, Lucía y Maruja, de ingénita transparencia humana que animaban el día entero nuestra triste vida estudiantil. Ya en Angostura ganando sesenta pesos mensuales del Tesoro Municipal, me consagré a escribir la Tesis durante

seis meses que dediqué al Portero de la Facultad para agradecerle su preocupación por los estudiantes, mártires en cada examen sentados en un banquillo ante tres profesores implacables.

Allí en Angostura me favoreció la suerte con la amistad de la familia Angulo Peláez, nobles los padres y los hijos con esta transeúnte de los ideales, Ligia, la Maestra en San Pablo, poetisa soñadora y magnífica pedagoga, madrugaba a cumplir sus deberes para prolongar la mañana en los niños, en las flores, en el agua.

Ahora dos palabras en honor de otras exponentes de la mujer antioqueña, Simona Duque, como la heroína en la guerra de la Independencia; María Martínez de Nisser, la intrépida revolucionaria conservadora de la Campaña de Los Supremos, en 1840; una estampa sublime de feminidad, Emma Herrán -1876-1912-, hija de Tomás Herrán y de Laura Echeverri, nieta de Pedro Alcántara Herrán y de Tomás Cipriano de Mosquera, despreció ella las vanidades del mundo y de su abolengo para ingresar a la Comunidad del Buen Pastor, primero a la Casa Madre de Angers y luego de Superiora a la Casa de la Comunidad en la población de Misserghin, cerca de Orán en Argelia, en donde murió en 1912. Educada con esmero como correspondía a su posición social, con dominio del alemán, el español, el francés, el inglés, en medio de la sorpresa de la sociedad de Medellín, en la Estación Villa, la despidió una multitud, Tomás Carrasquilla en voz solemne dijo para todos: "Sabad, señores, que Emma Herrán se aleja para siempre, siendo demasiada mujer para casarse con un hombre, resolvió casarse con Dios".

VIII LA MADRE LAURA Y OTROS PERSONAJES

En este recuerdo relámpago pero conveniente y oportuno viene otra personalidad incommensurable, la Madre Laura, misionera infatigable del bien y de la filantropía, fundadora de una Comunidad de prestigio por su apostolado universal, Lorenza Quevedo de Cock, dama iluminada por el afán infatigable de protección a los estudiantes y al prójimo en general.

Para no alargarme cito solo a tres educadoras ya catalogadas en la Historia como maestras de la sabiduría y con verdaderos signos de virtud, la Madre Laura, Lola González, Julia Agudelo; Sofía Ospina de Navarro, fuera de constituir el núcleo de un hogar de privilegio en un sentido integral, rompió el molde de las

costumbres para adquirir nombradía como escritora costumbrista y de análisis social de proyecciones memorables. En el trabajo de la ciudadanía creadora de solvencia moral, de solidaridad ecuménica, del progreso del desarrollo general, Antioquia ofrece a la Historia un conjunto de figuras inconfundibles que honran a la raza en la lucha por la libertad, en las letras, en la economía, en la industria, una suma de valores que palpitan en el correr de los tiempos con carácter de perennidad en el homenaje de las generaciones.

Quien habla de Antioquia habla de todas maneras de Pedro Justo Berrio, la verdadera síntesis de la especie humana antioqueña, creador de la fisonomía autóctona de esta entraña de la Patria, gobernó sin conflictos en el Departamento porque disponía de autonomía mental, de conciencia social, en pleno régimen de la Constitución de Rionegro con Murillo Toro y Salgar de Presidentes.

Sin olvidar a un patriarca silencioso pero constructor de obras imperecederas Camilo C. Restrepo, ingeniero civil y de Minas de la Universidad de Columbia, en Nueva York, gerente del Ferrocarril de Antioquia y Promotor del Ferrocarril de Amagá, un consejero impetuoso de la industria regional y nacional; José María Villa, el constructor del Puente de Occidente sobre el río Cauca; Juan de la Cruz Posada, ingeniero prototipo del ingeniero técnico, antropólogo, geógrafo; Alejandro López, se anticipó a proyectar la principal obra de ingeniería en el país, el Túnel de la Quiebra, con su Tesis sobre la misma para graduarse en la Escuela Nacional de Minas de Medellín, él mismo habla de la organización conjunta de empresarios y obreros en la empresa minera de "El Zancudo", de manera que tanto unos como otros se interesaron por el progreso y nunca se presentó amenaza de huelga. Esteban Jaramillo, el prototipo del economista criollo sin ínfulas de sabio ni de técnico.

Falta por escribir la Historia de la Ingeniería en Antioquia en extenso y la influencia en el país, se comprenderá así la tarea primordial de esta profesión, desde que empezó con la firma del contrato para el Ferrocarril de Antioquia entre el doctor Berrio, gobernador, y el inmortal ingeniero Francisco Javier Cisneros, el 14 de febrero de 1874; a la memoria viene Carlos E. Restrepo conocido por su estilo republicano, simple, sencillo, que después de la Presidencia, ejerció su profesión de abogado en una

humilde oficina del edificio Duque en Medellín; el jurista Clodomiro Ramírez, gobernador dos veces, ciudadano sin tacha, lo definió su hija Angela Ramírez de Castro: "esposo viviente de la justicia y asombro de la honradez en el Derecho"; Francisco Rodríguez Moya, matemático, poeta, personalidad múltiple; Gonzalo Mejía, solo él constituye una nacionalidad, por su nobleza, generosidad, visión social y económica, un cerebro en actividad perpetua, creador de los hidroaviones y con Jesús Tobón Quintero, otro genio de la acción y periodista infatigable, caballeroso, promotores de la Carretera al Mar, llegó de Bogotá una excursión femenina de estudiantes, la directora se declaró insolvente para cubrir la cuenta del hotel, apenas supo don Gonzalo canceló la barrera monetaria; Ricardo Olanom fuera de su civismo immaculado, ferviente, infinito, creó dos símbolos eternos, su hija Nena, bella y discreta y su hijo Germán, romántico del horizonte y mártir del espacio.

IX GRANDES FAMILIAS ANTIOQUEÑAS

Al hablar de la constitución de la familia Ospina habría que escribir varios libros para abarcar una extensión suficiente de la tarea en la ciencia, en la industria, en la Universidad, de la influencia en la vida nacional, principiando por Mariano Ospina Rodríguez, germen de este linaje y comprender la misión de Tulio Ospina, el fundador de la Escuela Nacional de Minas, pasan por la columna prominentes claves del orgullo nacional como Antonio José

Restrepo, humanista, parlamentario, diplomático, la hoguera de su cerebro vibra perpetuamente en la Historia Nacional; Fidel Cano y sus descendientes, iluminan todos los días a las gentes en las páginas de "El Espectador"; Antonio José Uribe, escritor diplomático, parlamentario, autor de la Ley 39 de 1903 sobre Instrucción Pública que comprende en líneas generales. Los temas de la época de la Pedagogía universal y organizador del Primer Congreso Pedagógico Nacional, que entre otras conclusiones trascendentales aprobó la de un intercambio de conocimientos entre los distintos profesores y estudiantes de las Universidades, o sea, una enseñanza mutua fundamental o si se quiere una enseñanza básica elemental; otro ingeniero y gobernante destacado se llama Carlos Cock, toda la familia Cock descuella en el medio departamental y nacional; inolvidables y gloriosos son los filántropos Alejandro y Rudesindo

Echavarría, fundadores del Hospital San Vicente, de Medellín, y de una familia de benefactores públicos y de industriales de calidad por la energía, la técnica y la ética generando prestigio y respeto para Antioquia; Alberto Jaramillo Sánchez, ingeniero, político, gobernador del Departamento, el hombre que luchó por organizar los municipios con el I.D.E.A.; hablo de Rafael Arredondo como amigo, poderoso por su trabajo, la organización y el espíritu público de empresario; Tomás Cadavid Restrepo, filósofo, pedagogo, escritor como secretario del Ministerio de Educación, adelantó reformas convenientes y oportunas.

Carlos y Fernando Gómez Martínez, varones de trabajo, de solidaridad, de fervor social ilimitado; Luis Guillermo Echeverri, abogado, parlamentario, escritor de libros famosos de Economía, Agricultura, Literatura, un universal hombre de mundo, de mente y de voluntad; Pedro Claver Aguirre, médico, político, dotado de un poderoso aliento social y humanitario; Alfonso Orozco, un prodigioso médico y parlamentario incansable en la acción social de proyecciones trascendentales; Luis de Greiff y Guillermo Greiffenstein, enriquecieron la raza con su acción ciudadana y su conducta acrisolada en todos los actos de su existencia, Guillermo, organizador de la Cruzada Antileprosa Antioqueña para llevar cada año recursos y consuelo a los leprosos de Agua de Dios; generoso sin émulo surge Lázaro Tobón, acumuló dinero para repartirlo en la Comunidad sin condiciones; Miguel Moreno Jaramillo, abogado, parlamentario, magistrado, fundador de la Casa de Menores y de la Escuela de Menores, personaje de dones exquisitos de civismo y de elegancia ciudadana; Germán Medina, abogado, industrial, consejero industrial y empresario, desempeñó bien la gobernación del departamento; Gonzalo y Cipriano Restrepo Jaramillo, son un galardón de la sociedad, orgullosos ejemplares de la personalidad antioqueña; Jorge Restrepo Hoyos, figura como uno de los más claros exponentes de la capacidad mental y empresarial de esta región de Colombia; Juan José Botero, escritor afortunado, a la vez serio y festivo; Baldomero Sanín Cano, sus libros lo acreditan como Sociólogo respetable.

X LOS DOCE DE LA FACULTAD

Mis compañeros en la Facultad fueron doce. El 20 de noviembre de 1928 fue la última clase a las cinco de la tarde, yo anoté en mis apun-

tes: "Nos separamos y ninguno de mis camaradas sufrió la fractura de la despedida del local de la Facultad en el Hospital de San Juan de Dios, por la carrera Tenerife oscura y pedregosa, nos alejamos después de seis años de compañía, ni uno fuera de mi persona se despidió sabiendo que no nos volveríamos a reunir y que iniciábamos en ese momento la aventura de una carrera profesional. Corta vida para tanta amargura de todos los días. Yo llegué a Medellín en busca del estudio y pienso que pasé en el examen de admisión por pura compasión, venía de lejos, hablaba diferente, vestía distinto, no me acompañaba ningún acudiente.

Algunos rasgos de mis compañeros los anoto en dos palabras:

Juan de J. Arbeláez. Más bien descompuesto en el vestido y en la palabra, nunca supe después de su vida; Carlos Bustamante, camarada afectuoso, atento, generoso; Arturo Calderón, discreto, sencillo, indiferente; Mario Carvajal, pasó casi inadvertido; Arturo Congote, mi amigo incomparable, solo hablamos para entendernos, para compartir el diálogo, las dificultades, los dolores, con su muerte yo quedé huérfano, en la infinita soledad de la existencia, Juan A. Duque, introvertido, en

el fondo un buen condiscípulo, Jesús Ferrer Escobar elegante en el físico, en los modales, de agudo criterio en el análisis, Maximiliano Jaramillo, un cumplido señor estudiante, recto en sus propósitos, aferrado fielmente a sus estudios, Horacio Gómez, casi ajeno a la amistad, un buen estudiante, sereno para los exámenes, Rafael Hamburger, un barranquillero simpático y dispuesto en todo momento a la ayuda con diligencia, José Jenaro Ospina, silencioso en sus estudios y caballero atento, buen consejero, Abel Sánchez, un espíritu tranquilo sin afanes ni conflictos.

No menos gloriosa discurre Antioquia en la Literatura, en la Filosofía, en el Arte, en la Economía, en la Historia. No es posible citar ni medianamente a la mayoría de los autores, me limito a nombrar unos cuantos de los mismos: Javier Arango Ferrer, médico y conocido crítico y escritor, José Manuel Arango, poeta, periodista y educador, Antonio J. Arango, novelista, autor de varios libros, Arturo Arango Uribe, Bernardo Arango Macías, escritor, pedagogo; José Manuel Arango, de la revista Acuarimántima; Francisco de Paula Pérez, abogado de mucha alcurnia, político elegante, lleno de méritos, escritor de varios libros, fundador del diario "El Colombiano"; Ricardo Jaramillo Arango,

fundador de el diario "El Colombiano"; Ricardo Jaramillo Arango, Alberto Gil Sánchez, Manuel José Jaramillo, conocido narrador de la violencia, Lucrecio Jaramillo Vélez, Roberto Jaramillo Arango, Francisco Jaramillo Medina, Juan Jaramillo Meza, personajes destacados como Luis López de Mesa, Roberto Bote-ro Saldarriaga, Eduardo Zuleta, Bal-domero Sanín Cano, Enrique Gavi-ria, Julio César García, Juan Zuleta Ferrer, Gregorio Gutiérrez

González, poeta costumbrista naturalista, cantor insuperable de los alimentos agrícolas tropicales sin los que la humanidad habría muerto de hambre, el maíz, la papa, el maní, la yuca, el frijol, para la vanidad del adorno la orquídea, el anturio; Tomás Carrasquilla, nutrió la estructura del lenguaje, señaló a las costumbres un sendero de eternidad; Fernando González, se impone con justicia como el filósofo más consistente en el medio nacional, agudo en el análisis de los fenómenos sociales, idealista para proponer el bien y sobre todo justo para demoler la nulidad de los hombres públicos del País; Porfirio Barba Jacob, no hay otro cantor como él del dolor, de la angustia, de la furia, del pecado, Epifanio Mejía, el poeta de Antioquia, León de Greiff, con el estandarte de un potente nuevo idioma filosófico de la poesía.

XI PRESENTE EN LAS CALAMIDADES

En 1925 ocurre el incendio en Manizales y Antioquia entera se levanta para ayudar a reparar la catástrofe, el 31 de marzo de 1983 vino el terremoto de Popayán y el gobernador de Antioquia, Nicanor Restrepo, funda la "Corporación Antioquia por el Cauca", con la Cámara de Comercio, la Cámara de la Construcción, la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, y otros socios, luego se agregan Instituciones de Armenia y de Pereira y en un acto de apasionante solidaridad firme y efectiva construyen una población en Cajibío.

En diciembre de 1985 con el nombre de "Antioquia Presente", se desplaza una Comisión para enfrentarse a las calamidades del Nevado del Ruiz en Armero en el Tolima y en Chinchiná en Caldas. En estas tres oportunidades Antioquia ha demostrado poderío, emoción y responsabilidad histórica que tremolan como un estandarte de gloria en el País, solo así se explica que este pueblo antioqueño sorprenda al País con empresas como la Universidad, como el Ferrocarril, la Escuela Nacional de Minas,

la opulencia del Oro en la Colonia y en la República, el Túnel de la Quiebra, las Centrales Hidroeléctricas, el repliegue al Valle del Cauca, al Gran Caldas, al norte del Tolima, al Chocó, a la Costa Atlántica, que con los Echavarría a la cabeza construya el hospital de San Vicente de Paúl, con Luz Castro de Gutiérrez el Hospital General, en Bogotá y con Carlos y David Restrepo, el Hospital

para Tuberculosos y la Clínica de Maternidad, los Hospitales de Antioquia, son los únicos fuera de la bancarrota, el Complejo de Urabá, la Hacienda Marta Magdalena, por la potente exhibición de la ganadería, el Puente de Occidente sin olvidar las tareas culturales, de industria y de organización colectiva, Quirama, I.D.E.A., P.A.N., La Orquesta Sinfónica de Antioquia, el Palacio de Bellas Artes, Los Coros Polifónicos, la Sociedad Aérea de Medellín, SAM, el Teatro Metropolitano, la Orquesta Médica, la majestad triunfante de las mujeres, fuente del hogar, es espíritu público, de la alegría, las Artesanías, prósperas en Antioquia, lo que solicitaba Mariano Ospina Rodríguez; "cuando en el curso de los años las Artes hayan alcanzado entre nosotros un alto grado de perfección, nuestros artistas irán allí en busca de sus obras como Praxiteles y los Fidiás iban a Mileto, a Lesbos o a Ténodof para fijar las formas dignas de representar sus divinidades", hacia 1917 el doctor Vespasiano Peláez, director departamental de Higiene, establece la Medicatura Rural, con sueldo pagado por el municipio, con la única obligación de que el médico recién salido de la Facultad, residiera en el mismo, el doctor Pio Gómez Moreno, marianillo, en la Tesis de Grado en 1943, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, "El Amparo de niños y el problema de la infancia desamparada" propone la Institución de la Medicatura Rural, la amistad como señal específica de la identidad en Antioquia, como lo pregona Juan de Dios Restrepo, Emiro Kastos, cumple con el adagio "el amigo verdadero es como la sangre, que acude siempre a la herida sin que nadie la llame", en fin, en la Cirugía del Tórax, la Cardiovascular, del Sistema Nervioso, en Transplantes, los grupos de los doctores Jaime Borrero, Alberto Villegas, Ernesto Bustamante, la Medicina en Antioquia ofrece un avance espectacular y positivo, lo mismo que con el doctor Oriol Arango en Radiología.

Esta es apenas una enumeración relativa de la emocionante presencia mecánica, manual, técnica, científica, cultural de Antioquia la que canta la epopeya del trabajo por la mañana, por la tarde, por la noche, que redime con seguridad de todas las humanas tragedias.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico EL COLOMBIANO Ciudad

Pág. 264 - 276

Fecha 16 DIC 1987

Código BC0102

Lugar DS

LA HISTORIA DE ANTIOQUIA

DOSCIENTOS AÑOS DE POESIA EN ANTIOQUIA (I)

Versos de Francisco Mejía, detalle de un cuadro votivo ofrecido por el poeta y su hermano Félix, 1790. (Casa de la Convención, Rionegro).

Carátula: Portada del poema Aures, de Gregorio Gutiérrez González, iluminado a la acuarela por Lázaro M. Giron, Bogotá, 1890. (Biblioteca Nacional, Bogotá).

**Medellín, miércoles 16
de diciembre de 1987**

AGRADECIMIENTOS:

Biblioteca Nacional, Bogotá
Casa de la Convención, Rionegro
Compañía Suramericana de Seguros
Elvira Tobón -Rionegro-
Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales
-FAES-
Luz Posada de Greiff

Dirección Académica: **JORGE ORLANDO
MELO**

Coordinación General: **MARTA ELENA
BRAVO DE HERMELIN**

Investigación Material Gráfico: **PATRICIA**

LONDOÑO Y CARLOS JOSE RESTREPO

Asesoría Editorial: **CARMENZA BARRERA**

Material Fotográfico: **GLORIA ELENA**

MONSALVE

Realización Periodística **EL COLOMBIANO:**

Edición: **JUAN JOSE GARCIA POSADA**

Diagramación:

PILAR MONTOYA DE SIERRA

Montaje: **FREDDY VELASQUEZ P.**

Fotocomposición y fotomecánica

EL COLOMBIANO

1. Antes de los primeros

Se circunscribe este capítulo a la poesía en verso culto compuesta por escritores nacidos durante un período de dos siglos dentro de los límites actuales (1986) del Departamento de Antioquia.

La fecha inicial está determinada por el nombre de Francisco Ignacio Mejía y Vallejo (Rionegro 1753), autor de las primeras composiciones poéticas que conserva la crónica. Refiriéndose a él, en conferencia sobre la poesía humorística, Ciro Mendía dijo haberlo sacado "del

fondo de la historia de la raza". El lapso que se define a partir de allí permite llegar hasta una fecha con posterioridad a la cual la reciente obra poética no es objeto de la historia.

Doscientos años equivalen a la infancia en la poesía de cualquier pueblo. "Es preciso decir que la poesía antioqueña está en sus comienzos", concluye Oscar Hernández Monsalve en el prólogo a una selección que publicara en 1961.

Si consideramos que el regalo de la imprenta fue tardío (1812), no es mucho lo que cabe exigir a una época de transición, de suyo poco propicia a letras y artes. En ella se moldeó un carácter y este carácter se adornó con gustos estéticos derivados principalmente de la vertiente cultural española. Eso es todo lo que resultaba posible hasta que se formara una voz capaz de expresarse a nombre de un pueblo nuevo en la historia.

Investigaciones que se realizan actualmente, las cuales requieren algunos años, mostrarán a una luz más clara zonas de la historia antioqueña sobre las cuales aún no se tiene pleno dominio.

Por ahora, el más antiguo versificador conocido es el jesuita Juan de Toro Zapata (Remedios 1597), de quien se conservan algunos poemas en latín. En el año de 1620 se le encuentra misionando y llega a Santa Fe de Antioquia, "donde -cuenta el padre Carlos Eduardo Mesa Gómez- los clérigos salían a la plaza con pantalones bombachos, zapatillas blancas, medias encarnadas y llamativas ligas". Sus versos, que permanecen en la lengua en que fueron escritos, no constituyen antecedente para la poesía antioqueña.

2. Fines del siglo XVIII

Como antecedentes de los primeros temas en verso se encuentran la herencia española y las rimas populares, que surgen espontáneamente.

Desde el siglo XVIII aparece una versificación de circunstancia, referida a sucesos locales. Mas, a diferencia de la poesía colombiana en general, para la cual se señala un común origen de cleresía, la poesía antioqueña se inicia con pluma culta en puño de hombres osados e irreverentes. Después las cosas cambian, tanto que, en 1986, aún se ejerce púdica censura sobre el legado de Francisco Ignacio Mejía.

Son pocos los nombres que ofrece la segunda mitad del XVIII, más ya en ellos quedan definidas las corrientes que permanecerán constantes hasta el presente: la culta -que no pierde contacto con lo popular- incorpora filosofía y humor; la heroica, que procede por épocas, y la mística, coincidente con períodos penosos y de postguerra.

De Francisco Ignacio Mejía, quien fuera tío de Liborio Mejía, escribe Ernesto Tobón en *Crónicas de Rionegro*: "Bien podemos decir que el primer poeta rionegrero, y quizá de todo lo que fue Antioquia la grande, es don Francisco Ignacio Mejía, conocido como el Tío Pacho. Su posición económica, social y cultural, le permitió escribir de todo y sobre todos; pero su copiosa producción no pudo ser publicada. La índole picaresca de sus versos los hizo muy populares, pero los condenó a pasar de memoria y clandestinos. "De él dice también don Benigno A. Gutiérrez: "Repentista, de musa quevedesca, cuyos resalados chispazos conservan su memoria". Y es que el humor, así sea del siglo XVIII, mantiene viva la poesía.

Don José María de Salazar y Morales (Rionegro 1784) fue político, escritor y diplomático, autor de la letra del primer himno colombiano. Perteneció a la Tertulia del Buen Gusto. A sus veinte años, siendo estudiante en el Colegio del Rosario, había escrito un largo poema en homenaje al virrey Amar y Borbón con motivo de las festividades con las cuales se le recibió en Santa Fe. Ya entonces (1804) su poesía aspiraba a un tono gran-

dioso, de corte neoclásico, que sólo cambió de tema. (Su padre llegó a ser Canónigo en la Catedral de Santa Marta).

El doctor Juan de Dios de Aranzazu (La Ceja 1798) era primo hermano de Gregorio Gutiérrez González. Gobernador de la Provincia. Procurador General. Ejerció la Presidencia de la República. Su poesía tiende hacia lo filosófico, caso frecuente entre mandatarios. Es el diletante que reúne a intelectuales en su salón y se pregunta cosas a cerca de la vida y de la muerte, aunque no siempre su pensamiento coincide con sus actuaciones, porque la doble moral es una treta común en el cálculo de resultados.

Como se ve, la poesía antioqueña nace bajo los más ilustres auspicios. El cambio de manos se produce mucho después.

Otros nombres deben ser tenidos en cuenta, por distintas razones, en el siglo XVIII. Muchos poetas han emigrado siempre y se han asimilado a distintas subculturas, mas se les sigue considerando según su lugar de origen. Asimismo, otros, de variada procedencia, se han convertido en hijos adoptivos de Antioquia.

Entre los emigrantes, el primero de ellos parece ser don Juan de Dios Morales (Rionegro 1767), tío de José María Salazar. Vivió en el Ecuador, en donde se constituyó en uno de los personajes de su historia. Fue fusilado en Quito en 1810. Pero toda la influencia que pudo haber tenido como poeta pertenece a aquel país.

La mística aflora en una pobre mujer a quien sus correligionarios intentan presentar como la primera poetisa antioqueña: María Francisca Pascuala Javiera de la Santísima Cruz Arango y Angel (Medellín 1762), conocida como la Venerable Sierva del Señor Francisca de la Cruz. Para evitar nombres tan largos le decían simplemente "Pachita". Quedan de ella unos cuántos versos pasados por la mano de su biógrafo, Fray Rafael de la Serna.

3. El Siglo XIX empieza en cero

Entre las varias posibilidades que se ofrecen optamos por la ordenación cronológica como la más simple y comprensible, y la que resuelve la mayor parte de los problemas que se presentan, tanto al

historiador como al lector. La fecha probable de las primeras publicaciones de un poeta resulta difícil de establecer en la mayoría de los casos y ese dato no constituye garantía de nada. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que por lo general se efectúan sobre los veinte años.

En la cronología es necesario hacer notar el descuido que predomina entre los editores con respecto al manejo de fechas, las cuales en algunos casos presentan variaciones significativas. Fechas y lugares de nacimiento se adjudican muchas veces por aproximación, práctica que subsiste hoy en día. Algo parecido ocurre con las obras, las cuales cambian de autor o se enumeran disparatadamente.

Al entrar en el siglo XIX no se encuentran poetas durante los primeros quince años, lo que quizá se explique por coincidir con las guerras de independencia. Antes de Gregorio Gutiérrez González (La Ceja

1826) no había prácticamente nada. Federico Velásquez (Sonsón 1819) es imitador de Gregorio ("Un verano en Porce" está calcado del Cultivo del Maíz), y José María Facio Lince (Medellín 1816) no vivió lo suficiente como para haber logrado algún fruto agrícolal del árbol prohibido de la poesía.

El poeta que alcanzó más larga vida (Juan Clímaco Arbeláez) murió a los ciento cuatro años, y el poeta que murió más joven (Edgar Poe Restrepo) se suicidó a los veintidós, siendo el promedio de vida de los poetas antioqueños de 60.6 años.

Gutiérrez González no sólo es el primer poeta del siglo XIX, sino también el padre de la poesía antioqueña. Surge por su propio genio, sin antecedentes, a no ser José María Salazar, cuyos descriptivos endecasílabos de rima asonante preanuncian algo como el Cultivo del Maíz.

No toda, ni la mayor parte de la obra de Gutiérrez González conserva hoy el valor que tuvo en otra época, pero el prestigio de su nombre permanece intacto y por lo menos dos de sus poemas han pasado a ser patrimonio intocable del pueblo antioqueño: "Aures" y la "Memoria Científica del Cultivo del Maíz". Cuando el amor y el respeto de todo un pueblo hacia una obra se mantiene por tan largo tiempo, es porque en ella se identifica y ese sentimiento merece por lo menos el silencio de cualquier otro análisis. Lo mismo se ha probado suficientemente con la poesía de Barba-Jacob.

Tanto Ernesto González y León Zafir (en 1953) como Francisco Villa López (en 1962) encabezan sus antologías de la poesía antioqueña con el nombre de Gregorio Gutiérrez González, y lo mismo han hecho otros compiladores, porque se dan cuenta de que sus trabajos carecerían de base si no toman el punto de partida que está cimentado históricamente.

Si no respetamos la tradición, nunca tendremos una tradición. Y un pueblo sin tradiciones es un pueblo que se entrega fácilmente. En Antioquia se comprende muy bien este principio, en razón del cual opera la defensa instintiva de un gran pueblo.

4. Entre Gregorio y Epifanio

A partir de Gregorio se inicia una larga lista de poetas que escriben con varia fortuna, para todos con mucho entusiasmo.

Obviamente, ese entusiasmo debe responder a algún estímulo proveniente de la comunidad. Sin un estímulo de esa naturaleza ningún arte o actividad puede desarrollarse. Es muy común la creencia de que los poetas van a contrapelo de la sociedad, pero no es verdad. Durante el siglo XIX y primera mitad del XX la poesía fue muy apreciada, pese a que los poetas no siempre estaban en capacidad de responder con justeza a las expectativas del público. En los últimos años numerosas propuestas atraen la atención de las gentes y los poetas entran en la competencia de productos.

Para este estudio consideramos como poetas, no a todos aquellos que hayan dado publicidad a algunos versos, lo que resultaría difícil e inútil, sino a aquellos de quienes se conserva memoria por las diferentes razones que un pueblo tiene para incluir en el inventario a algunos de sus miembros: alguien sobresalió en una época, tuvo la suerte de componer un poema que fue suficiente para que aquella relación lo incluyese, o publicó libros que inscribieron su nombre en la historia.

Del mucho aprecio que ha existido en Antioquia por el arte de la poesía dan cuenta no sólo la memoria popular sino también las bibliotecas, en las cuales se guarda con celo -aún en manuscritos y

álbumes- prácticamente toda la poesía de la región. Trabajos poco significativos se conservan con respeto y afecto, pese a los epítetos de cacharrero y mercantilista que soporta el antioqueño, de ningún modo desdorosos, puesto que la historia de los pueblos suele ser en principio la de su comercio.

En un libro que el autor prohíbe citar se lee que "todo antioqueño es poeta, mientras no se le pruebe lo contrario". Lo mismo se dice de casi todos los pueblos, de donde resulta que el sentido poético es innato en los seres humanos. Por lo tanto carece de objeto preguntarse para qué la poesía. Antiguamente la poesía se definió como "los ojos del alma".

Es indudable, sin embargo, que ha persistido la fácil confusión entre verso y poesía. En la historia de Antioquia abundan los versificadores, mas no así los poetas.

Ricardo Campuzano (Rionegro 1828) cultiva en la línea de Francisco Ignacio Mejía el verso humorístico entremezclado con lo sentimental. El acierto de esa mezcla parece evidente si consideramos que aún se le cita de memoria:

*Al pie de un sauce llorón
la pobre niña cantaba;
y era tanta su aflicción,
y tan triste su canción,
que el sauce llorón lloraba.*

Este madrigal es típico de la época: composición forzada sobre un verso o estrofa previos, en la que sobresale el ingenio repentista y la facilidad de versificación.

Esa facilidad llevó con frecuencia a los encadenamientos poéticos mediante los cuales varios vates participaban en series de poemas originadas a partir de un primer texto. Epifanio escribe "Quiere Amanecer" (1869) y Ricardo López le contesta con "Quiere Anochecer" (1878), año en el cual José Joaquín Hoyos escribe "Anocheció". De ese modo, parodiándose unos a otros, no sólo se entretenían ellos, sino que divertían a los demás y los interesaban en temas literarios. Es aún célebre la serie poética derivada de un soneto de Santiago Vélez Escobar "Al Juez Supremo, en uso del derecho que consagra la Ley 57 de 1905". Del mismo modo cruzaron poemas Domingo Díaz Granados (Medellín 1835) y Gregorio Gutiérrez-González.

Para esta época las difíciles condiciones de la vida en las solitarias montañas habían formado ya un carácter esforzado, pero melancólico y quejoso, con sentimientos que no hallaban objeto en qué emplearse. Las dificultades engendran inconformidad, éxodo o resentimiento, y complejos que llevan directamente a la violencia. Las consideraciones filosóficas alternan con el llanto en los poetas y ese es el escenario que encuentran Gregorio y Epifanio, el cual se esfuerzan en transformar por medio del canto heroico, pero ellos mismos caen en desgarradoras elegías, y al fin triunfa la mayoría, o sea los llorones. Hasta muy avanzado el siglo XX la poesía antioqueña es una poesía de huérfanos. Sus títulos: "Solo", "Abandonado y Triste", "Sin Madre", "Sin Corazón", etc., una verdadera desgracia.

Julio Vives Guerra (Antioquia 1873), quien fue el primero en zaherir a los llorones, decía que esa no era poesía lírica, sino poesía líquida. Por fortuna siempre existió la poesía festiva para contrarrestar un poco el coro de lamentaciones, y la vena jocosa continúa en Pedro A. Isaza y Ceballos, quien se inicia en 1868.

Con el carácter se definen una temática y un tono que permanecen inalterables durante más de un siglo. La fidelidad mal entendida a las tradiciones implica hacerse impermeables a las influencias externas, y la poesía antioqueña se niega a ser revitalizada hasta el punto en que la fidelidad al carácter se convierte en falta de carácter, débil e insegura, la mediocridad se escuda en la tradición. Cuando quiera que alguien presentó intentos modernizadores se le atajó con el calificativo de extranjerizante.

La visión panorámica de la poesía antioqueña -digámoslo de una vez- nos muestra dos fundadores (Gregorio y Epifanio) y dos altos árboles solitarios (Porfirio Barba Jacob y León de Greiff). Por debajo de ellos el bosque parejo y el rastrojo, si bien ese bosque ciertos árboles son de mejor madera y brillan aquí y allá algunas raras flores.

Temática predominante hasta mediado el siglo XX es la bucólica (paisaje, animales, ríos, con muchos cantos al Salto del Tequendama); la sentimental (madre, corazón, niños, amigos y aquella ingrata que sabemos); la religiosa (que no alcanza al misticismo, sino que se queda en procesiones, ritos e imágenes); y la preocupación por la muerte (que tampoco

va más allá del cadáver, el sepulcro y los cementerios, todo ello regado con abundantes lágrimas). Tristeza, soledad y angustia han sido constantes de la poesía antioqueña, no sólo por haber pasado tardíamente por el Romanticismo, sino en parte debido a la producción de los jóvenes, que son tan tristes a causa de la educación y el trato que reciben. Barba-Jacob, León de Greiff, Ciro Mendia, muy poco estudiaron en colegios y así pudieron salvarse, aunque se notan en ellos los defectos de la autodidactia.

Unos pocos poetas intentaron enriquecer su temática con referencias culturales extranjeras y mitológicas, pero siempre sonó falso e impropio. Los dioses griegos y romanos no se movían bien en nuestras florestas y aquellos intentos resultaron un fiasco hasta que Barba-Jacob y De Greiff lograron por fin aclimatar una que otra ninfa y algún fauno travieso.

Gregorio y Epifanio, Porfirio y León de Greiff, son los únicos que alcanzan vuelo soberano. Los que nacen entre Gregorio y Epifanio, y los que nacerán después durante el siglo, derivan todos literariamente de éstos, pero conservan amarras con la tradición anterior, que todavía no estaba bien definida.

Es conveniente apreciar el estilo de la época:

Alejandro Villegas Bravo (Rionegro 1829):

*Si alguna vez entre brillantes galas
bello el placer se nos presenta alegre
y con su aliento animador embriaga,
¡Cuán inocente el corazón lo aspira
y cuán sencillo en su ilusión se engaña!*

Federico Jaramillo Córdoba (Medellín 1831):

*No hay puerto aquí, no hay rada, no hay
orilla;
no hay brújula ni remo en este mar;
sus olas son los años y los siglos,
su horizonte sin fin, la eternidad.*

Arcesio Escobar (Medellín 1832):

*Y Medellín en la mitad del valle,
como una virgen sobre verde alfombra,
de palmas y de sauces a la sombra,
y bajo un cielo hermoso de cristal.*

Basiliso Tirado (Belmira 1832). A su muerte en Quibdó escribió Epifanio un lamento o desvarío que debió ser estremecedor en esa época. Hoy lo vemos con curiosidad asombrada, aunque de todos modos impone respeto por la nobleza de la actitud y la autenticidad del sentimiento. Basiliso sabía ser tan lúgubre como Epi-

fanio, pero preferimos traer aquí una muestra de un canto al río Atrato:

*En tu montañoso origen
precioso río, te he visto
corriendo en tu fresca selva
bullicioso y cristalino.*

*De blanca espuma cubierto
cual de algodones vestido,
de roca en roca saltando,
juguetón como los niños.*

Domingo Díaz Granados (Medellín 1835) es el amigo que al preguntarle a Gutiérrez González "¿Por qué no cantas?" provoca la célebre respuesta de éste en el poema "¿Por qué no canto?". Las estrofas de Díaz Granados empezaban así:

*Niño era yo, cuando por vez primera
el son dulcísimo de tu arpa oí;
y al escuchar tu trova lastimera
ardiente lágrima correr sentí.*

Gregorio y Epifanio vienen, cómo no, de aquella tradición húmeda del sollozo, pero en un momento de lucidez se limpian los mocos y dan unos gritos que resuenan por selvas y montes, destinados a despertar a la poesía antioqueña. Los poetas oyen los gritos que los convocan a un destino más alto, pero no reaccionan.

Llorones, claro está, no fueron en esa época sólo los poetas antioqueños. Se trataba de un fenómeno, nacional y continental, inducido por el pseudo-romanticismo. Los antioqueños -sentimentales- no tenían por qué ser la excepción.

"El pseudo-romanticismo -escribe Rafael Maya- tendencia muy propia de estos pueblos, encuentra clima apropiado para su desarrollo en el innato sentimentalismo de esta raza, tan habituada a la quejumbre, al lloro y a la desesperación".

5 Hasta Porfirio Barba-Jacob

No todas las tradiciones antioqueñas son enaltecedoras. Algunas, como la poesía, dejan mucho que desear. Con no poca megalomanía, como corresponde a un pueblo joven, se ha permitido la formación de falsos mitos, los cuales debieran ser desmontados si se desea tener una apreciación correcta de la historia.

La costumbre, útil y necesaria, de hacer frecuentes recapitulaciones, presenta sin

embargo el defecto de que en la parte final de cada una la falta de perspectiva conduce a deformaciones históricas, tanto más difíciles de corregir después, cuanto que existe la práctica de repetir lo que otros dijeron, sin actualizar los análisis.

En la Antología de Poetas de Antioquia preparada por Ernesto González y León Zafir en 1953 se distinguen dos épocas: la primera se inicia con Gutiérrez González y la segunda con Barba-Jacob. Eliminan lo que antecede a Gutiérrez González y desconocen a León de Greiff, quien por ese tiempo finalizaba su obra. Quizás entonces las cosas pudieran verse de tan simple manera, pero hoy disponemos de un mejor lugar de observación en la historia. Claro está que aquella Antología fue hecha con el ostensible propósito de resaltar la producción de los antologistas, lo que le resta objetividad.

La antología "Poemas de Antioquia" que publica Francisco Villa López en 1962 está de acuerdo con la anterior en tomar a Gutiérrez González como punto de partida, mas no está sustentada conceptualmente y por lo tanto resulta caprichosa.

La breve antología preparada por Oscar Hernández Monsalve en 1961 empieza con Manuel Uribe Velásquez (Amalfi 1867) e incluye treinta y ocho nombres. Es un trabajo deficiente, apresurado y arbitrario, en cien mil ejemplares. Pero en el prólogo expone conceptos que merecen ser reproducidos aquí:

"Cuanto a la poesía que se hace en esta época —dice— nos parece que peca por exceso. Por exceso en el deseo de parecerse a los grandes maestros del viejo continente, hechos —hecha esa levadura— en un maravilloso laboratorio histórico que nos pertenece. Una y otra generación olvidaron alguna cosa, y una y otra han saltado las barreras del equilibrio para convertirse en ecos de una voz que no corresponde a los pueblos de América. La obra poética de la "nueva ola" está hecha con elementos humanos definitivamente pobres, pero cargada de una intuición que, en un momento de honestidad, podría ser maravillosa".

No menos de sesenta y seis poetas pueden contarse desde Pascual Bravo hasta Miguel Angel del Río, en los cuarenta y cinco años que van de Epifanio a Miguel Angel Osorio. Como todos los poetas antioqueños, son por lo general circunstanciales. Una muerte, una parti-

da, un acontecimiento social o religioso, un paseo, el álbum de una amiga, cosas así, son los motivos que hacen vibrar las cuerdas de su lira, como decían ellos mismos en el lenguaje de la época. Los poetas para quienes la poesía constituyó su principal pasión fueron excepcionales.

La mayor parte de la poesía antioqueña está dominada por la inconsciencia de los poetas, y eso es lo que los convierte en circunstanciales. Pesa demasiado en ellos una cierta vergüenza, que aún subsiste, por la condición de poeta. En efecto, la poesía lacrimógena no se origina en las poetisas, quienes más bien resultan hilarantes. Son los hombres los que lloran, y tal vez por eso era que los padres se desconcertaban cuando parecía que algún hijo les iba a resultar poeta. Mientras el poeta empieza negándose a sí mismo, no podrá realizarse cabalmente. Por falta de concepto los poetas no han sabido lo que hacen. Hasta René Uribe Ferrer, fervoroso antioqueño, se ve obligado a expresar que nuestros versificadores no llegan a mediocres.

Sin embargo todos estuvieron orgullosos de su facilidad para versificar. No desaprovechaban ocasión o la buscaban, y casi le agradecían a la esposa que se muriera para tener la ocasión de hacerle unos conmovidos versos, generalmente un soneto. Fueron muchos los que efectuaron largo viaje hasta el Salto del Tequendama, y si no se arrojaron ellos, por lo menos despeñaron la poesía en una cascada de cursilería y bobada digna de Bochica. Clodomiro Castilla (Medellín 1840) se para firmemente al borde del abismo, y exclama:

*Ya estoy aquí sobre la abrupta roca,
do tu caída, Tequendama, empieza!*

Cuanto a la naturaleza, las descripciones de los poetas fueron vívidas y cargadas de auténtica emoción. Su realismo copia en colores originales paisajes tal vez para siempre desaparecidos de nuestra vista. A través de ellas constatamos dramáticamente la gran transformación y el gran desastre que se ha operado en tiempo relativamente breve. Las descripciones del valle de Medellín, especialmente, muestran un paraíso desaparecido, un edén aplastado por la discutible civilización que hoy nos enorgullece. Ricardo López Carrasquilla (Anorí 1841)

refiriéndose a la quebrada Santa Elena la pinta así: "En el fondo del agua limpia y pura / brillan piedras rosadas y amarillas". El cielo sobre Medellín es de un azul cristalino, los horizontes alrededor aparecen con traslúcida nitidez, y todo el valle rebosa de lindezas que producen añoranza.

Utilidad de la poesía es la capacidad que conserva de presentarnos tiempos y sucesos pasados con los luminosos tonos de una realidad que no puede aprehenderse tan intensamente en los frios textos analíticos. Por eso la poesía (en verso o en prosa) es la mejor crónica de una sociedad. Se preservan en ella atmósferas, olores, colores, sabores, matices, formas de ser y sentir que se transfieren por la magia del arte de una a otra generación, y que le están vedados al simple historiador o al ensayista. "Durante la segunda mitad del siglo XIX (citamos a René Uribe Ferrer) Antioquia fue tomando conciencia de sí misma, de sus cualidades y sus limitaciones, por medio de la obra de los poetas más representativos de entonces, fenómeno que no se observa en ninguna otra sección de Colombia."

Bastan unos pocos poetas, como en este caso, para que la poesía cumpla con su función social. ¿Por qué Antioquia aprecia tanto a Gregorio y a Epifanio? Porque son los únicos que expresan al pueblo antioqueño. Los demás sólo se han expresado a sí mismos y tienen por consiguiente un lugar en los archivos. El caso de Barba-Jacob y de León de Greiff es distinto. No pueden ser calificados únicamente como poetas antioqueños. Son los dos grandes hombres que Antioquia le ha dado a la poesía en lengua española.

Hoy, Antioquia y Colombia se enorgullecen de Barba-Jacob y de León de Greiff, pero es verdad que en vida no se les supo apreciar. Si el Ministerio de Educación incluía a Barba-Jacob en el texto de literatura para colegios, los profesores se encargaban de hacer pasar con escarnio "esa doliente hoja". A Barba se le odió y despreció a Antioquia hasta cuando ya se hizo imposible ignorarlo, y además su gloria aportaba para el Departamento un papel en ascenso. En cuanto a León de Greiff, también se le odió acerbamente porque no se le comprendía, pese a ser muy claro. Porque era distinto a todos, se le atacó y ridiculizó. Pasados unos cuantos años desde su muerte, el pendón de León

campea en la poesía por sobre el olvido absoluto de cuantos intentaron burlarse de él. Y esto también es parte de la historia.

Los grandes abuelos, Gregorio y Epifanio, se ocupan de los temas de su tierra. Barba-Jacob y León de Greiff se ocupan más de sí mismos, son autobiográficos. En los primeros existen el sentimiento colectivo de los comienzos de un pueblo. Los otros son exponentes del individualismo, producto refinado de la cultura.

La poesía antioqueña es insular, geográfica y culturalmente separada del resto del mundo. En ese aislamiento se define una personalidad original, sin parangones ni modelos, pero las posibilidades evolutivas se estancan por largo tiempo. Las transiciones se van haciendo tan lentamente, en una continuidad tan rigurosa, que no se notan. Cuando menos se piensa, esta poesía empata con el piedracielismo, sin que se observe nunca una ruptura. El vínculo de la poesía antioqueña con la poesía universal se da a través de Barba-Jacob y de León de Greiff. Lo demás es parroquial, hasta años muy recientes.

El plan que trazamos no contempla hacer mención de todos los poetas en el curso de dos siglos, cuyo censo está por los doscientos nombres.

En el lapso correspondiente a este subtítulo hallamos dos figuras de importancia y un notable grupo que, a su celebridad en otros campos, aúna la poesía.

Juan José Botero (Rionegro 1840) y Manuel Uribe Velásquez (Amalfi 1867) escriben en la tónica dada por el Tío Pacho composiciones alegres que se hacen muy populares. Hasta los poetas más retorcidos de hoy recuerdan con inocultable agrado los fáciles versos de "Quiero ser gato".

En este punto resulta útil al propósito de la historia mostrar, a través de unos pocos versos característicos, cómo escribían los poetas de aquellas generaciones que culminan en Porfirio Barba-Jacob.

Pascual Bravo (Rionegro 1838). Elegido Presidente del Estado de Antioquia en 1863. Muerto a los 26 años en el campo de batalla:

*Sólo el honor dirija mis acciones,
el valor y la fe le den firmeza:
que jamás la traición y la bajeza
puedan, Señor, mi alma dominar.*

Fidel Cano (San Pedro 1854), fundador de El Espectador:

*Al sentaros a la mesa
y partir, niños, el pan,
acordáos de los pobres
en cuya casa no hay
ni mesa, ni pan siquiera.*

Antonio José Restrepo (Concordia 1855), famoso como "Ñito Restrepo". Político, diplomático, escritor, hombre importante cuyo prestigio le viene justamente de no haberse apartado nunca de las formas populares:

*Hijo de agrestes montañas
vivas siempre en mi memoria,
por la altivez de sus cimas,
por su pasado de glorias.*

Tomás Carrasquilla (Santo Domingo 1858), personaje principal en el capítulo anterior:

*Desconfíe la Duquesa
de apariencias y de formas primorosas:
las etéreas y nevadas e ideales mariposas
que al volar parecen almas de azucenas y
ababoles,
no son más que unos gusanos muy vulgares:
los gusanos pegajosos de las coles.*

Julio Vives Guerra, seudónimo de José Velásquez García (Santa Fe de Antioquia 1874), el que se burlaba de los poetas melancólicos:

*¡Que vuelva! ¿A qué vuelvo, si no hay quién
me aguarde,
si nadie me espera, si todos han muerto,
si apenas la triste brisa de la tarde
salmodia en las fronteras de mi antiguo
huerto?*

En el período a que nos referimos aparecen las primeras poetisas:

Elena Facio Lince, autora de un Canto a Medellín; Rosario Grillo (Sonsón 1856) y la Madre Laura Montoya (Jericó 1874), quien escribió poesías de carácter religioso.

Así como de pronto, de delgado mantillo, surgen robustos Gregorio y Epifanio, el humus que se ha ido formando durante más de un siglo da origen a Porfirio y a León (León es, desde luego, León de Greiff). En un riguroso estudio de la literatura colombiana realizado conjuntamente por Javier Arango Ferrer, Eduardo Mendoza Varela y Eduardo Pachón Padilla, no aparece ningún otro poeta antioqueño.

6. De Barba Jacob a León de Greiff

Las dos corrientes principales que vie-

nen desde el comienzo concluyen así: la de los llorones en Barba-Jacob y la de los humoristas en León de Greiff, quienes las depuran y enaltecen, llevándolas a su máxima expresión artística.

Con frecuencia se oye decir que la poesía moderna en Antioquia empieza con Barba-Jacob, pero no es así. Ni con Barba-Jacob ni con León de Greiff empieza ni termina nada. Los dos son solos, únicos, inimitables. Barba-Jacob no fue prontamente conocido ni totalmente aceptado. Se necesitó que Juan Bautista Jaramillo Meza viajara a La Habana en 1915 y conociera allá a Barba-Jacob para que, a su regreso, intentara sin mucho riesgo asimilar la lección. Pero un hombre atado a todos los convencionalismos estaba físicamente impedido para levantar vuelo alguno.

Por debajo de Barba-Jacob y de León de Greiff, aunque en manos ilustres, la poesía se expresaba del siguiente modo:

Francisco Rodríguez Moya (Santa Rosa de Osos 1884). Ingeniero, senador, gerente del Banco de la República en Medellín, ministro de Agricultura. Escribe para burlarse de León de Greiff:

*Suena aquí un trío trémulo
de numerosas chirimías:
tu voz, divino bombardino,
está grávida de armonías.
Desdeñas la pauta,
el ritmo y la flauta,
la música antigua,
somera, meliflua y exigua,
la música incauta.*

Francisco Villa López (Anorí 1889), conocido como "Quico Villa". Compilador de la antología "Poemas de Antioquia" (1962), última que se han publicado, en la cual incluye setenta y siete nombres, entre ellos -con intención de burlarse de la poesía moderna- a José Ignacio Lora (personaje típico apodado "Lorita", nacido en Guasca, Cundinamarca) y a Manuel Salvador Ruiz, repentista que fue muy popular como "Salvo Ruiz". Muestra característica de sonetista adocenado:

*Conferencia el arroyo en su corriente
sobre el vestigio de la hora. Un grillo
amedrenta el espíritu amarillo
que flota, de la luna, en el relente.*

Tomás Márquez (Medellín 1890), periodista, profesor universitario, firmó como don Lope de Azuero. Murió "impregnado de un extraño misticismo":

*Porque la Tierra es buena, Dios la llena de rosas;
como el agua es sumisa, el Cielo le da estrellas.*

Rafael Jaramillo Arango (Sonsón 1891), escritor y panida:

*Otra vez en prisiones prisionero,
Señor Amor, me tienes. Fue tu dardo
Para herirme tan fiero y tan certero
que esperanza de paz ninguna guardo.*

Juan Bautista Jaramillo Meza (Jericó 1892). Académico, casado con la poetisa Blanca Isaza. Fueron coronados en Manizales en diciembre de 1951:

*Quise escribirte un canto de inspiración suprema,
digno de egregio numen, cual nunca lo senti,
y se quedó en el alma temblándome el poema,
pues no encontré palabras para loarte a ti.*

*En un dulce rincón americano
hallé lo que buscaba mi ambición:
una mujer incomparable, un techo,
unos libros, un pan, una canción.*

Gonzalo Restrepo Jaramillo (Medellín 1895). Senador de la República, ministro de Relaciones Exteriores, embajador en Washington:

*La selva tiene toda la majestad de un rito.
Maravilloso templo de verde columnata,
se inciensa con las bromas de ronca catarata
que ruge bajo el ábside azul del Infinito.*

Carlos Mazo (Sopetrán 1895). A causa de la limitación de actividades que se daba anteriormente, muchos poetas antioqueños estuvieron vinculados a la docencia, entre ellos Carlos Mazo, quien consiguió cierta notoriedad. Su único libro de poemas fue impreso en el Chocó en 1926, lo que continúa demostrando que la poesía tanto va de la selva a la ciudad como de la ciudad a la selva. En la cuarta década de este siglo, por fangosos caminos, llegaban puntualmente a la boca del monte los libros de poesía editados en Medellín o Bogotá. Carlos Mazo tenía una sonoridad que gustaba y el sentido común lo acercaba a lo popular. Por eso sus versos hicieron carrera. Después de la publicación de su libro, su vida fue de andanzas y tertulias hasta 1939. En los años cincuenta se hablaba de él como si estuviera vivo.

Ciro Mendía, seudónimo de Carlos Mejía

Angel (Caldas 1895). Entre Barba-Jacob y León de Greiff, Ciro Mendía es una voz aparte, un gran poeta frustrado, a quien perjudicó el haberse quedado en el Medellín de entonces, limitado a ser "de su calle su mejor poeta". Es el último en manejar con propiedad el humor a la antioqueña, antes de que León de Greiff lo mezclara con la helada ironía y el gesto despectivo. Ciro Mendía fue gran señor en la época en que ese concepto entraba en desuso.

Ciro Mendía, por dispersión, no supo concretar una poética. Dilapidó en el juego verbal sus riquezas y todas las posibilidades que le ofrecía su inteligencia, y terminó haciendo sonetos por montones, con admirable maestría, pero para qué. Abrió caminos a León y a otros, mas al final la ceguera le cerró el propio camino. Ya ciego, el soneto le ofrecía una forma fácil de composición:

LOS MALOS AMIGOS

*Lastimaron mi alma y mis cabellos,
Estos de la amistad simples gazapos.
Me desgarraron los humildes trapos,
Infamaron mi voz con sus resuellos.*

*Quedaron en mi carne marcas, sellos,
Cuando estos notables gusarapos
Me tiraron la leche de los sapos,
Mis bellos sapos de planchados cuellos.*

*Se hincharon de egoísmo y duro viento,
Subieron a su torre de cemento
Y desde allí me lanzan dardos, puyas.*

*Con mis pies les mostré sendas doradas,
Los honré con mis manos desoladas
Y me dieron patadas con las suyas.*

Se ha pretendido que el nombre de Porfirio Barba-Jacob divida en dos épocas la poesía antioqueña. Si ese trabajo debiera estar a cargo de un solo nombre, mejor haríamos en adjudicárselo a León de Greiff. Barba-Jacob no divide nada, sino que más bien él cierra una época. Pero no abre la otra. No es distinto a lo anterior, sino que le da una feliz culminación. En cambio De Greiff es ya otra cosa, completamente nueva, aunque su verso no se desprenda aún del todo de rimas y medidas.

En una apreciación más exacta, desde el punto de vista de la crítica, dos épocas se diferencian claramente en la poesía antioqueña: la primera, que abarca desde el comienzo hasta la década de 1950 y que está determinada por el verso sujeto a rima y medida, y la segunda, que se inicia

en dicha década, determinada por el uso del verso libre y la búsqueda de nuevas formas. Pero quizá tal planteamiento conceda demasiada importancia a lo formal sobre lo sustantivo, y además se trata de una historia demasiado reciente para que pueda ser fijada en un texto como éste. En todo caso, con respecto a la poesía antioqueña no operan las clasificaciones usuales de la literatura nacional.

La clase de estrofa que más aparece es la de cuatro versos, por ser la más fácil. El concepto de poesía como verso medido y rimado llega hasta León de Greiff, encuentra allí su fasto, culmina con él y da paso definitivo al verso libre.

La muy abundante bibliografía sobre Barba-Jacob contiene, desde los análisis más obvios y las explicaciones que abusan de la claridad, hasta los estudios más rebuscados y parcializados, aquellos que por el afán de nuevas interpretaciones retuercen los significados hasta el surdo. Mas de esta poesía no hay mejor exégesis que la repetición de aquél que trata de sacar alma del alma y recita obsesivamente un poema de Barba-Jacob.

La poesía de León de Greiff es de índole muy distinta, no pasional, sino intelectual. Busca al lector culto y desdeña por anticipado a los intrusos, con toda clase de advertencias.

7. El siglo XIX en el XX

Como si existiéramos al tiempo una conciencia, pedimos a los siglos cosas que no están en capacidad de darnos. Decimos al vecino que ya empezó el siglo XX, pero el siglo XX se niega a actuar como tal siglo XX. De modo que empieza el siglo XX y todo sigue como en el siglo XIX.

Las últimas dos décadas del siglo pasado se registran como las más prolíferas en poetas. De 1880 a 1899 nacen no menos de sesenta y seis poetas, entre ellos los dos más importantes de la época moderna, Porfirio Barba-Jacob y León de Greiff, padres de los numerosos poetas actuales, cuya cifra aumenta en proporción a los índices de desempleo. Durante la formación del pueblo antioqueño, cuando todos los habitantes estaban muy ocupados, no aparecen poetas.

La poesía en Antioquia fue siempre versificación con propósitos de desahogo, de entretenimiento y crítica, mucho de costumbres y sobre todo de embeleso con

la facilidad de componer. El gusto por los versos hace que la poesía se reciba con manga ancha y los poetas, a resguardo de la crítica, se estancan en la repetición perezosa y conformista.

Los desaciertos de la incipiente crítica aparecen como justificación del repudio que suscita, aún en la actualidad, siendo los más notables la sobrevaloración de textos y el rechazo a toda innovación. Esa actitud hacia la crítica y las innovaciones aparece como causa principal de parálisis, juntamente con la religión, que se constituye en fundamento de un mundo estático, inmodificable.

Generación tras generación, los poetas se dirigen al Crucificado para quejarse de lo difícil de la vida, lo penoso del trabajo, la inutilidad del esfuerzo, la traición de la mujer. Llaman al hombre "raza desgraciada" y sólo aspiran a morir para descansar u obtener una recompensa. Lo único que se preserva de quejas son los lazos familiares y, por el contrario, las poesías a la madre llegan a ser endémicas. Nacen casi todos en pueblos, y su canto es crédulo e ingenuo, aunque mueren en Medellín y Bogotá, buscando la fama.

Escriben tan parecido unos a otros que todas las voces se confunden en una sola, es decir, se convierten en un canto general que comprueba que el poeta es el pueblo. En la práctica conlleva a que muchos poemas se atribuyen a distintos autores, lo cual es una forma del anonimato.

Durante un siglo, desde mediados del XIX, los poetas descriptivos y costumbristas, que traen en su herencia el humor crítico del XVIII, tienen como ejemplo la poesía lírica y heroica de Gregorio y Epifanio. No hay que culparlos por haber seguido los modelos que tuvieron, puesto que el genio innovador es raro y la novedad difícil de asimilar. Si bien en otras latitudes doscientos años pueden ser mejor empleados, no hay que olvidar que los nuestros son años tropicales, ni las condiciones particulares en que se inicia la cultura en Antioquia. Baste recordar que el primer colegio de Medellín se abre en 1803.

La poesía antioqueña no refleja las etapas históricas de la región más que tangencial y episódicamente. La razón de

ello está en los límites que los mismos poetas se han impuesto, acatando consignas estéticas que reducen el campo de la poesía porque les ofusca la libertad creadora. La poesía antioqueña no ha sido libre. Ha estado condicionada por toda clase de restricciones. No es muy elogioso para los poetas.

Por otra parte, como los límites de las regiones se trazan muchas veces rompiendo la unidad geográfica, étnica y cultural, las artes quedan imposibilitadas para expresar armónicamente una unidad que se ha fraccionado en antagonismos.

Y, más aún, es necesario darse cuenta de que todavía estamos en esa etapa tan primitiva en que un hombre mata a otro para arrebatarse algún bien. La poesía, por supuesto, como quiera que ella es una luz que encendemos y llevamos, no puede ir mucho más allá, si muchas veces, en lugar de esa luz, se lleva un arma.

La historia de la poesía queda incompleta si se limita a los poemas y poetas, como quien prepara una rara colección de plantas, y sería necesario que incluyera el estudio de su influjo en el espíritu de un pueblo. Si no lo hubiese, entonces la poesía no serviría de nada y debiera ser olvidada.

La poesía antioqueña, sea cual sea, ha debido ejercer ese influjo en la sensibilidad, el gusto literario, la ética y el comportamiento de aquel que se abstiene de arrojar la honda a un pájaro porque un día leyó un verso acerca de ese pájaro; como es indudable que la poesía inglesa, y la poesía francesa, por ejemplo, han contribuido a moldear la personalidad y el carácter de sus respectivos pueblos. Tal asunto, sin embargo, no será materia de este capítulo.

Una poesía que en 1986 todavía sigue publicando libros de sonetos tal vez no sea muy enriquecedora, pero de todos modos corresponde a una cultura en un momento dado y su evaluación se confía, como parte de la crítica, al análisis histórico.

Las breves citas de poemas que se incluyen a trechos tienen por objeto

mostrar comparativamente diferentes periodos, y establecer la evolución o continuidad de un género en una literatura. En el lapso comprendido entre León de Greiff y Gonzalo Arango Arias (Andes 1931), quien provocaría fenómenos inesperados a partir de 1958, pueden contarse en los dedos de las manos setenta poetas. Como escriben esos poetas es preciso verlo a través de diez de ellos que conforman una muestra representativa. No es una generación, puesto que nacen entre 1898 y 1926, pero son contemporáneos de la poesía de Barba Jacob y de León de Greiff, y su obra es tenida actualmente por la moderna poesía antioqueña. Con cinco de ellos entramos en el espinoso territorio de los poetas vivos.

Hasta ahora -y ya nos acercamos al final- no han aparecido en nuestra historia sino unas pocas poetisas. Después de León surge la famosa líder política María Cano, quien dejó algunos sentimentales poemitas en prosa (o prosas líricas como se decía entonces, más apropiadamente), y la primera poetisa realmente merecedora del nombre, o poeta como decimos hoy, Blanca Isaza de Jaramillo Meza (Abejorral 1898). A partir de ella se amplía la participación femenina en la poesía antioqueña, con por lo menos una docena de nombres para el período que nos ocupa. Como es apenas lógico, las mujeres comienzan imitando a los hombres y ensayan una voz que aún no se define, pero dos de ellas proclaman la aptitud femenina para la poesía: Blanca Isaza y Dolly Mejía (Jericó 1920), quien es la primera mujer completa de la poesía antioqueña. Las demás no se atrevieron a tener cuerpo, porque la religión se los vedaba, y hablaron en metáforas: "*Mi gavilla dorada desgranaron tus manos*". Dolly Mejía tenía otro lenguaje: "*Se volvieron hombres de repente los muchachos del pueblo*".

Los primeros poetas de esta nueva lista son a la vez los últimos que mencionaremos del siglo pasado, ya que no contamos con espacio para todos, pues hace mucho sobrepasamos el número de páginas asignado por los editores para este capítulo. Son ellos Ernesto González Vélez (Bolívar 1898) y Carlos Martel (Belmira 1899), seudónimo de Alfredo Zuluaga Gutiérrez. Es un poeta poco conocido, al

que no se ha evaluado en su verdadera dimensión. El es el que da de pronto un ritmo nuevo a la poesía antioqueña, paralelo a León de Greiff, pero distinto. Sin embargo no tuvo resonancia, porque la mayor fuerza de León era la dominante. Oigamos cómo suena Carlos Martel.

*En el día azul del verano traslúcido del mes de julio
ando
por el agrio camino que serpea
y cúrvase
bajo los árboles, solicitando
la piedad de las sombras.*

Al entrar en este siglo abolimos la distinción por sexo entre los poetas, de acuerdo con la nueva costumbre. La palabra poetisa entra en desuso, por su aspecto de diminutivo, y las mujeres, con el calificativo de poetisas, aceptan una exigencia mayor. Las favorece también el tono menor que simultáneamente adoptan los poetas. La última poetisa coronada fue Pubenza Restrepo de Hoyos (Andes 1901). La primera poeta es Dolly Mejía. Esto, desde luego, no es importante. Caprichos de los tiempos. Pubenza Restrepo escribía así:

AL TEQUENDAMA

*¡Madeja en convulsión! Borla de grito
suspendida en el pecho de la roca,
donde se vuelve seda el agua loca
al caer al abismo de granito.*

Por eso la coronaron.

León Zafir, seudónimo de Pablo Restrepo López (Anorí 1901). Político y periodista. Autor de una letra muy popular, titulada "Hacia el Calvario", muestra cabal de su estilo:

*Señor, mientras tu plantas nazarenas
suben hacia la cumbre del Calvario,
yo también, cabizbajo y solitario
voy subiendo a la cumbre de mis penas.*

Con versos de esa clase pretendió minimizar la poesía de León de Greiff. Buen ejemplo de lo despistados que han sabido mostrarse los poetas antioqueños.

Alberto Gil Sánchez (Medellín 1912). Abogado. Gobernador de Antioquia. En Argentina publicó un libro con el ambicioso título de "Universo". El prestigio del personaje ayudó sin duda al del poeta, como tantas veces ha ocurrido. Estos sus versos:

ELZIE DE ZUBIRIA

*LLevas a Cartagena entre la copa
de tu pecho que untado de sus lajas
parece un San Felipe de Barajas
o un oleaje al lado de La Popa.*

Y estos:

*De naranja el cabello te rizó Dinamarca,
fugitiva de bronce sobre un alba de Paros.
La soberbia mampara de tus párpados raros
a la lámpara clara de tus ojos enmarca.*

Jorge Robledo Ortiz (Santa Fe de Antioquia 1917). Poeta popular, ampliamente reconocido. Sus temas principales son: la Patria, la Religión y el amor familiar. Sus libros publicados alcanzan a diecisiete, acompañados de numerosos trofeos. Según Francisco Villa López, "decir Jorge Robledo Ortiz es como mencionar juntos a Virgilio, a Homero y a Horacio". Después de esa declaración no queda mucho que agregar. Su poema más famoso, "Siquiera se murieron los abuelos", resulta denigrante para la Antioquia actual:

*"Siquiera se murieron los abuelos
sin ver cómo afemina la molicie".*

Saúl Aguirre Mejía (Medellín 1919). A partir de Saúl Aguirre, los poetas que nacen en la década de los veinte y empiezan a publicar en los años cuarenta, presentan una particularidad bien curiosa: tienden hacia el misticismo, expresado en el lenguaje de los cuaderNICOLAS. Los sonetos a Cristo son su especialidad, y todo en ellos está lleno de azucenas y de lirios, y profundamente pálido.

*Esta es la casa que inundó mi padre
con la dulzura de su fuego claro;
en estas camas hay plegarias tuyas
y sobre las puertas persisten sus dedos.*

*Todas las alcobas guardan su figura
de varón cansado de frutas y besos,
y hasta en la madera o en las telas sucias
encuentro que vuelve y permanece puro.*

Edgar Poe Restrepo (Medellín 1919). Su muerte fue muy lamentada, porque se pensó que con él se perdía una gran posibilidad. Ejemplo característico de su poesía es el siguiente:

*Con qué mano de arcángel o demonio.
Con qué pluma de cuervos o de cisnes.
Con qué hoja de lirios o de ortigas.
Con sangre de qué venas escribiste
Esa palabra...?*

Triste. Sola.

*Qué niños mudos, corazón, y ciegos.
Qué nostalgia en crepúsculos tenía.
Qué horizontes ilimites. Qué pampas.
Qué marineros náufragos, sin islas,
Tenía esa palabra...!*

Triste. Sola

Jorge Montoya Toro (Titiribí 1921). Familia de poetas, sus hermanos Mario y Ofelia lo acompañan en las antologías con sus sonetos a Cristo:

*Este amor que me tiembla entre las venas
—Serafin de la Luz, ángel trinado—
es tu amor esencial, Cristo clavado
en un silencio blanco de azucenas.*

Carlos Castro Saavedra (Medellín 1924). Recibió en 1986 el homenaje nacional y la condecoración del Presidente de la República en reconocimiento a su obra y a su vida, en acto realizado en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Ha publicado treinta y tres libros (el doble que Jorge Robledo Ortiz), entre ellos varios de sonetos (imitativos de Ciro Mendiá) y un "Elogio de la Odontología".

Carlos Castro Saavedra y Jorge Robledo Ortiz son tenidos por la generalidad como los máximos poetas antioqueños, y es conveniente que esto lo registre la historia actual, pues algo significa sin duda en relación con Porfirio Barba-Jacob y León de Greiff.

El estilo de Castro Saavedra queda muy patente en la siguiente estrofa:

*En el pan está Dios, en la colmena
En el tallo, en la flor, en el aroma.
En el aire, en la luz, en la paloma.
En la sal, en la voz, en la azucena.*

Oscar Hernández Monsalve (Medellín 1925). escritor y periodista. Transcribimos un fragmento de su poema "Simón Metálico".

*¿Y quién no ha hablado de Bolívar?
¿Quién no ha dicho que libertó muchas
naciones?
¿Quién no conoce en los museos su vieja
espada?
o la chaqueta de la guerra que se quedó
detrás de un vidrio
Todo eso está ya dicho. Yo miro el mineral.
Bolívar y sus pantalones de bronce
Sobre todos los parques que libertó en
América:
su espada de bronce, su caballo de bronce,
duro el ojo, parado en el último combate.
En todas las plazuelas de la Tierra
le está cayendo musgo al Padre,
musgo a su espada, musgo a todo su bronce
y a los flancos inmóviles de su caballo
muerto.*

En cierta forma, la historia de la poesía es la poesía misma por eso se hace necesario un número de citas suficiente para sustentar la apreciación histórica. El poema que acabamos de transcribir se sitúa muy lejos lo que hasta aquí hemos leído y sólo se emparenta con el fragmento de Carlos Martel. Los viejos maestros han quedado atrás y todos los sentidos han cambiado, empezando por el tan arraigado de la reverencia. Una expresión nueva se deja notar ya en esta época. Durante muchos años la poesía fue lo que tenía que ser y cumplió su función hasta que, como todo había cambiado o estaba cambiando aceleradamente desde fuera, los poetas entrevieron la posibilidad de fundirse en una voz más universal.

El periodo que reseñamos termina con Rogelio Echavarría (Santa Rosa de Osos 1926), quien publica un folleto cuaderpícola en 1948. Su único libro, "El Transeúnte" (1964), reúne toda su producción poética en 750 versos, algunos de la mayor brevedad. El poema que da título al libro es su página más representativa:

EL TRANSEUNTE

*Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.*

*O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.
Bajo sus ojos que me miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.*

*Son un largo gemido
todas las calles que conozco.*

8. El papirotazo, suceso inesperado

El primero que se dio cuenta de que la poesía tenía que cambiar fue Gonzalo Arango, quien se dedicó a promover ese cambio con tal denuedo que diez años después de su muerte aún sigue agitándose la ola de repulsión que levantó su actitud. Pero a la vez con tal éxito, que aún los que rechazaron su propuesta no pudieron ya seguir escribiendo como se escribía antes, y se vieron en la necesidad de entrar en la búsqueda de nuevas formas para no quedarse anticuados.

Se inició entonces un movimiento que, con el nombre de Nadaísmo, se opuso críticamente a la sociedad y la literatura colombianas. Estaba compuesto por grupos de jóvenes que representaban a una generación y se alzaron en rebeldía en las principales ciudades colombianas. Su posición desafiante constituyó un escándalo de proporciones para un país que permanecía aprisionado en el siglo XIX. Mas, como su beligerancia no tenía alcances políticos, en el curso de una década se redujo a dimensiones intelectuales. Cuando apareció la revista "Nadaísmo 70" ya el movimiento había entrado en declinación.

En los años ochenta, cuando las guerrillas de izquierda adquieren un poder de fuego con capacidad para enfrentamientos militares de consideración, y las armas reemplazan a la dialéctica, el Nadaísmo perderá su razón de ser.

Aunque el Nadaísmo se inició en Medellín, no hace parte de la historia de la poesía antioqueña más que por unos pocos nombres. Rápidamente el movimiento adquiere carácter nacional y deja de tener un centro. En Antioquia el rechazo es absoluto. Por primera vez se emplean las fuerzas de policía para impedir que los poetas cambien de estilo. Visto hoy, aquello parece increíble, porque en realidad es el soneto armado de bolillos peleando en las calles contra el verso libre. No parece cosa de historia, sino cuento de hadas.

Gonzalo Arango fue ante todo un líder natural, un promotor que se negó a la industria porque también era filósofo, dos cosas incompatibles en una misma persona. No dejó muchos ni muy buenos

poemas, pero cambió la poesía en Colombia. Le hizo dar el paso a la narrativa, del costumbrismo y lo rural a la temática urbana y social, y en el periodismo su combatividad y lucidez, heredera de los panfletistas, causó verdadera conmoción nacional. En la década del setenta, minado por el hippismo, declaró cancelado el movimiento. Su última obra son tres libros de predicación para un mundo en el cual considera que se ha hecho el vacío.

Su cuestionamiento de nuestra realidad, en los términos explosivos de sus proclamas, alcanzó a todos los estratos sociales y tuvo efectos a lo largo de tres décadas. Quedan los escritores que se formaron con el Nadaísmo, involucrados dentro de un proceso que no ha finalizado y acerca del cual, por lo tanto, no pueden adelantarse conclusiones.

Curiosamente, en un país violento y en la región más violenta de ese país, se rechaza airadamente desde un principio la actitud impugnadora del Nadaísmo. Sin embargo, es una región que tiene la agresividad como garantía de éxito, aunque deje ráfagas de violencia. Los pueblos pacíficos no progresan mucho materialmente, sino que se vuelcan hacia la espiritualidad. En la fachada del edificio de la Alcaldía, en Caramanta, hay esta declaración esculpida en mármol:

"Haya Paz con justicia o no haya Paz".

El Nadaísmo sale de una reflexión sobre el país, no de vanguardias extranjeras, como se ha dicho malamente. De aquellas dos corrientes que se formaron desde el principio, la que está en el origen del Nadaísmo es la de los llorones. Sólo el grupo de Cali aporta humor. Los demás son todos trascendentales. Gonzalo Arango agrega el sarcasmo: **"Ustedes, que se limpian la jeta con elegancia..."**

Hoy se aprecia mejor lo que significó el Nadaísmo en su tiempo, y pueden evocarse aquellos años en que los escritores jóvenes hablaban con toda la boca. La sociedad de hoy (no mejor que la de ayer) ha impuesto el regreso a las medias palabras y a las medias tintas, seguramente porque tiene mucho qué ocultar.

Con el Nadaísmo se presentó por primera vez en Antioquia un grupo literario beligerante, lo que resultaba completamente extraño. Hasta entonces sólo se habían visto el Casino Literario, tertulia finisecular del XIX, y los Trece Panidas,

grupo cerrado de amigos, acerca de cuya revista, editada en 1915, se encuentra información en el capítulo dedicado a publicaciones periódicas, más adelante en esta obra.

A medida que se va definiendo un grupo nadaísta, los demás poetas jóvenes se sitúan por fuera del movimiento y forman una corriente que a poco andar empieza a diversificarse. Lo que los separa no es sustancial, sino más bien cuestión de liderazgos incipientes. Vistas en una perspectiva nacional, sólo son observables dos corrientes: el Nadaísmo, de donde parten las otras por derivación o por oposición, y un panorama entremezclado de influencias diversas, las cuales se van perfilando en algunos nombres.

A partir de la que cabe denominar como generación del medio siglo, referida a Colombia, con orígenes en la posguerra y en la violencia, se hace cada vez más impropio hablar de poesía en términos regionales.

Los poetas nacidos en Antioquia entran en la corriente migratoria, y la poesía antioqueña no se mira aisladamente, por razón del conocimiento que de ella se tiene en el resto del país y la influencia que ha pasado a ejercer.

Que para esta época la poesía colombiana se identifique con características nacionales por encima de las particularidades de cada región, es muestra indudable de que se ha formado una identidad nacional.

Esa identidad, propiciada no por las leyes sino por los más finos lazos de la mezcla, estimulada por las migraciones, constituye en su expresión más honda algo nuevo que la poesía revela por primera vez.

El pueblo antioqueño es resistente, pero angustiado. Por eso aquella corriente primigenia que hemos designado de los llorones, no desaparece del todo y encuentra razón de ser a través de sucesivas etapas históricas.

Cronológicamente, después de Gonzalo Arango siguen: Mario Rivero (Envigado 1935), quien se revela en los libros "13 Poetas Nadaístas" (Medellín 1963) y "De la Nada al Nadaísmo" (Bogotá 1966). Es autor de una poesía particularmente desconsolada y cansina con la que encuentra cercanías el grupo generacional que pasa a denominarse postnadaísta.

Su obra ejerce innegable influencia, y la crítica está conforme en señalar su importancia. Algunos de sus poemas se pueden contar entre los mejores de la poesía colombiana. En su caso consideramos indicado enumerar los primeros libros, por ser los que tienen efectos vanguardistas: "Poemas urbanos" (1966); "Baladas sobre ciertas cosas que no se deben nombrar" (1972), con el cual obtiene por concurso el Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, y "Baladas" (Colcultura 1980), selección de veinte años de trabajo.

Dario Ruiz Gómez (Anorí 1936). Periodista, profesor universitario. Sus principales obras como escritor están en el cuento y la novela. Ha publicado dos libros de poesía: "Señales en el techo de la casa" (1974) y "Geografía" (1978), el cual incluye al primero. Sus textos poéticos asumen un aspecto fragmentario:

*hondamente herido Como el animal que ya
nadie logrará descubrir Para siempre
entre la fronda: en donde es permanente
la vigilia Y pasos que se van perdiendo
Cuando llegamos a pensar que al fin
alguien sabría de ese dolor: siquiera
por el largo trayecto del rastro Por
la extraña duración de la agonía.*

José Manuel Arango (El Carmen de Viboral 1937). Master en filosofía. Por veinte años profesor de lógica matemática en la Universidad de Antioquia. Su obra poética está contenida en el volumen "Este lugar de la noche" (Colcultura 1984). Concisión, claridad y limpieza definen su estilo. "Visita" es una buena muestra:

*si en mitad de la noche
nos despierta un olor de incendio
y abrimos la ventana y entre los árboles
hechos de dura sombra está sólo
el aroma de las frutas en sazón*

*qué más sino la dolorosa alegría
de que nos haya visitado una vez
los rojos querubines del fuego.*



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL ESPECTADOR

Ciudad

Bogotá

Pág.

5

Fecha

17 DIC 1981

Código

B-1162

Lugar

E6

El centenario de Armando Solano

Un estilo que no ha sido superado

HECTOR MUÑOZ

BOGOTÁ

Hace hoy cien años nació en la hermosa población de Paipa, don Armando Solano, quien fue abogado, político, diplomático y formidable prosista. Principalmente hombre de magníficas letras y lecturas, algunos lo calificaron como el "Anatole France colombiano".

Atilados críticos han coincidido en expresar que uno de los mejores columnistas de la prensa colombiana en todas las épocas ha sido Armando Solano, el boyacense raizal y psicólogo social de su pueblo. De estilo nítido, galano, dúctil, sus colaboraciones periodísticas eran pequeñas obras maestras de nuestra literatura. Le ponía al idioma el color ideal y lo manejaba amorosamente.

Huérfano desde muy tierna edad, tuvo en Paipa una infancia triste, que posiblemente influyó en la formación de sus sentimientos. En 1895 concurre por primera vez a la escuela de su pueblo natal; al año siguiente viajó a Bogotá e ingresó al Colegio de San Bernardo, de los hermanos de las Escuelas Cristianas, donde permaneció hasta 1902. De allí pasó a San Bartolomé, luego al Colegio de Boyacá, en Tunja, donde obtuvo su diploma de bachiller. Siete años después la Universidad Republicana, de Bogotá, le confirió el título de doctor en Derecho.

Ya con título universitario, Solano se marchó a ejercer la fiscalía del Tribunal Superior en la provincia de Tundama. Y cuando Olaya Herrera se encargó del Ministerio de Relaciones Exteriores nombró al abogado paipano jefe de la sección de límites. Desde ese momento Solano pudo ya darse a conocer en Bogotá "como hombre de mente diáfana y como liberal de finos quilates", según don Daniel Samper Ortega.

De regreso a Boyacá, hacia 1917, concurre a la Asamblea del departamento por el liberalismo, poco después a la Cámara y, por último, en 1913 y en 1935, al Senado. Su carrera judicial terminó en 1919, año en que ejerció una magistratura en el Tribunal de lo Contencioso Administrativo de Bogotá. En la carrera diplomática, fue cónsul de Colombia en Burdeos y consejero cultural de la embajada de nuestro país en Chile.

Perteneció a la generación del Centenario, llamada por Solano la "generación de la paz" y del nacionalismo ardiente.

El gran periodista

Partidario de la escuela laica y del divorcio, Solano fue un periodista liberal de izquierda. Su pseudónimo de "Maitre Renard" ocupa lugar destacado entre los cronistas colombianos, por la amenidad y por las virtudes literarias que supo encarnar. Durante muchos años mantuvo columnas

diarias en los principales periódicos y en revistas • que él fundó.

Ciertamente, fue en el periodismo donde Solano tuvo las más brillantes actuaciones. El mismo declaró que su nota dominante como hombre de prensa "es la de procurar darle un aire de permanencia y como un estilo de ensayo aun a las páginas más fugaces, por su finalidad". En efecto, como diarista, el estilo de Armando Solano no ha sido superado en Colombia. Se afirma que solamente don Luis Cano puede compararse con él en cuanto al poder de sintetizar hasta lo increíble las ideas, y en la claridad y sencillez del lenguaje". Bordar con paciencia y con cierta pulcritud consideraciones algo profundas al margen de sucesos triviales, tal es mi aspiración... Quisiera convencer al público, siempre tan exageradamente benévolo conmigo, de que jamás leerá con mi firma una frase escrita sin objeto, por matar el tiempo... No me he propuesto alcanzar reputación literaria, pero sí me enorgullezco de que algún día pueda decirse que, en forma firme, aunque modesta, estuve al servicio de la idea que en cada hora juzgué buena y bella". Así se expresa el propio Solano al explicar cómo escribió diariamente por más de seis años en **El Espectador** aquel espléndido "glosario sencillo".

De este Glosario nos deleitamos con columnas como *El ritual de hoy*, *El imperialismo*, *Un tema de meditación*, *Las sociedades secretas*, *El culto de la decadencia*, *Dejad a los niños*, *Suben las letras*, *Idilio eterno*, *Santa Napa*, *La procesión*, *La mascarada y contrastes*, que escribió en **El Espectador**.

Sus aficiones al periodismo eran de vieja data. En 1906 fundó con Guillermo Manrique Terán la "Revista Nueva", donde se inició la oposición al gobierno del general Reyes; después del 13 de marzo, Solano estuvo combatiendo el régimen en "El Sufragio", "La Lucha" y "El Debate". Después bajo la administración González Valencia, trabajó con Olaya Herrera en la "Gaceta Republicana". De allí pasó a redactar "El Diario", ór-

gano de la unión republicana, pues Solano, en sus veleidades políticas, compartió el histórico sofá. Hacia 1913 fundó "La Patria", que vivió cuatro años. De aquí en adelante siguió colaborando en **El Espectador** y **El Tiempo**, sin que ello fuera óbice para que dirigiera otros periódicos, como "Diario Nacional", a cuyo frente estuvo en 1923, por designación que le hizo el general Benjamín Herrera, buen conocedor de la lealtad del escritor paipano. También fue asiduo colaborador en revistas de carácter literario como "El Gráfico", "Cromos" y "Universidad" y en Amberes fundó la revista bilingüe "Ulenspiegel".

Hombre de corazón blando

Samper Ortega dice de "Maitre Renard":

"Por su figura rechoncha y socarrona, ojillos picariles y sonrisa borrosa, y por los aparentes desplantes con que a diario regalaba Solano a sus lectores desde las secciones intituladas 'Hoy' y 'Glosario sencillo', podría pensarse que nos encontráramos ante un caso de reencarnación de algún pérfido nigromante a lo Enrique de Villena, o ante un enciclopedista rezagado. Sin embargo, pese a su aparente escepticismo y al 'humour' que caracteriza sus escritos, Solano es hombre de corazón blando, crédulo en el fondo y padre de familia amantísimo que, a cambio de brindar a su hijo una educación esmerada, se resignó a sustraerse algunos años al ajetreo de las redacciones, que es su elemento, y a vivir lejos de sus amados riscos del 'reino' —como denominaban sus abuelos estos páramos de Cundinamarca y Boyacá—; tal fue la razón de permanencia al frente del consulado en Burdeos, primero, y luego en Amberes".

Otro liberal y escritor de su misma generación, don Luis Eduardo Nieto Caballero, afirmó: "Solano es una protesta viva contra las consagraciones del vulgo y, según el humor le vaya, hasta contra las de la historia".

Como lo han dicho algunos de sus biógrafos, Solano pudo no ser católico, pero fue un místico. Reía, pero era triste, con la melancolía "del indio boyacense", que magistralmente él describió y exaltó. Desconfiaba, y sin embargo se entregaba sin reservas, y en la amistad fue siempre profundamente sincero. Creó entre nosotros un género literario lleno de rebeldía, de piedad y franqueza.

La melancolía de la raza

Solano quiso entrañablemente a Paipa y al resto de su tierra boyacense. Se preocupó por estudiar las constantes de la psicología social del hombre de Boyacá. Y como anota el historiador Javier Ocampo López, también se interesó por interpretar el alma del indio boyacense y describir el campesino de los ranchos y las estancias, las romerías, las chicherías, los aspectos folclóricos de su departamento. En 1927 dictó varias conferencias sobre la "Melancolía de la Raza boyacense", para auscultar en lo más profundo de las raíces etno-culturales, la mentalidad colectiva del pueblo de Boyacá.

"Triste ha sido nuestra raza, porque el medio tropical en donde vive y de donde vino, le presenta un panorama avasallador, de imponente belleza, de complejidad desconcertante que no tolera la pueril vanidad de suponer que lo vamos a dominar un día, a copiarlo, a comprenderlo o cantarlo".

Dice Solano que no se puede comparar la profundidad de la filosofía de la vida de los boyacenses, con muchos libros de máximas y reflexiones que

existen en el mundo. En sus meditaciones sobre la vida, los boyacenses dicen mucho más y mejor sobre la vanidad de su existencia, en sus comentarios, réplicas y coplas, "que todo cuanto contó Salomón desde la gloria de un trono que se desleía bajo el embote de su lírica concupiscencia".

Y por sobre todo, su comarca. Solano escribe: "...es en Boyacá en donde reside la patria; que las cualidades de mis sufridos y valerosos paisanos, su paciencia, su tenacidad, su sobriedad heroica, su malicia previsora, son las que un estadista prudente debería preconizar y exaltar como las grandes de las virtudes nacionales".

Sobre la región de Paipa escribió bellísimas páginas, que nunca serán superadas.

Entre las numerosas obras que escribió Armando Solano, podemos mencionar: *La convención de Ibagué*, *Glosario sencillo*, *La melancolía de la raza indígena*, *Prosas*, *El alma boyacense*, *Paipa, mi pueblo*, *Notificaciones*, *Colombia país de ciudades*, *Apuntaciones sobre papel moneda*, *Carta al doctor José Joaquín Casas sobre cuestiones religiosas*, y se interesó por el estudio de algunas personalidades del país, entre ellas Antonio José Restrepo, Vargas Vila, Barba Jacob, Balamero Sanín Cano, Luis Tejada, Emilio Murillo, Julio Flórez, José Asunción Silva y Rendón.

Un derrame cerebral acabó con la carrera de escritor de Armando Solano, en 1947. Falleció en 1953. Al cumplirse el centenario de su nacimiento, lo recordamos con verdadera devoción e infinita admiración.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico	EL ESPECTADOR	Ciudad	
Pág.	2A	Fecha	17 DIC 1987
Código	EX-0102	Lugar	ES

(Después de un año

Sabe el país de sobra quién fue Guillermo Cano y cómo fue su vida. La verdad es que no se le evoca, se le tiene siempre presente. Y su presencia, como fuera su vida, tiene el discreto estremecimiento, si así puede decirse, de lo que no quiere hacerse notorio. Por eso, precisamente, su vida sigue siendo una lección esperada y consentida: la espontaneidad, la bonhomía, el aire familiar y tranquilo que no se impone sino nos envuelve. Su figura no acaba de pasar. Está aquí, y permanece, pero no como un reto, ni siquiera como un reproche, tranquilamente como una cordial invitación a no dejarnos amedrentar. La lección está aprendida. Y seguimos detrás de sus huellas.

Ha pasado un año. Colombia en todo este tiempo ha ido acumulando decepciones y sinsabores. Ha recrudecido la violencia. La inseguridad nos cerca y asfixia. Cobra nuevas víctimas inocentes y el narcotráfico condena a muerte a los honrados. La guerrilla se esconde en supuestas razones ideológicas para transitar los caminos vedados de la delincuencia común. Los partidos políticos siguen despedazados en manos ineptas y desprovistas de generosidad y de grandeza. Continúan abatidos los valores morales, en tanto prospera el utilitarismo comercial de las conciencias. La justicia en entredicho. El Congreso en medio de un aire enrarecido de incredulidad y desgano patriótico. El propio Gobierno, alejado de sus promesas y tardo en sus actos. En fin, si Guillermo Cano volviera a nosotros, y viera todo esto entendería muy bien cómo le fueron ahorrados muchos más dolores que los que se llevara consigo hace un año.

Es cierto. El país ha empeorado. Pero siguen existiendo reservas morales y políticas atentas a su escabroso discurrir. De las alteraciones sociales que nos conmueven van surgiendo lentamente los valores políticos que atisban el porvenir. Una avizora conciencia busca afanosamente nuevos caminos. Existe, por lo menos, la sensación de que aquí todo debe cambiar, en el orden político, en el ético, en el sentido de la construcción nacional, en el regreso a una clara noción de patria. Todo cuanto estaba implícito, y se encendía como una luz en el camino que nos señalaba casi sin proponérselo Guillermo Cano. Si ahora, después de un año, en medio de tantos factores adversos, se entrelaza la esperanza con la decepción, es porque el optimismo que de su tesonera lucha se desprendía nos comunica aún su fuerza.

Las sombras entenebrece todavía el crimen. A su alrededor, el silencio. No se trata de la necesidad o el requerimiento del castigo, sino de volver serenamente a la limpidez de la vida. Si el misterio se desgarrara, los colombianos indudablemente podríamos en adelante dormir más tranquilos. Es apenas cuanto la hombría de bien merece y espera.

A los soldados franceses se les enseñaba que debían morir con las botas puestas y en su puesto. Así murió Guillermo Cano. Es el legado que nos deja. El de su permanente vigilancia. Su oído atento. Y su máquina de escribir. No la abandonó jamás, pese a cuantas amenazas recibiera para amedrentarlo. Ojalá esa lección se multiplicara en estos días de oprobio. Y que nadie se ausentara de su sitio de combate, bajo la presión de la inseguridad y la amenaza.

Hace un año, y parece que hubiera sido ayer.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico	EL ESPECTADOR	Ciudad	Bogotá
Pág.	1A - 1CA	Fecha	17 DIC 1987
Código	B.C. 10.2	Lugar	E9

La noche negra del periodismo

IGNACIO GOMEZ G.

BOGOTÁ

Hace exactamente un año las máquinas de los periódicos tuvieron que detenerse. Los periodistas, confusos al no poder separarse emocionalmente de la noticia que debían empezar a trabajar, cedieron un instante a la tristeza antes de sentarse de nuevo ante el procesador de palabras.

Era un cierre de edición normal. Sólo un poco más bullicioso, pues la redacción de **El Espectador** comenzaba a impregnarse de esa alegría colectiva que suelen traer las navidades. Don Guillermo le hacía sugerencias a "sus muchachos". Había estado, con sus gafas sobre la frente, escogiendo fotografías en el archivo y —antes de salir— se paseó por el salón de armada para aportar sus últimas ideas en ubicación y enfoque de las noticias.

Desde la mañana se había seleccionado otra triste información de primera página. Nuestra corresponsal en Miami, Amparo Hurtado de Paz, había sido asesinada con su esposo e hija en su propia casa y las agencias de prensa no se atrevían a especular ningún posible origen del crimen.

Cuidando la redacción

Salió triste pero optimista, tal vez contagiado por las chanzas que durante toda la tarde había

escuchado entre "sus muchachos". Dos minutos después el periódico quedó paralizado.

Hace exactamente un año a todos se nos olvidó que éramos periodistas y, por un instante, fuimos oyentes de radio esperanzados en que se nos dijera que los disparos que escuchamos en la calle no le habían robado la vida a don Guillermo Cano.

Cuando nos confirmaron que no era así, y que los asesinos habían cumplido su cometido, fue como

si el espíritu de Don Guillermo regresara de inmediato al periódico para coordinar una edición de emergencia en la que se informaría de su muerte.

Casi no hubo indicaciones. No se sabe cual fue la primera máquina que volvió a encenderse. Un equipo que nadie organizó comenzó a trabajar con el alma hecha pedazos, pero con mucha energía, a sabiendas que desde entonces no contaría con las orientaciones del mismo maestro.

Al amanecer del 18 de diciembre de 1986, todos nos movíamos por las calles de Bogotá en silencio. Los distribuidores, que apenas comenzaban su jornada, también estaban heridos, pero no derrotados. Esperaban, bajo la niebla de ese día, colocar en las casas de los colombianos la "chiva" más triste que ha contado **El Espectador** en sus cien años:

Don Guillermo Cano Isaza había caído con la bandera de la verdad en su mano. Fue víctima de un arma que nunca conoció y la vida, por la que tanto luchó, le fue segada en condiciones parecidas a las que él había denunciado para reclamar por los derechos de todos los humanos.

Don Guillermo vive

Al otro día no hubo noticias. No fue por cansancio ni por los estragos de un duro golpe a la prensa que los colombianos dejaron de informarse cómo andaba su país o de escapar entre la música de los aparatos.

Hasta el poste de la luz en el que se estrelló el carro de don Guillermo llegaron periodistas, luchadores por los Derechos Humanos, enemigos del narcotráfico y combatientes contra toda clase de deshonestidad, para recoger la bandera ensangrentada que sólo dejó caer cuando expiró.

Todos los medios callaron, pero también se unieron. Primero en una "marcha del silencio" y luego para denunciar con nombre propio —en ocasiones también con dirección y teléfono— a los asesinos del maestro y a la estela de corrupción que han dejado en cualquier rincón del país por donde pasan.

El asesinato de Guillermo Cano fue también un llamado de unión a los luchadores por la construcción de un país mejor. Durante los seis meses siguientes no dejaron de recibirse en la redacción del periódico cartas de los jefes políticos, mensajes de amas de casa, profesionales, intelectuales, lectores simples que, con la tragedia, se convencían de que el periodista aún estaba vivo.

Inclusive el Gobierno, percatándose —mucho tiempo después de que don Guillermo lo hiciera— de que en Colombia el Derecho a la Vida está convirtiéndose en la obligación de guardar silencio sobre la des-

honestidad, o reservarse el derecho a pensar, decidió crear un centro de Derechos Humanos. Casi un año después, se nombró un consejero presidencial en ese campo.

Año 100 sin él

El 22 de marzo de este año llegó el cumpleaños número 100 para el periódico. Algunos lo imaginábamos compartiendo con

nosotros la fiesta que desde hace tiempo él estaba esperando. Casi 100 días después de la tragedia, **El Espectador** inició su segundo siglo sin él.

Este año también llegaron los honores póstumos a su obra. Con la muerte de don Guillermo el mundo pareció percatarse de la valentía con que la prensa colombiana enfrenta los problemas profundos del país, a pesar de que los abanderados de la verdad caigan indefensos por decirla a los cuatro vientos.

En la Universidad de Columbia, cuando se entregó el premio María Moors Cabot a la obra de un periodista, Estados Unidos estaba reconociendo que, en nuestro país, un hombre no había tenido miedo de señalar a las mafias. Europa fue aún más explícita, cuando en España se otorgó el premio Príncipe de Asturias a éste periódico y a **El Tiempo**.

Y así siguieron los reconocimientos, en Chile, con el premio de la Sociedad Interamericana de Prensa y uno más en los Estados Unidos, de parte de la International Press Service.

Cuando se silenció la voz de don Guillermo, la voz de los medios de comunicación unidos se hizo aún más fuerte. Nacieron nuevos foros para discutir sobre los Derechos Humanos y denunciar a quienes los conculcan.

A un año de callarse la voz física de don Guillermo, cientos de colombianos han dejado el país porque una mafia o un poder oscuro no les permite decir la verdad o luchar por lo que creen. En ese mismo tiempo Colombia se ha ido desmoronando más rápidamente de lo que don Guillermo lo hiciera notar semanalmente en su "Libreta de Apuntes".

Pero en todas las nuevas voces que hablan del fallecido director de **El Espectador** se hace sentir una ilusión que, de tanto desearla, parece real: Don Guillermo no ha muerto. Su pluma sigue insistiendo para que el país pueda descansar.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico *El Comercio*
Pág. *5A*
Código *B20102*

Medellín
Ciudad
Fecha *17 DIC 1987*
Lugar *EN*

Editorial

Medellín, jueves 17 de diciembre de 1987

El pensamiento vivo de Bolívar

Se cumplen hoy 157 años de la muerte del Libertador Simón Bolívar. Colombia y los pueblos del área bolivariana recuerdan con unción esta fecha y rinden tributo de admiración a quien fuera a un tiempo mismo prócer de la libertad y padre de cinco de las nuevas repúblicas americanas. Su nombre y su pensamiento tutelan los destinos de estos pueblos que, como el nuestro, transitan serios caminos de dificultades y contingencias sociales.

Frente a los conflictos de la comunidad americana, los ideales del Libertador cobran hoy plena vigencia. Sus tesis sobre la unidad de las nuevas naciones y los procedimientos que deben guardarse para dirimir las diferencias entre los Estados, alientan las conversaciones que se han venido estimulando para contener el incendio centroamericano. Su credo sobre la libertad despierta nuevas vocaciones y su gloria crece "como crece la sombra cuando el sol declina", según la profética sentencia del cura de Choquenhuanca.

Si se hiciera una revisión de los fenómenos actuales y de sus causas, a la luz del pensamiento bolivariano, se hallaría, sin duda alguna, que las culpas residen en la desviación de sus doctrinas. Cuando recomendó el ejercicio de la justicia como garantía de la libertad, señaló también la necesidad de renovar en el mundo la idea de "un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso".

En Bolívar hay que admirar conjuntamente al guerrero y al organizador civil. La esencia de su pensamiento, expresada en los documentos que concibió para trazar las líneas de la democracia, robustecida por las jerarquías de la libertad y el orden, constituye testimonio perdurable de su fortaleza anímica. Prefirió el título de buen ciudadano a la tentación de las coronas, empujándose ante la historia sobre su propia grandeza.

En todos los campos dejó enseñanzas y sembró rasgos de su genio incontenido. En la instrucción pública, cuando propuso la constitución de un areópago para velar por la educación de los niños y cuando configuró los modelos de la formación jurídica

para darle directrices políticas a la organización de los nuevos países. Fue el precursor de los estudios de derecho en Caracas, en Quito y en Colombia. La Universidad de Antioquia debe a él la paternidad de su Facultad de Derecho.

La abundante bibliografía bolivariana nos ofrece hoy todas las dimensiones del caraqueño genial. Desde los rasgos admirables del "hombre de las dificultades" en las grandes batallas, hasta el estadista de los pensamientos perennes que después de concebir y conseguir la libertad, dio a los nuevos Estados normas para obtener "la mayor suma de felicidad posible". Combatió la corrupción pública, la ingratitud, el egoísmo, la frialdad por la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos y el desarreglo de las costumbres. Predicó, en cambio, la rectitud en todos los comportamientos de la vida y definió los derechos civiles frente a las garantías sociales.

Bolívar es, en la galería de los estadistas americanos, el primero. Y en el plano universal se equipara a los grandes conductores del linaje. Volver a su pensamiento para estudiarlo, divulgarlo y aplicarlo, debe ser en esta fecha un punto de reflexión para nuestros dirigentes, para nuestros partidos, para nuestros gobernantes y muy especialmente para nuestros legisladores y educadores. Al invocar su memoria podemos repetir con Rodó que Bolívar fue "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas que hoy componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica".

En torno al pensamiento bolivariano puede hacerse la convocatoria popular para fundamentar los cambios que demanda la nueva sociedad. Sería una manera de decirle, a la distancia, que no aró en el mar ni edificó en el viento.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

EL ESPECTADOR

Periódico

Ciudad

Bogotá

Pág.

2-7

Fecha

18 DIC 1987

Código

30-0100

Lugar

EL

GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (II)

José Antonio Primo de Rivera, joven aristócrata hijo de don Miguel, el dictador autorizado por Alfonso XIII, abogado y católico, funda un partido que aspira a interpretar la historia y el futuro de España de acuerdo con el fascismo.

Sus proyectos políticos eran, en un principio, independientes del ejército y de los partidos tradicionalistas. La Falange aspiraba a ser una fuerza de choque y, aun después de su fusión con las J.O.N.S., Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, que conducía Ramiro Ledesma Ramos, no tenía un número grande de afiliados ni peso parlamentario. Pero su decisión y su agresividad iban a agitar el ya tenso ambiente hasta las reacciones extremas.

Las fuerzas de izquierda

La figuración del socialismo con 4.813 concejales en las elecciones municipales de 1931, es engañosa. Los socialistas, representados en el gobierno por Francisco Largo Caballero y por Indalecio Prieto, constituían no sólo el partido antiguo y disciplinado fundado por el incorruptible Pablo Iglesias, sino una poderosa unión sindical, la U.G.T., que había establecido Casas del Pueblo en la mayoría de los pueblos de las regiones no controladas por el movimiento anarquista. En los años siguientes los sindicalistas-socialistas moverían una considerable fuerza de protesta.

El Anarquismo y el Anarcosindicalismo habían tenido

también una larga gestación en España.

Se separan del socialismo de origen marxista en el siglo XIX, cuando Marx desaprueba las teorías de Bakunin. A diferencia del socialismo, el anarquismo no constituye un partido político sino un vasto y enérgico movimiento sindical, lo cual se explica en virtud de su definición ideológica que consideraba a la mera noción de gobierno central, y a todos los partidos políticos que compiten por controlarlo, como expresiones del violento fraude que los fuertes y ricos le habían hecho a los débiles y pobres, a lo largo de los siglos, para someterlos y explotarlos.

Las ideas de Bakunin, transmitidas desde la segunda mitad del siglo XIX por distintos agitadores doblados de apóstoles, encuentran una profunda correspondencia en el pueblo español de la Costa Mediterránea, sobre todo en Cataluña y en Andalucía, en donde se sueña con una federación de comunas municipales en la cual se aplique un severo igualitarismo, no haya explotación, y se supriman la propiedad y la autoridad. La organización anarcosindicalista es la C.N.T. Confederación Nacional del Trabajo. Cuando la dictadura de Miguel Primo de Rivera reprime duramente a los anarquistas, aparece la F.A.I. Federación Anarquista Ibérica, que opera como sociedad secreta y es el centro inspirador de la acción intrépida del movimiento.

En el decenio de los treinta la organización anarquista contaba con 200.000 militantes, después de haber tenido sólo en la C.N.T. cerca de 700.000 afiliados en 1918, cuando en

España se publicaban 200 periódicos anarquistas. Pero su larga tarea de difusión ideológica influía en cerca de un millón y medio de trabajadores cuya actitud básica era la del anarquismo.

Pese a que sus objetivos últimos buscaban un régimen egológico de primitivo pacifismo aldeano, semejante al de las sencillas parroquias medievales, tenían ya una larga trayectoria de actos terroristas y de atentados cumplidos o frustrados que habían costado la vida de primeros ministros y amenazado la del rey y su esposa. Ahora su gran arma eran las huelgas paralizantes.

El comunismo se separó del socialismo cuando, al regreso de un viaje a Moscú de dos delegados españoles, se decidió por 8.800 votos contra 6.025, rechazar la adhesión a la Comintern.

Mora y García Quejido, los fundadores de la Unión General de Trabajadores, rompieron con la organización y se llevaron a la mitad de los militantes, para formar con Andrés Nin, y Maurín y los demás elementos de la CNT convertidos al comunismo, el Partido Comunista Español. Las juventudes socialistas también hacían parte de éste. Durante la dictadura de Primo de Rivera el comunismo fue severamente reprimido. Además en su seno se presentaban las divisiones que afectaban al comunismo ruso. Especialmente las existentes entre Trotsky y Stalin.

La Esquerra y los Autonomistas Catalanes

En Cataluña, el coronel Maciá a quien se llamaba "el abuelo", era el líder de la Esquerra, izquierda en Catalán, un partido de pequeños empresarios y de gente de la baja clase media que propugnaba por la autonomía de Cataluña. Esta fuerza política tuvo el papel central en la victoria republicana en las elecciones del 12 de abril de 1931 en Barcelona. De allí que el triunfo redundara automáticamente en beneficio del separatismo. Sin embargo, después de la proclamación de la República Catalana, Maciá y Companys convinieron con el gobierno central en aguardar a que ésta fuera aprobada por las Cortes que se formarían en las elecciones venideras. Existía también la Lliga, cuyo jefe era Cambó que, aunque con las miras conservadoras de los industriales catalanes que buscaban mercado en toda España, mantenía un moderado objetivo de autonomía.

En el centro, los liberales

En el primer gabinete republicano tuvieron figuración destacada hombres como don Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, liberales y creyentes católicos, lo cual debía tranquilizar a la Iglesia. Pero había otras tendencias nítidamente anticlericales. Por una parte, los radicales de Alejandro Lerroux, y por la otra, los republicanos formados por la Institución Libre de Enseñanza. Esta noble entidad fundada por don Francisco Giner de los Ríos no tenía finalidades políticas, en sí. Pero su influencia directa, como en el caso de Fernando de los Ríos, sobrino del fundador, o indirecta, como en el de Manuel Azaña, resultó decisiva para un grupo de intelectuales cuyo libre pensamiento no podía sustraerse a la participación en política.

Aun con la participación de los socialistas, en los gobiernos que se formaron entre 1931 y 1936, los políticos liberales llevaron el mayor peso de la responsabilidad en el régimen

republicano. Ya al borde de la guerra civil, tenían razones para temer una conspiración de la derecha extrema con el ejército, y para temer a los brotes revolucionarios de la extrema izquierda.

Cinco años de la escalada trágica

La República cambió la Constitución española, restableció el Parlamento, decretó amnistías para los presos políticos y permitió, en un comienzo, el ejercicio de los derechos individuales. Pero no podía cambiar de la noche a la mañana los factores más graves de desigualdad social. La tierra y el ingreso seguían concentrados en pocas manos. La situación de la economía española, que había conocido una era de bonanza durante la Primera Guerra Mundial, cuando las exportaciones del país habían aumentado considerablemente, había tenido un fuerte receso al no poder enfrentar la competencia de los demás países europeos cuando se hace la paz. La crisis del 29 agudizaba la mala situación. Las relaciones entre el capital y el trabajo, ya tensas de suyo, se hacían más críticas por la falta de espíritu progresista empresarial en muchos casos, y por la decidida participación de las organizaciones sindicales para

forzar decisiones políticas del gobierno, o contrarrestar las manifestaciones o demostraciones de las derechas.

En 1931, en Madrid, una reyerta callejera en frente de la sede de una asociación monárquica, originó graves motines en los que las turbas enfurecidas incendiaron y arrasaron la iglesia de los jesuitas en la calle de la Flor, lo mismo que otras iglesias y conventos de la capital de España y de las provincias sobre todo en Andalucía.

A pesar de la violencia de la destrucción no hubo víctimas, lo cual animó a Manuel Azaña a pronunciar su famosa frase, según la cual más valía que se quemaran todas las iglesias de España y no que se perdiera una sola vida republicana. La aparente indiferencia del gobierno hacía que las organizaciones de derecha se disciplinaran más y se prepararan para la guerra a la cual ya los empujaba la pastoral de Monseñor Segura, obispo de Toledo y primado de España, quien declaraba llegado el momento de acabar con un régimen de ignominia y de salvar a España aun a costa de la vida.

Azaña, quien en otro discurso había dado por desaparecida de España la religión católica, juzgaba por las apariencias de la tibieza con que la practicaban los fieles españoles, según lo hemos señalado atrás. Pero el sentimiento religioso estaba arraigado en los españoles como parte de la identidad histórica de su patria en el pasado heroico. Hasta el Cid, el héroe más arisco ante el poder real, delante de Dios se muestra leal y sumiso. Para no hablar de lo que en España había dejado la cristiandad en las letras y las artes, y en la rancia y magnífica arquitectura de esos templos y conventos arrasados en la furia de un enfrentamiento entre activistas y extremistas de nuevo cuño: los ateos y anticlericales de las vanguardias de izquierda, y los duros militantes del carlismo y de la Falange.

Entre los hechos siguientes de mayor importancia en 1931 están las limpias elecciones para las Cortes que mos-

traron un respaldo al gobierno abrumador en las cifras, pero más aparente que real. En efecto, la izquierda tenía 116 diputados socialistas, 60 radicales socialistas, 30 de la Acción Republicana de Azaña, 90 radicales seguidores de Lerroux, 22 progresistas seguidores de Alcalá Zamora, 43 miembros de la

Esquerra catalana y 16 del grupo gallego autonomista de Casares Quiroga. La derecha tenía en total 79 diputados, 60 de los partidos de clase media y 19 de la monárquica Renovación Española.

Cuando, alentados por estos resultados, los miembros liberales del gobierno republicano promulgaron la nueva Constitución que declaraba a España como una república democrática de trabajadores de todas las clases, en la que no se reconocerían títulos de nobleza, y todos los ciudadanos serían iguales, ya chocaban con los principios y los intereses de los nobles y de muchos empresarios poderosos. Pero, además, le quitaban todos sus privilegios a los miembros del clero, entre otros los sueldos que se les pagaban como parte de la compensación por la expropiación de los bienes de la Iglesia, en 1837. Se intervenía drásticamente a las órdenes religiosas, se exigían permisos especiales para las manifestaciones públicas de la religión, y se suprimía en un término perentorio la enseñanza religiosa que era la más extendida en España. Estas últimas medidas ponían a los católicos en un grave conflicto con la nueva Constitución.

La izquierda experimentaba furiosos antagonismos internos que empezaban con la pugna entre socialistas y anarquistas, que sólo pareció mitigarse por las propias disensiones de los anarquistas entre sí. De manera que el respaldo político efectivo con que contaban los gobiernos que se sucedieran hasta 1936 era relativo. Las pugnas de la izquierda, en buena parte, estaban basadas en los distintos grados de urgencia con que se debía llevar a cabo la revolución, y en los

distintos métodos para realizarla. ¿Revolución contra quien? Contra la República por supuesto.

En ese orden de ideas, el gobierno ordenaba o permitía que la guardia civil y el ejército reprimieran violentamente los levantamientos populares de aldeas y pueblos, en donde la izquierda parroquial se anticipaba a establecerse como poder independiente, y aun en el caso de algo más serio, una huelga general en Sevilla, se recurrió a la artillería para aplastarla.

En 1932 el general Sanjurjo intentó pronunciarse en Madrid. Una delación permitió anticipar el golpe y Sanjurjo fue capturado, juzgado y condenado a muerte. Se perdonó y fue al destierro en Portugal. Pero esta era sólo una muestra de las constantes conspiraciones contra un gobierno que tenía que apoyarse en la fuerza para sofocar motines de los partidos y los sindicatos que, teóricamente, le habían ayudado a implantar la República. Las fuerzas en que se apoyaban esos gobiernos cuya composición de centro a izquierda cambiaba con las circunstancias, no les inspiraba completa confianza; por lo cual se crearon los llamados Guardias de Asalto como fuerza especial de defensa de la República.

Retorno de las derechas

A pesar de la frenética actividad del gobierno de Azaña en la construcción de cerca de 10.000 escuelas para remplazar la educación religiosa, y en la elaboración y trámite de paquetes legislativos para instaurar el divorcio, el matrimonio civil y la reforma agraria —esta última llevada a cabo en la práctica con gran lentitud— lo mismo que grandes cambios en el régimen de salarios y de contratos laborales, las elecciones de 1933 señalaron el retorno de las derechas. Los partidos que apoyaban al gobierno apenas lograron 99 curules en las Cortes. Los radicales de Lerroux 167; los radicales 109, la Lliga, el partido catalán de los hombres de negocios, 25, y la derecha

sobre todo representada por la Confederación Española de Derechas Autónomas, 204 asientos. La C.E.D.A. se convirtió en el bloque partidista más poderoso de España.

José María Gil Robles, un joven abogado que hacía parte de la dirección del periódico *El Debate*, fue escogido como líder del nuevo bloque de derecha. Mientras hacía equilibrios para no disgustar a los poderosos que financiaban las campañas y evitar, al mismo tiempo que las masas burguesas se inclinaban por los monarquistas, Gil Robles se fue imbuyendo del estilo de los hombres fuertes que habían llegado al poder en Alemania y en Italia. Se le llamaba jefe, como a los otros Duce y Furer. La izquierda lo tildaba de fascista, con razón.

Pero la izquierda, conducida por Largo Caballero, quien no quería perder terreno en la pugna con los anarquistas, retiraba su apoyo a la República. Por su parte, los anarquistas ordenaban a los suyos y le predicaban a toda España boicotear las elecciones de diputados. Para ellos las cortes eran un burdel corrompido y venal. La Falange de José Antonio y las J.O.N.S., Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de Ledesma se unen en 1933, para formar el núcleo de choque de la derecha, todavía sin pactar con el bloque mayoritario ni con los monárquicos.

Por si faltaran divisiones en la izquierda, en las elecciones de 1933 se contabilizaban 200.000 votos comunistas y este partido alega que los social fascistas —como llamaban a los socialistas— les habían hecho trampa; que sus votos debían haber sido 400.000.

El resultado de la nueva composición de las Cortes es un gobierno de coaliciones con apoyo de la C.E.D.A. que detiene las reformas sociales que estaban en proceso. Se interrumpe el remplazo de escuelas religiosas por escuelas laicas. Se promulga una amnistía que favorece hasta a Sanjurjo y sus compañeros, y desata otra ola de conspiraciones. Los carlistas hacen ejercicios militares a la luz del día para preparar a sus regimientos, y envían delegados a Mussolini para pedir ayuda en armas y fondos. Lerroux, el radical demagogo, cede el lugar, como jefe de Gobierno, a Samper, radical más moderado.

Las huelgas y asonadas fomentadas por los anarquistas se producen lo mismo en poblaciones aisladas en donde se ataca a la Guardia Civil, que en grandes ciudades como Madrid con un paro telefónico, o en Zaragoza en donde una huelga general dura 57 días. El enfrentamiento de los sindicatos con los patronos que intentan reducir los salarios, alentados por el triunfo de la C.E.D.A. en las elecciones, causa, además de paros, muertes violentas en grandes cifras debidas a las asonadas y a la implacable represión por parte de la Guardia Civil.

La Revolución de Octubre de 1934

A lo largo de España hay motines y violentas represalias. La C.E.D.A. retira su apoyo al gobierno de Samper. Se rumora que el vapor Turquesa ha desembarcado en Asturias setenta cajas llenas de armas. Samper cae y el presidente Alcalá Zamora encarga otra vez a Lerroux de formar gobierno. En el nuevo gabinete figuran tres miembros de la C.E.D.A. La reacción de la izquierda revolucionaria es inmediata. Se decreta una huelga general socialista en Madrid, y algunos militantes marchan disparando sus armas hacia el Ministerio del Interior.

Los anarquistas no apoyan la huelga, y el gobierno controla la situación. En Barcelona, Companys, el sucesor de Maciá decreta el Estado Catalán como parte de la República Federal Española contra los fascistas de la C.E.D.A. en el poder. También en Barcelona el Gobierno central se las arregla para sofocar el levantamiento autonomista, cuando el general Balet jefe de la guarnición se declara leal a la República.

En Asturias, en cambio, los anarquistas, los socialistas, los comunistas y los semi-trozkistas se unen bajo la divisa de Uníos Hermanos Proletarios. Son todos mineros organizados de vieja data, y altamente politizados. Su unión es la alborada de la era del Frente Popular. Los mineros se apoderan de casi toda la provincia en tres días. Se apoderan de las fábricas de armas de Trubia y La Vega (Oviedo). En diez días se movilizan 30.000 obreros, y hasta los anarquistas reconocen la necesidad de una dictadura temporal para instaurar el orden revolucionario.

Se establece una especie de Soviet revolucionario en toda Asturias. Pero no sin lucha y, por desgracia, no sin atrocidades. Se fusila a una guarnición de guardias de Asalto que había resistido valientemente en Soma, cuando al final de día y medio, se rinde. Se destruye gran parte del palacio arzobispal y de la Universidad en Oviedo, y, por supuesto, se queman iglesias y conventos, hay violaciones y pillaje sin que medie provocación en muchos lugares.

El Gobierno de Madrid está enfrentado ya a un vasto episodio de guerra civil. Quienes vienen a solucionarlo son el general Goded, y un militar que ha sido sucesivamente el más joven, mayor, coronel y general de España. Se llama Francisco Franco Bahamonde, nacido en El Ferrol en 1842, gallego, hijo de un pagador de la armada, no entró en el servicio naval por falta de cupo. Su carrera militar, sin embargo, lo lleva a devolverle el prestigio a la Legión Extranjera de Marruecos al derrotar, mediante hábiles maniobras a ABD-El Krim, el viejo enemigo de España. No bebe, no frecuenta mujeres, y es un partidario estricto y hasta cruel de la más rígida disciplina. Su valor personal es incomparable.

Nadie sabe si el general Franco está con la República, con los monárquicos o con los nacionalistas. Pero el nuevo ministro de Guerra de Lerroux, trae a España la Legión Extranjera de Marruecos y con la ayuda de algunos regulares de las tropas moras, y de la aviación, libera a Oviedo y Gijón el 10 de Octubre. Se ha demorado apenas unos días. El jefe socialista Belarmino Tomás se entrega para evitar una masacre. Ha aparecido el hombre providencial que espera oscuramente la derecha española.

Represión y polarización

El retiro de la Legión y los Regulares, que se pactó como

condición de la rendición de los trabajadores, no se cumplió, y la represión fue implacable. Se habló de 5.000 muertos, de heridos, en número semejante, y hubo cerca de 30.000 presos políticos. Los muertos eran sobre todo mineros. Las tropas operaban en Asturias con la furia de los que ocupaban territorio conquistado. Las atrocidades se cobraban con atrocidades.

Los líderes de la izquierda, entre ellos Largo Caballero, fueron a prisión. La Falange y los carlistas aumentaban sus efectivos. Estos últimos abrieron en Pamplona una academia para preparar oficiales revolucionarios y enviaron a 400 jó-

venes para que se adiestraran, en la Italia fascista, en las técnicas de la guerra moderna. Contra el sentimiento de José Antonio, las dos minorías extremistas que luego formarían el partido de gobierno de la dictadura se acercaban en sus tácticas y en sus propósitos.

Durante varios meses Lerroux como primer ministro trató de llevar la política por un camino intermedio. Pero las presiones de la C.E.D.A. que pedía la pena de muerte para los líderes de la izquierda, lo forzaron a formar un nuevo gabinete. Largo Caballero y Companys fueron condenados a treinta años de prisión, y salvaron la vida. Pero en el nuevo gabinete figuraban cinco ministros de la C.E.D.A.

Con las derechas en el poder las cosas no mejoraron. No se pudo llegar a ningún acuerdo en las Cortes para aprobar el presupuesto que proponía un financista independiente llamado Chapaprieta quien llegó incluso a remplazar a Lerroux como primer ministro, quedando éste como ministro de Relaciones Exteriores. Tampoco se logró hacer pasar las medidas destinadas a retrotraer a sus regímenes anteriores las cuestiones del matrimonio, y la educación. Se presentó, además, el escándalo de una rifa fraudulenta llamada estraperlo, en el que resultaron envueltos el hijo adoptivo de Lerroux y el propio

ministro, quien habiendo sido hijo de un croupier, nunca había sido muy claro en sus finanzas personales. Esto arruinó a los radicales.

Cuando Chapaprieta se enemistó con la C.E.D.A., sobrevino la vigésima sexta crisis de gobierno en el periodo de la República. 72 ministros se habían sucedido unos a otros en cinco años. Alcalá Zamora disolvió las Cortes y convocó a elecciones.

1936. El Frente Popular

Aunque la clase media había quedado aterrada ante la violencia revolucionaria de Asturias, no prestó todo su apoyo a las derechas. Estas mismas, representadas por el bloque de la C.E.D.A. se demoraron en buscar alianzas con otros partidos burgueses o monárquicos. Cuando se formó el Frente Nacional, ya los comunistas, habían conseguido aglutinar a la izquierda en el Frente Popular. Lo paradójico es que esta alianza de los Socialistas con la Izquierda Republicana de Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrios, y la Esquerda catalana separatista, que no se había logrado antes, fue el producto de la agitación promovida por los comunistas. —17 escaños en un total de 278, que representaban casi 4.200.000 votos—. Pero ahora los comunistas seguían las nuevas consignas de Moscú en una táctica de alianzas.

El Frente Nacional, aunque puso casi 3.800.000 votos apenas consiguió 134 escaños. En el centro quedaron los Progresistas de Alcalá Zamora con la Lliga catalana, los Radicales de Lerroux, y los partidarios de Portela Valladares. Apenas 55 escaños en total. Las dos grandes fuerzas se habían polarizado.

Caos y conspiraciones

El triunfo del Frente Popular significó la libertad inmediata de los líderes de la izquierda.

Ahora se miraba a Largo Caballero como al Lenin español. Parece que por primera vez en su vida el ya maduro conductor socialista había tenido oportunidad de leer en la cárcel las obras de Marx y Lenin. Alcalá Zamora dimitió y fue remplazado en la Presidencia por don Manuel Azaña. Salido de

la cárcel, el intelectual de la política española, admirador de Leon Blum y traductor de Chesterton, prefería la calma del palacio de Gobierno, a las agitaciones del ruedo parlamentario. Casares Quiroga se encargó de formar el gabinete, como primer ministro.

Desde la instalación de las Cortes, la oposición, encaró al gobierno con el caos que vivía España. La buena voluntad y la civilización política de los liberales admiradores de la demo-

cracia a la inglesa o a la americana de Wilson, no habían podido evitar los incendios de 160 iglesias, más 269 asesinatos políticos, 1.287 ataques armados; 69 centros políticos arrasados; 113 huelgas generales y 228 parciales; 10 oficinas de periódicos saqueadas. "No nos engañemos", decía Gil Robles el líder de la C.E.D.A. ¡Un país puede vivir bajo la monarquía o la República, con un sistema parlamentario o presidencial, bajo el comunismo o el fascismo! Pero no puede vivir en la anarquía. España está en la anarquía. Y hoy estamos asistiendo a los funerales de la democracia".

En este trágico balance se disimulaban los rubros de destrucción y desorden debidos a la derecha y sobre todo a las fuerzas de choque de la Falange. Pero las cifras globales reflejaban con mucha aproximación la realidad de España.

Un diputado socialista declaró firmemente que la mayoría de las iglesias habían sido quemadas por agentes provocadores para intensificar la crisis y justificar una rebelión militar. Los socialistas triunfantes en las elecciones, pero aún divididos, aplaudieron ruidosamente a su vocero. Entonces se levantó el líder del pensamiento monárquico, un político gallego de larga trayectoria y temprana figuración desde la dictadura de Primo de Rivera, que se había exiliado un tiempo en busca de olvido y ahora cobraba nueva fuerza como orador y como hombre de variadas disciplinas. Se llamaba José Calvo Sotelo, y estaba dispuesto, con enorme confianza en sus propias facultades, a adueñarse del futuro de España. Comenzó por atribuir a la Constitución de 1931 todos los males que vivía la República. El caos se originaba en sus estériles disposiciones, decía, y proponía a cambio un Estado integrado capaz de acabar con los abusos capitalistas, los sueldos de hambre, y las huelgas. Y si ese Estado, agregaba, se consideraba fascista, él se declaraba, con orgullo, fascista también.

En medio de gritos, aplausos y silbidos, Calvo Sotelo declaró que el peligro de un golpe militar no venía de los generales monárquicos sino de los soldados mismos que deseaban una España nueva y estaban dispuestos a dar su sangre por ella.

Diego Matínez Barrio responsabilizó al orador monárquico por las consecuencias de sus palabras en la actitud del ejército. Y después de un encendido discurso contra la conspiración fascista pronunciado por Dolores Ibarruri, la Pasionaria comunista, Calvo Sotelo volvió a levantarse para aceptar la responsabilidad por sus palabras. Lo hizo dando como ejemplo la respuesta de Santo Domingo de Silos al rey: "Señor, vos podéis quitarme la vida, pero más no me podéis quitar".

Continuará el viernes 8 de enero de 1988 en el capítulo N° 42.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL TIEMPO

Ciudad

Bogotá

Pág.

4A

Fecha

19 DIC 1987

Código

BCC102

Lugar

F3

La historia de Bogotá

Por medio del decreto 1617 de este año, el Alcalde Mayor del Distrito, Julio César Sánchez, oficializó la existencia de la Academia de Historia de Bogotá. Al dar a su creación el adecuado sustento legal le ha asignado la función primordial de conservar el patrimonio histórico de la capital, fomentar los estudios pertinentes y servir de cuerpo consultivo en la materia.

Ha tomado así forma una de las variadas iniciativas sugeridas con ocasión de aproximarse la conmemoración de los cuatrocientos cincuenta años de la fundación de la ciudad. Ciertamente la iniciativa tuvo su origen en las inquietudes intelectuales del doctor Alvaro López Pardo, destacado profesional y cultivador asiduo de las disciplinas históricas, que ha prestado a la sociedad capitalina sobresalientes servicios. La acogida que se dio a esa iniciativa, con la formalización de la Academia, corresponde a la necesidad incuestionable de que los valores históricos de Bogotá sean no solo conservados sino enaltecidos, como corresponde a una urbe que es clarísimo símbolo de la unidad nacional, y que recoge en su seno generoso las tradiciones primordiales del país. No han sido muy favorecidos los estudios especiales sobre esa densa materia del historial capitalino, y sin duda la nueva Academia podrá realizar en ese aspecto una de las tareas más positivas.

Las treinta personalidades que el decreto del Alcalde ha señalado como los primeros Miembros de Número de la Academia de Historia de Bogotá, son todas de especial distinción intelectual, garantía suficiente de que la entidad podrá organizar y desarrollar sus actividades con la altura que su insigne cometido requiere. Y es igualmente plausible que entre el grupo de Miembros Honorarios el Alcalde Mayor haya dispuesto incluir a los ex Presidentes de la República, con la sola observación de que seguramente por involuntario olvido se advierte la omisión de los nombres de los doctores Alberto Lleras Camargo y Julio César Turbay, como todos los que han sido Jefes del Estado y consecuencialmente protagonistas en diversos hitos de la historia colombiana.

Tarea muy importante de la docta Academia de Historia de Bogotá deberá ser, obviamente, no solo la investigación sino la divulgación extensa de sus trabajos y sus logros, lo cual habrá de constituir complemento inigualable de su aplicación académica, sobre todo ante las nuevas generaciones colombianas, no siempre adecuadamente informadas de la trayectoria nacional.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL SIGLO

Ciudad

Bogotá

Pág.

23

Fecha **20 DIC 1987**

Código

BCC102

Lugar

F4

Bogotá hace 50 años

Lostranvías

Por Jorge Casas Sanz de Santamaría

Los tranvías le dieron a Bogotá una fisonomía propia transportando un porcentaje muy apreciable de personas, obreros de los barrios populares y chapinerunos al sector del norte. Las diversas clases de estos vehículos se diferenciaban por su forma y colorido, los abiertos eran de "férrea" construcción con bancos de madera plegables, o con mecanismo de cortina capaces de resistir toda clase de golpes y investidas, a pesar de los incendios del 9 de abril, los vehículos presa de la ira inconsciente no pudieron ser destruidos. Curiosamente los tranvías que corrían la ciudad de sur a norte no giraban para dar la vuelta de regreso, para buscar el sentido contrario simplemente el segundo a bordo denominado el cobrador por medio de un ingenioso movimiento mecánico a pura mano hacía girar los espaldares de las bancas en sentido contrario y quedaba el vehículo como decíamos entonces "mirando para el otro lado". En los extremos del carruaje estaban los motores de manibela que no tenían otro objeto que acelerar, disminuir o frenar la marcha. La conexión eléctrica se hacía por un cable en similar forma a los actuales troles y las carrileras por donde transitaban, aún se encuentran enterradas debajo de las vías. ¿Cuánto valdrán esas barras de acero importadas de Estados Unidos hace más de cincuenta años? Se distinguían las rutas por los colores pintados en gruesas fajas que en forma transversal atravesaban los espacios exteriores de las cabinas del vehículo. Los motores a que hicimos alusión anteriormente situados a los extremos,

se encontraban protegidos por una cabina en la cual no podía ser sino exclusivamente el motorista o conductor. El carro estaba provisto de estribos laterales de madera para que el público tuviera acceso a las bancas. En los estribos "se colgaba" la gente de los manubrios verticales correspondientes a cada banca, los "tumbalocas" eran expertos en hacer toda clase de filigranas y piruetas sobre los estribos cuando el vehículo iba a plena marcha, por ejemplo; el pasar los manubrios con una sola mano a regular o a toda máquina y bajarse en la misma forma. Pasearse por los estribos marchando el aparato era una singular prueba de pericia en cachifos, loteros y vendeperiódicos. El pasaje costaba cinco centavos de peso, y para los estudiantes que poseían carné el valor del pasaje equivalía a tres centavos de peso. Sobre los techos en los costados laterales los tranvías llevaban avisos en láminas rectangulares donde se anunciaba: la cafiaspirina de Bayer, el tricófero de Barry para el cabello, las bebidas gaseosas, las cervezas de Germania, Bavaria, Bohemia y los cigarrillos de Pierrot y Pielroja.

El servicio de tranvías se prestaba en la ciudad por medio de cinco líneas y una transferencia, que establecían comunicación entre los barrios del norte y los del sur y occidente; estas líneas eran las siguientes:

Línea barrios Unidos-barrio Ricaurte, prestaban servicio en esta línea 20 carros de franja amarilla; éstos eran vehículos grandes abiertos, de 60 asientos. La longitud de la línea era de 12 kilómetros

263 metros, que se recorrían en promedio de 50 minutos, o sea a la velocidad media de 14-7 kms. por hora.

Línea Avenida de Chile-Paiba, esta línea estaba servida por 19 carros cerrados, de franja verde, de 34 puestos. Su longitud era de 9 kilómetros 314 metros, que se recorrían en 40 minutos, o sea a una velocidad de 14 kms. por hora.

Línea Calle 53-San Cristóbal, el servicio de esta línea se prestaba con 17 carros de franja azul, abiertos, de 40 puestos. La longitud de la línea era de 9 kilómetros y 58 metros, que se recorrían en 40 minutos, lo que da una velocidad media de 13.5 kms. por hora.

Línea Calle 26-barrio Santander, se atendía esta línea con 19 carros abiertos, de 40 puestos, franja blanca. El recorrido por esta línea era de 10 kilómetros y 49 metros que se hacían en 50 minutos, lo que da una velocidad media de 12 kms. por hora.

Línea barrios Cundinamarca-20 de Julio, el servicio de esta línea lo hacían 14 carros cerrados, rojos, con 34 puestos. La longitud de la línea era de 8 kilómetros y 7 metros, que se recorrían en promedio de 40 minutos, lo que da una velocidad media de 12 kms. por hora.

Línea de transferencia de la calle 22, servicio establecido desde la supresión de la línea barrio Ricaurte-calle 22. Se servía por dos carros, el recorrido era de 825 metros.

Estas seis líneas tenían entre sí partes comunes de carrileras en las arterias principales de circulación, como lo eran la carrera 13 y la 7a y las calles 15, 13 y 10a.

De la calle 26 al norte por la carrera 13 pasaban tres líneas; por la carrera 7a pasaban tres líneas de la calle 26 a la calle 10a, y dos de la calle 10a hacia el sur. La calle 15 era de dos líneas; la calle 13 de tres líneas hasta Paiba, de dos hasta la carrera 28 y resto al occidente de una; la calle 10a era de tres líneas entre las carreras 7a y 11, y al occidente de dos. Había en la red tres puntos desde los cuales se podía tomar cuatro de las cinco líneas. Estos puntos eran: esquina de la carrera 13 con calle 26, esquina de la carrera 7a con calle 15, y Plaza de Bolívar en la carrera 7a con calle 10a.

Tomando como punto céntrico la esquina de San Francisco, o sea la carrera 7a con calle 15, se podía tomar tranvía para los siguientes recorridos:

Hacia el norte, franja amarilla, hasta la estación del ferrocarril del nordeste este (calle 66), hasta la Avenida Chile con carrera 7a, con un recorrido de 7 kilómetros en 32 minutos; franja azul, hasta la calle 53, con un recorrido de 5 kilómetros y 616 metros, en 20 minutos.

Hacia el nordeste, franja blanca, hasta el barrio del nordeste, recorrido 3 kilómetros y 494 metros, en 18 minutos.

Hacia el occidente, franja amarilla, hasta el barrio Ricaurte, con un recorrido de 4 kilómetros y 87 metros, en 24 minutos; franja verde, hasta Paiba, con un recorrido de 1 kilómetro y 758 metros, en 10 minutos.

Hacia el sureste, franja blanca, hasta el barrio Santander, con un recorrido de 6 Kilómetros y 555 metros, en 32 minutos.

Para los recorridos de la Plaza de Bolívar en los carros rojos, cerrados serían los siguientes: hacia el sur hasta el barrio 20 de Julio, con un recorrido de 3 kilómetros y 940 metros, en 20 minutos y hacia el occidente hasta el barrio Cundinamarca, con un recorrido de 4 kilómetros y 67 metros en 20 minutos.

En la carrera 7a entre calles 26 y 10, la frecuencia con que pasaban los carros en un mismo sentido era de 2 minutos; en el resto de la red era de 4 a 7 minutos.

El tranvía prestaba servicio durante quince horas diarias con todos los carros de 5 de la mañana a 9 de la noche; de esa hora en adelante el servicio se hacía con un 25 por ciento del número de carros diurnos hasta las 12 de la noche, y de allí en adelante se hacía el servicio con tres carros en las líneas Chapinero y barrio Santander, con intervalos de media hora. El número de pasajeros diarios en todas las líneas era de 81.000 en promedio. Como puede observarse había servicio diurno y nocturno de este económico y recursivo transporte.

El tranvía de carga de color verde oliva cuyo trayecto oscilaba de acuerdo con las necesidades de los principales usuarios. Había un gremio especial que utilizaba este medio de carga ya extinguido, el de las señoritas del servicio doméstico. Estos vehículos no llevaban bancas y los espectadores podíamos apreciar a las bellas chicas del servicio con su elegante atuendo dominical, acompañadas del consabido baúl, "Cuja" (1) o catre y "tendido" rumbo a la nueva sede o familia donde habrían sido contratados sus servicios. Así nos enterábamos de las internas "crisis de gabinete" dentro de las más distinguidas familias bogotanas.

(1) Cama, catre o mueble para dormir.



cinep
departamento de
documentación
ARCHIVO DE PRENSA

Periódico

EL BARRANQUILLERO

Ciudad

Pág.

115

Fecha

200161501

Código

BCC102

Lugar

F6

Barranquilla y el Río: una historia social de sus trabajadores

“La historia de la ciudad está íntimamente ligada con la del Río [Magdalena], y sus vínculos son tan estrechos que pudiera decirse, no obstante la enorme extensión de la grande arteria en el territorio nacional, que toda su fuerza y lo que ella representa como vía natural de comunicación y como factor principal de comercio del país, se afianza y desarrolla en Barranquilla”. [J. R. Vergara y F. Baena, Barranquilla, su pasado y su presente, Barranquilla, Ed. Banco Dugand, 1922, p. 243].

Nada más acertado para describir brevemente la historia de Barranquilla que esta frase de los historiadores Vergara y Baena. Definitivamente la historia de la ciudad está ligada a la del Río Magdalena. A pesar de la impresión sobre sus orígenes, el nombre de Barranquilla tiene que ver con los montículos o barrancas que los españoles fueron encontrando a lo largo del Río.

A. ORIGENES DE LA CIUDAD

La mayoría de los historiadores, siguiendo la tradición del General Juan José Nieto y de don Domingo Maraval, señalan el año de 1629 como la fecha más aceptada de fundación de un caserío cerca de Galapa y dependiente desde el principio de Cartagena. Otros hablan de la fundación de un poblado llamado “Las Barrancas de San Nicolás” hacia 1764. Recientemente algunos historiadores han revisado cuidadosamente la documentación existente e indican el establecimiento temprano de poblaciones indígenas y blancas cercanas a la Hacienda de San Nicolás en el siglo XVI. En todo caso, como lo reconocía en reciente entrevista Alfredo de la Espriella:

Esta es una historia un poco confusa, un poco gris, un poco nublada porque no hay documentos que confirmen eso. Pero sí se ha aceptado el relato oral, o la explicación que da un historiador por aquí, u otro por allá... Pero no se encontró nunca un acta de fundación de Barranquilla, ni se ha dicho que tal día, en tales circunstancias el poblado se fundó bajo la regla o la orden o el estímulo de algún conquistador.

Los orígenes nebulosos de Barranquilla reflejan la atención secundaria que el Imperio colonial español asignó a la futura ciudad. Al contrario de Cartagena

y Santa Marta, ellas sí desde el principio puertos sobre el mar, la historia de Barranquilla comenzará propiamente con el desarrollo de la navegación fluvial en el siglo XIX. Es, por tanto, una ciudad con historia republicana. Ya las guerras de Independencia habían rescatado a Barranquilla del olvido, al ser utilizada como punto estratégico en las campañas por la Costa Atlántica. Por su destacada labor en pro de la Independencia fue recompensada en 1813 con el título de capital del efímero Departamento de Barlovento. Luego, en 1852, se decretó la creación de la provincia de Sabanilla, con capital en Barranquilla, separándola de la antigua provincia de Cartagena —rompiendo por tanto ese viejo cordón umbilical—.

Pero más que esos cambios político-administrativos, lo que influyó decisivamente en el destino de Barranquilla fue la adquisición del control del Río Magdalena al trasladarse, en 1871, las empresas navieras de Santa Marta. Este cambio sustancial se vio reflejado luego en la ratificación, en 1910, de su calidad como capital del flamante departamento de Atlántico. Con una superficie de 3.388 Kms —la más pequeña después de San Andrés y Providencia—, se puede decir que desde el principio la vida del departamento giró en torno a su capital, que concentraba desde ese entonces casi el 75% de la población.

El crecimiento demográfico de Barranquilla desde mediados del siglo XIX —uno de los más acelerados del país—, es un indicio más de la importancia económica del principal puerto sobre el Río Magdalena. Las primeras cifras mencionadas por los historiadores hablan de 5.651 habitantes cuando la ciudad fue visitada por el cólera (en 1849). El investigador norteamericano Theodore Nicholls menciona otras cifras aproximadas: 17.000 habitantes hasta 1881-1882; y 40.115 según el censo oficial de 1905. El censo de 1938, por su parte, habla de 150.395 barranquilleros (71.535 hombres y 78.860 mujeres). Finalmente el Dane ofrece las siguientes estadísticas para los otros censos: 1951, 269.875; 1964, 482.924; y 1973, 656.628.

El aumento poblacional parece deberse, más que al crecimiento vegetativo, a la fuerte migración interna, especialmente de otras zonas de la costa y del valle del Río Magdalena, y en un mínimo lugar a la pequeña, pero significativa, migración externa. Las razones para la migración interna radicaban en la atracción que ejercía una pujante ciudad en compa-

ración con las malas y opresivas condiciones de los campos. Un grupo importante de migrantes lo constituyó el de los trabajadores de la zona bananera después de la crisis de esa industria en los años 40. Todo ello hará de Barranquilla una especial síntesis de la Costa Atlántica, como se manifestará en sus expresiones cultural y folclórica.

El inusitado desarrollo de Barranquilla atrajo no solamente trabajadores rurales de las zonas circunvecinas, sino también del interior. En efecto, como lo señala Th. Nicholls:

Desde finales de la década de los ochenta Barranquilla adquiría cada vez más un aspecto de ciudad. Un residente, antiguo cónsul de los Estados Unidos, escribió en 1891, "Nosotros creemos... que ninguna otra ciudad en Sur América ofrece tantas señales de progreso como la nuestra...". En efecto, en ese momento Barranquilla era considerada la segunda ciudad de Colombia; y contaba con tres bancos, cinco hoteles, un hospital, tres periódicos, seis escuelas privadas y cuatro públicas, una planta de hielo, una fundición, cuatro almacenes de maquinarias, fábrica de ladrillo, cal y zapatos, curtiembres y jabonerías. Un nuevo acueducto surtía de agua a la ciudad, lo que representaba un gran adelanto en comparación con el antiguo servicio de reparto de agua a lomo de burro. La ciudad tenía tranvías (seis carros de doce pasajeros cada uno, tirados por "cuarenta y dos magníficas mulas"), taxis y servicio telefónico y telegráfico. Muchas calles eran amplias y lisas, aunque todavía sin pavimentar. Diariamente se demolían las viejas chozas de paja para reemplazarlas por edificios de mampostería".

Un pequeño, numéricamente hablando, pero importante grupo de inmigrantes-extranjeros se sintió atraído por una ciudad que se desarrollaba tan rápidamente y tenía una ubicación geográfica tan estratégica. Alemanes, judíos, italianos, sirio-libaneses, palestinos, junto con algunos norteamericanos acudieron a la cita histórica. La presencia de estos extranjeros, algunos de ellos influyentes en el establecimiento de industrias y actividades comerciales, le dio a Barranquilla claras características cosmopolitas y determinó una actitud cultural que algunos designan como 'la extroversión'.

Como toda ciudad que se preciara de serlo, Barranquilla contaba desde el siglo pasado con centros de diversión y difusión cultural: antes del incendio de 1873 existía el famoso Teatro Ateneo; luego, en 1876 se fundó el Salón Fraternidad; para 1888 surgió el teatro que llevaría el nombre de Municipal; en los primeros años de este siglo surgieron los primeros cinematógrafos, que en 1922 eran seis. Hacia los años veinte el deporte comenzó a salir de los sitios exclusivos de la élite para iniciar su masificación. El fútbol estaba a la cabeza —sin contar con equipos profesionales, sino más bien impulsados por las empresas—, le seguían la pasión por el beisbol, como en toda el área caribeña, y más tarde el boxeo. Sólo dos decenios más tarde surgirán los estadios.

Por ser puerto fluvial y marítimo, Barranquilla fue un lugar como tal vez ninguno otro en Colombia, de cruce de muchas corrientes culturales. A los extranjeros que se establecieron permanentemente en la ciudad, hay que agregarles la trashumante presencia de marinos y agentes comerciales de todo el mundo.

Esto le va dando a Barranquilla características cosmopolitas y la va convirtiendo en centro difusor de avances técnicos y de ideologías renovadoras. Por ello no es de extrañar que ella haya sido pionera en actividad de transporte y de comunicaciones.

Culturalmente Barranquilla mostraba ese doble carácter de ciudad receptora de distintas influencias culturales, y de difusora de nuevos vientos ideológicos. Uno de los ejemplos de este doble carácter estuvo encarnado en la presencia de dos catalanes a principios de siglo: Ramón Vinyes y Javier Auqué M., quienes no solamente fundaron diversos negocios, entre ellos una librería, sino que estuvieron involucrados en la formación del famoso grupo literario de Barranquilla (integrado por García Márquez, Alvaro Cepeda S., Germán Vargas, etc.) El intelectual Vinyes —de quien García Márquez dijo: "el sabio catalán, el hombre que leyó todos los libros"— vino directamente de Cataluña en los años 10, encontrándose con Auqué que venía de la vecina Venezuela. Ambos emprendieron diversos negocios (por separado y en conjunto), desde haciendas ganaderas hasta fuentes de soda. Finalmente fundaron una famosa librería que simbolizaba el flujo cultural de la Barranquilla de esos años. En junio de 1923 se incendió la librería y los socios se separaron para volverse a ver en la 'arenosa' después de la Guerra Civil española, y después vendría la influencia sobre el grupo literario mencionado.

No es extraño que esta privilegiada posición geográfica favoreciera a Barranquilla de tal forma que muchas veces se conocían allí primero los inventos, o tocaban playa primero las ideologías renovadoras, como al anarquismo y el marxismo. Esto era lo que Alfredo de la Espriella designaba como la 'extroversión' de la ciudad. El, incluso, fue más lejos al señalar dicha extroversión como el motor de la ética empresarial de la ciudad. Refiriéndose a los inmigrantes extranjeros decía que ellos,

se van radicando acá donde encuentran facilidades económicas, y una gran ventaja que es medio ambiente muy favorable por la extroversión del medio y de la gente. La calidad humana, es un resorte, es una base también fundamental para estimular ese desarrollo porque es gente agresiva, no es gente ordinaria, ni es gente torpe, ni es gente bruta, ni es gente "malacilase". Es todo lo contrario, una extroversión muy alegre, propia de esta veracidad del Caribe que lo da naturalmente el medio ambiente pues es muy propicio, muy estimulante, para la persona. De ahí pues que la gran mayoría de las personas que vinieron aquí no vinieron a hacer plata, sino a construir y a radicarse.

Barranquilla siempre fue el principal puerto sobre el Río Magdalena y con el tiempo la principal ciudad de la costa. Su carácter abierto —recuérdese que en Barranquilla, en contraste con Cartagena y Santa Marta, por ejemplo, no existió una sociedad esclavista de las proporciones de los otros puertos sobre el Atlántico—, hizo de ella un imán de atracción de migrantes de zonas aledañas y aún del interior. Esto reforzó el cosmopolitismo barranquillero y favoreció un espíritu de tolerancia cuya mejor expresión es nada menos que el carnaval. Acertadamente Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann describen con estas palabras la dimensión sincrética del carnaval:

Cuando los diablitos y las cucambas de Chiriguana, Chilloa y Guamal se enteraron del magnético carnaval, se embarcaron en los champanes que todavía viajaban por el río Magdalena, algunos con pasajeros y con algo de carga de tabaco y quina en zurrones. Sosegadamente, los bogas negros —descendientes de aquellos que desde el siglo XVI navegaban de sol a sol río abajo—, fumaban su tabaco de Ambalema y se alegraban echándoles cuentos de espíritus y sirenas y diablitos, cucambas y demás comparsas.

Otras danzas de indios, y también de negros, y juguetes coreográficos, como el de los goleros con burro y todo, también percibieron la fascinación de esa fiesta y se embarcaron con rumbo a Barranquilla. En Champanes parecidos, durante la colonia, los diablitos traídos de España junto con los palios de empuñaduras de plata, los pendones y las cruces de las procesiones del Corpus Christi, seguramente habían viajado río arriba.

Ya en Barranquilla, diablos, cucambas, goleros, indios y negros se quedaron en el carnaval. Ahí siguieron bailando, representando mimo y pantomima, en compañía de miles de disfraces y máscaras, el son de ritmos, colores y cálidas memorias africanas, europeas y aborígenes.

El carnaval que se venía realizando desde tiempos inmemoriales (ligado a las celebraciones europeas de antes de la cuaresma), fue integrando tradiciones provenientes de otras zonas de la Costa y del Río. El mundo caribeño, al cual está tan estrechamente ligada Barranquilla, se hace continuamente presente en las festividades, muestra de lo cual es la música que se oye y se baila durante esos días.

Ciertamente en el carnaval hay participación popular, y de ello no se excluyen los obreros, aunque muchos entrevistados se quejaron de un manejo politiquero y elitista, cada vez más evidente según ellos, de las fiestas. Se decía que antes la iniciativa popular se dejaba sentir más y que el carnaval era más eso —ruptura con la cotidianidad por un corto tiempo, con los obvios componentes de distensión de la sociedad y sus mecanismos de represión y segregación—, que la 'festividad oficial' en la que cada vez se convierte más. Las comparsas populares —no las de los exclusivos clubes sociales— siguen haciendo sátiras de la realidad, y en ese sentido alguna dimensión crítica demuestran, y recrean su cultura incorporando elementos nuevos incluso brindados por los medios masivos de comunicación.

Por último, el carnaval muestra también una dimensión lúdica propia de la cotidianeidad costeña. Si bien se puede criticar el descenso de la actividad sindical en esos días, el despilfarro y la creciente masificación y oficialización de las festividades, la ruptura con la opresión cotidiana, además de la clara función crítica de muchas comparsas, y la misma tendencia igualadora de la fiesta, hacen del carnaval una ambivalente herramienta en la resistencia de las clases subordinadas de la ciudad.